

Simenon
Las memorias de
Maigret



Lectulandia

Las memorias de Maigret es una novela de Georges Simenon, publicada en 1951 por Les Presses de la Cité. Al contrario que las demás no se trata de una novela policiaca, sino más bien un montón de recuerdos de un policía. Este título está incluido en la serie Maigret. La escritura de esta novela se desarrolló entre los días 19 y 27 septiembre 1950.

Cuando Maigret ya llevaba varios casos resueltos, desde que comenzaran sus aventuras en 1931, en 1950 apareció una novela que es como una pausa en la relación literaria Maigret-Simenon que se prolongará hasta 1972: *Las memorias de Maigret*. Ésta es una novela atípica porque el inspector Maigret, lejos de protagonizar uno de sus casos, se dedica a recoger en unas memorias sus recuerdos y experiencias durante sus largos años trabajando en la Policía Judicial de París. Y lo hace para aclarar y desmitificar cierta imagen de su personalidad y su forma de trabajar.

Lectulandia

Georges Simenon

Las memorias de Maigret

Comisario Maigret - 35

ePub r1.0

IbnKaldun, armauirumque 18.09.14

Título original: *Les Mémoires de Maigret*

Georges Simenon, 1951

Traducción: Carmen Soler Blanch

Editor digital: IbnKhaldun

Digitalización mecánica y electrónica: armauirumque

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Capítulo uno

Donde agradezco la ocasión que se me presenta de poder explicar mis relaciones con un tal Simenon

Fue en 1927 o en 1928. No tengo buena memoria para las fechas y no soy de esos que guardan cuidadosamente notas o apuntes sobre sus actos, cosa que suele darse frecuentemente en nuestro trabajo y que para algunos ha resultado a veces muy útil y provechoso. Ha sido recientemente que me he acordado de los cuadernos en los que mi mujer, durante largo tiempo sin yo saberlo, casi a escondidas, ha ido reuniendo los artículos de los periódicos a mí concernientes.

Hubo cierto asunto que nos trajo muchos quebraderos de cabeza aquel año (podría encontrar la fecha exacta, pero no me veo con ánimos de ir a hojear los cuadernos). Poco importa. Mis recuerdos de entonces son muy precisos en cuanto al tiempo. Era un día cualquiera de principios de invierno, uno de esos días sin color, grises y blancos, lo que yo suelo llamar una jornada administrativa porque se tiene la impresión de que nada interesante puede ocurrir en una atmósfera semejante, uno de esos días en que en el despacho se tienen ganas, por aburrimiento, de poner al día los informes, de acabar con los informes que vienen arrastrándose desde hace largo tiempo, de dar por terminado el trabajo habitual.

Si insisto sobre este fondo gris, carente de todo relieve, no es por pintoresquismo, sino para demostrar cuán banal fue aquel acontecimiento en sí mismo, ahogado entre los mil acontecimientos de un día también banal.

Eran alrededor de las diez de la mañana. El informe estaba terminado hacía casi media hora; había sido corto.

Todo el mundo sabe, poco más o menos, en qué consiste el informe de la Policía Judicial, pero en aquella época la mayoría de parisienses se habrían visto en un apuro para decir qué tipo de administración era el que había en el «Quai des Orfèvres».

A las nueve, un timbre llama a los diferentes jefes de servicio para que acudan al gran despacho del director, cuyas ventanas dan sobre el Sena. La reunión no tiene nada de particular. Todo el mundo se encamina hacia allí fumando su pipa o su cigarrillo y casi siempre con un expediente bajo el brazo. El día parece que todavía no haya empezado, todos creen percibir aún cierto aroma de café con leche y «croissants». Se dan la mano. Se habla en «ralenti» mientras se espera que lleguen todos.

Después, cada uno, cuando le toca, pone al jefe al corriente de los sucesos que se han producido en su sector. A veces algunos permanecen de pie junto a la ventana,

mirando pasar los taxis y los autobuses bajo el puente de Saint-Michel.

En contra de lo que la gente podría figurarse, allí no se habla sólo de criminales.

—¿Cómo está su pequeña, Priollet? ¿Qué tal va del sarampión?

Yo me acuerdo de haber oído dar, con gran competencia, magníficas recetas de cocina.

A veces se habla de cosas más serias, desde luego, por ejemplo del hijo de un diputado o de un ministro que ha hecho alguna tontería y continúa haciéndolas tranquilamente, al que es urgente hacer entrar en razón pero sin escándalo. O bien de un extranjero muy rico que recientemente ha pasado a ocupar un palacete de los Champs-Élysées y por el que el gobierno empieza a preocuparse, o de una chiquilla recogida hace ya algunos días en la calle y a la que no reclama nadie a pesar de haberse publicado su fotografía en todos los periódicos.

Se está entre gente del oficio, y los acontecimientos sólo se examinan desde un punto de vista estrictamente oficial, sin palabras inútiles; así todo resulta sencillo. Es el simple quehacer cotidiano.

—¿Qué, Maigret, aún no ha conseguido arrestar al polaco de la calle Birague?

Me apresuraré a decir que yo no tengo nada especial en contra de los polacos. Si tan a menudo hablo de ellos no es porque se trate de un pueblo particularmente feroz o pervertido. Lo único que ocurre es que en esta época en Francia faltaba la mano de obra, y el país se dedicaba a importar polacos por millares para colocarlos en las minas del norte. En su país, desgraciadamente, se les reclutaba por pueblos enteros, hombres, mujeres y niños, y eran metidos en trenes casi como en otras épocas se reclutaba la mano de obra negra.

Muchos de ellos demostraron ser unos excelentes obreros y se convirtieron en honorables ciudadanos. Pero también hubo producto de desecho como era de esperar, y este producto de desecho durante algún tiempo nos dio buenos trabajos.

Trato, al hablar así, de una manera un tanto deshilvanada de mis preocupaciones del momento, de ambientar al lector.

—Jefe, preferiría dejarlo suelto dos o tres días. Hasta hoy no nos ha conducido a ninguna parte. Tiene que acabar encontrándose con sus cómplices.

—El ministro se está impacientando a causa de los periódicos...

¡Siempre los periódicos! Siempre, ante todo, el miedo a la prensa y a la opinión pública. Apenas se ha cometido un crimen cuando ya se nos exige encontrar al criminal cueste lo que cueste. Ya es bastante si no se nos dice al cabo de pocos días:

—Cojan a alguien, sea quien sea, entretanto, para calmar la opinión pública.

Tal vez más adelante hablaré otra vez del polaco, pero esta mañana no era él el tema de conversación, sino un robo que acababa de ser cometido con una nueva técnica, cosa rara.

Tres días antes, en el bulevar de Saint-Denis, al mediodía, a la hora precisamente

en que la mayoría de las tiendas cierran porque es la hora de la comida, un camión se había parado frente a una pequeña joyería. Unos hombres habían descargado una enorme caja y la habían dejado contra la puerta, luego se habían marchado otra vez con el camión.

Centenares de personas habían pasado por delante de esta caja sin sentir atraída su atención. El joyero, al volver del restaurante donde había ido a tomar un bocado, había fruncido el ceño. Al separar la caja, ahora muy ligera, había reparado en que había sido hecha una abertura por el lado donde estaba arrimada a la puerta; asimismo había también una abertura en dicha puerta, y como era de suponer, todos los estantes de la tienda habían sido robados, al igual que la caja fuerte.

Es el tipo de investigación pesada y sin ninguna brillantez, que puede arrastrarse durante meses y que exige emplear más hombres. Los ladrones no habían dejado la menor huella ni ningún objeto comprometedor.

El hecho de que el método fuera nuevo no nos permitía empezar a investigar entre una clase u otra de maleantes; teníamos la caja, desde luego, grande y barata, y desde hacía tres días una buena docena de inspectores andaban visitando todos los fabricantes de cajas e igualmente recorrían todas las empresas que solían utilizar cajas de gran tamaño.

Acababa de regresar a mi despacho y estaba empezando a redactar un informe cuando sonó el timbre del teléfono interior:

—¿Es usted, Maigret? ¿Quiere venir a mi despacho un momento?

Nada había de sorprendente en aquello. Cada día, poco más o menos, el gran jefe suele llamarme una o varias veces a su despacho fuera de las horas de trabajo: lo conozco desde la infancia, a menudo había pasado sus vacaciones cerca de nosotros en el Allier, y había sido amigo de mi padre.

El gran jefe, a mis ojos, era verdaderamente el jefe principal en toda la acepción de la palabra, era con quien había hecho mis primeras armas en la Policía Judicial; sin protegerme, propiamente hablando, me había seguido discretamente desde lo alto, era él a quien yo había visto vestido de negro y cubierto con un sombrero hongo dirigirse completamente solo, bajo el fuego de las balas, hacia la puerta del pabellón en la que Bonnot y su banda resistían a la policía y a los gendarmes desde hacía dos días.

Estoy hablando de Javier Guichard, el de los ojos maliciosos y los largos cabellos blancos de poeta.

—Pase, Maigret.

El día era tan oscuro, aquella mañana, que la lámpara de pantalla verde de su despacho estaba encendida. A su lado, en un sillón, vi a un joven que se levantó para tenderme la mano cuando fuimos presentados.

—El comisario Maigret. El señor Jorge Sim, periodista...

—Periodista, no; novelista —dijo el joven protestando sonriente.

Javier Guichard sonrió a su vez. Poseía una gama de sonrisas que podían expresar los distintos matices de su pensamiento. Usaba también de cierta ironía perceptible sólo para aquellos que lo conocían perfectamente, para los otros parecía simplemente un ingenuo.

Me habló con gran seriedad, como si se tratara de un asunto de importancia o de un personaje célebre.

—El señor Sim necesita conocer, para escribir sus novelas, el funcionamiento de la Policía Judicial. Tal como me acaba de decir, gran parte de los dramas humanos se desarrollan en esta casa. Me ha dicho también que lo que le interesa conocer no es el engranaje de la policía, pues de eso puede ampliamente documentarse en cualquier parte, sino el ambiente en el que se desarrollan las operaciones.

Yo no cesaba de echarle ojeadas al muchacho; debía de tener unos veinticuatro años, era delgado y llevaba el cabello casi tan largo como el del jefe, no parecía tener dudas sobre nada y mucho menos sobre su persona.

—Maigret, ¿quiere hacerle los honores de la casa?

Y, cuando me iba a dirigir hacia la puerta, oí cómo el tal Sim decía:

—Perdone, señor Guichard, pero se le ha olvidado decirle al comisario...

—¡Ah! Sí, tiene razón. El señor Sim, como ya ha dicho, no es un periodista. No corremos el riesgo de que luego vaya a contarles a los periódicos cosas que no deben ser publicadas. Sin que yo se lo pidiera me ha prometido utilizar en sus novelas sólo lo que podrá ver u oír aquí bajo una forma lo suficientemente diferente para que tal cosa no nos cree ninguna dificultad.

Me parece estar oyendo todavía al jefe supremo añadir gravemente estas palabras mientras se inclinaba sobre el correo que tenía encima de la mesa:

—Puede usted confiar en él, Maigret; me ha dado su palabra.

Cosa que no impedía que Javier Guichard se hubiera dejado meter en un lío; yo ya lo estaba presintiendo y después tuve la prueba plena. Guichard se había metido en un lío no sólo vencido por el atrevimiento de su joven visitante, sino también por otra causa que sólo más tarde supe. El jefe, aparte de las horas de servicio, tenía una pasión: la arqueología. Formaba parte de varias cultas sociedades y tenía escrita una obra (que yo nunca había leído) sobre los lejanos orígenes de París.

Sim, nuestro hombre, lo sabía, me estoy preguntando si por azar, y había tenido buen cuidado de hablarle de ello.

¿Sería tal vez debido a esto que ahora yo me veía molestado personalmente? Casi cada día alguien en el «Quai» tiene que soportar la pesada carga de las visitas, la mayoría de las veces se trata de extranjeros importantes relacionados en cierto grado con la policía de su país; otras veces son simplemente electores influyentes de provincia que llegan exhibiendo orgullosamente una carta de recomendación del diputado de su distrito.

La cosa ya se ha convertido en una simple rutina.

Pero normalmente un inspector se encarga del asunto. Es preciso que se trate de una personalidad muy encumbrada para que un jefe de sección sea molestado.

—Si quiere —propuse yo—, iremos primero al departamento de antropometría.

—Si no le es molestia, preferiría empezar por la antecámara.

Ésta fue mi primera sorpresa. Había dicho aquello muy amablemente con una mirada desarmante y había añadido:

—¿Sabe?, tengo interés en seguir el camino que sus clientes recorren normalmente.

—En tal caso, habría que empezar por la Prevención; la mayoría de ellos pasan la noche allí antes de sernos enviados.

A lo que el joven contestó tranquilamente:

—Ya visité la Prevención la otra noche.

No tomaba notas. No traía bloc ni estilográfica. Permaneció varios minutos en la sala de espera acristalada donde enmarcados en negro se hallan expuestos los retratos de los miembros de la Policía muertos en acto de servicio.

—¿Cuántos suelen morir al año por término medio?

Después me pidió si podía ver mi despacho; justamente entonces los obreros estaban arreglándolo y yo ocupaba provisionalmente otro en el entresuelo, un viejo despacho de típico estilo administrativo antiguo, polvoriento, lleno de viejos muebles de madera negra y con una estufa de carbón de ese modelo que aún se ve en algunas estaciones ferroviarias de provincias.

Era el despacho en el que yo había hecho mis primeras armas, había trabajado allí casi quince años como inspector y he de confesar que sentía cierta ternura por aquella enorme estufa que ahora ya no podía ver enrojecida en invierno y a la que tenía costumbre de cargar hasta los topes.

Era casi una manía, un tic. A mitad de un interrogatorio difícil, me levantaba y empezaba a atizar el fuego, después comenzaba a echarle crepitantes paletadas de carbón con toda tranquilidad mientras mi cliente me seguía con los ojos, extrañado.

Ahora dispongo de un despacho moderno, provisto de calefacción central, y sin embargo añoro mi vieja estufa, pero jamás lograré, ni pediré, claro (me dirían que no igualmente), que se me permita tenerla conmigo en el nuevo local.

Perdonen que me extienda en tales detalles, pero yo ya sé a lo que voy.

Mi huésped miraba mis pipas, mis ceniceros, el reloj de mármol negro que hay sobre la chimenea, la pequeña palangana de esmalte de detrás de la puerta, la toalla que siempre huele a perro mojado.

No me hacía ninguna pregunta técnica. Los expedientes no parecían interesarle ni poco ni mucho.

—Por esta escalera iremos a parar al laboratorio.

Una vez allí se quedó contemplando el techo en parte acristalado, los muros, el suelo, los maniquíes que se utilizan para ciertas reconstrucciones, pero no se preocupó de observar nada en especial, ni examinó los complicados aparatos, ni se interesó lo más mínimo por el trabajo que allí se hacía.

Siguiendo la costumbre, intenté decirle:

—Al aumentar centenares de veces cierto texto escrito y al compararlo con otro...

—Ya lo sé, ya lo sé.

Fue entonces cuando me preguntó negligentemente:

—¿Ha leído usted a Hans Gross?

Jamás había oído pronunciar tal nombre. Después me enteré de que se trataba de un juez de instrucción austríaco que hacia 1880 ocupó la primera cátedra de criminología científica de la universidad de Viena.

Mi visitante se había leído aquellos dos gruesos volúmenes. Lo había leído todo, cantidades de libros cuya existencia yo ignoraba y cuyos títulos él citaba con toda naturalidad.

—Sígame por aquí, por favor, voy a mostrarle los ficheros donde están guardados los...

—Ya sé, ya sé.

Empezaba a ponerme nervioso. Se hubiera dicho que sólo me había estorbado en mi trabajo para que le ayudara a contemplar los muros, los techos, los suelos, en fin, para mirarnos a todos como si estuviera efectuando un inventario.

—A esta hora vamos a encontrar un verdadero gentío en antropometría, ya deben haber terminado con las mujeres. Ahora les toca a los hombres...

Había unos veinte, todos desnudos. Los habían cogido en el transcurso de la noche y ahora estaban esperando que les tocara el turno de pasar a la sección de medidas y de fotografía.

—En fin —me dijo el joven—, ya sólo me falta ver la enfermería especial de Prevención.

Fruncí las cejas.

—No se permite entrar allí a los forasteros.

Es uno de los lugares menos conocidos; en este lugar los criminales y los sospechosos son examinados por los médicos y se les somete a una serie de tests mentales.

—Paul Bourget tenía la costumbre de asistir a esas sesiones —me contestó tranquilamente mi visitante—. Pediré autorización.

Ahora recuerdo todo aquello sólo de un modo vago. Si no hice todo lo posible por abreviar la visita fue en principio debido a la recomendación del jefe supremo, y también porque aquel día no tenía nada importante que hacer. Acompañando a mi visitante conseguía matar el tiempo al menos.

Volvió a pasar por mi despacho, se sentó y me tendió su petaca.

—Veo que usted también fuma en pipa; me gustan los fumadores de pipa.

Tenía allí encima una media docena de pipas esparcidas aquí y allá y se puso a examinarlas como un buen conocedor.

—¿En qué asunto está trabajando actualmente?

Con el tono más profesional que pude le hablé del golpe dado por los ladrones, de la caja depositada en la puerta de la joyería y le hice notar que era la primera vez que se había utilizado tal técnica.

—No —me dijo él—. Ya la utilizaron hace ocho años en Nueva York, delante de una tienda de la Octava Avenida.

Debía sentirse satisfecho de sí mismo, pero he de confesar que no tenía ningún aire pedante. Fumaba su pipa gravemente, como para parecer diez años mayor y quedar así en el mismo plano que el hombre ya maduro que era yo entonces.

—Mire, señor comisario, los profesionales no me interesan. Su psicología no presenta ningún problema. Son gentes que realizan su trabajo y nada más.

—¿Qué es, pues, lo que le interesa?

—Los otros. Los que son como usted y como yo y que acaban un buen día matando sin estar preparados para ello.

—Hay muy pocos.

—Ya lo sé.

—A no ser los crímenes pasionales...

—Los crímenes pasionales tampoco son interesantes.

Esto poco más o menos es todo lo que acude a mi memoria de este encuentro. Debí de hablarle incidentalmente de un caso que había requerido mi atención unos meses antes, justamente porque no se trataba de profesionales; era algo referente a una muchacha y un collar de perlas.

—Gracias, señor comisario. Espero tener el placer de verle otra vez.

Para mis adentros yo me dije: «Espero que no».

* * *

Pasaron semanas, meses. Una sola vez, en pleno invierno, tuve la impresión de reconocer a Sim en el gran pasillo de la Policía Judicial. Iba de un lado para otro.

Una mañana encontré en mi despacho, al lado del correo, un pequeño libro con una cubierta horriblemente ilustrada, del tipo de esas que llevan los vendedores de periódicos o que se ven entre las manos de las modistillas. Se titulaba *La muchacha de las perlas*, y el nombre del autor era Jorge Sim.

No tuve la curiosidad de leerlo. Leo poco, y nunca novelas populares. No sé ni siquiera dónde lo eché, probablemente en el cesto de los papeles, y dejé de pensar en

ello durante unos días.

Un día por la mañana, encontré otro libro idéntico en el mismo sitio de la mesa del despacho y, desde entonces, cada mañana un nuevo ejemplar aparecía al lado de mi correo. Tardé algún tiempo en darme cuenta de que mis inspectores, sobre todo Lucas, me lanzaban de vez en cuando divertidas miradas. Lucas acabó diciéndome, después de haber mariposeado un tanto en torno al tema, un día al mediodía cuando íbamos a tomar el aperitivo juntos a la «Brasserie Dauphine»:

—Mire por dónde se está usted convirtiendo en un héroe de novela, ¿eh, jefe?

Se sacó el librito del bolsillo.

—¿Lo ha leído?

Me confesó que era Janvier, el más joven de la brigada entonces, quien cada mañana colocaba uno de esos libros en mi despacho.

—En ciertos aspectos, el personaje se le parece. Fíjese.

Tenía razón. Se me parecía como un dibujo hecho a lápiz sobre el mármol de una mesa de café por un caricaturista «amateur» se parece a un ser de carne y hueso.

Parecía más gordo, más pesado, con, permítaseme la expresión, una pesadez sorprendente.

En cuanto al argumento, era irreconocible, y en el transcurso de la obra me veía empleando unos métodos por lo menos completamente inesperados.

Aquella misma noche encontré a mi mujer con el libro entre las manos.

—Me lo ha dado la lechera. Según parece, en él se habla de ti. Aún no he tenido tiempo de leerlo.

¿Qué podía hacer? Tal como había dicho Sim, no era cosa de periódico. Tampoco se trataba de ningún libro en serio, sino de una publicación barata a la que habría sido ridículo dar importancia.

Había empleado mi verdadero nombre, pero podía decirse tranquilamente que en la tierra había un buen número de Maigrets. Sin embargo me prometí recibirlo muy ásperamente si de nuevo por casualidad me lo volvía a encontrar; estaba seguro de que evitaría prudentemente poner los pies en la Policía Judicial.

Pero me equivocaba. Un día, mientras daba con los nudillos en la puerta del jefe sin haber sido llamado, para preguntarle una cosa, oí cómo decía animadamente:

—Pase, Maigret. Justamente iba a llamarle. Tenemos aquí a nuestro amigo Sim.

El amigo Sim estaba tan tranquilo. Completamente tranquilo y a sus anchas, con una pipa más grande que nunca entre los labios.

—¿Cómo está, señor comisario?

Y Guichard empezó a decirme:

—Acaba de leerme unas páginas de una novela que ha escrito sobre esta casa.

—Ya lo sé.

Los ojos de Javier Guichard reían, pero esta vez era yo, al parecer, quien pagaba

el pato.

—Me ha dicho también una serie de cosas que le interesarán. Ahora se las repetirá a usted.

—Es muy sencillo. Hasta ahora en Francia, en la literatura, salvo raras excepciones, el papel simpático de la intriga siempre lo ostentaba el malhechor; la policía continuamente se veía ridiculizada o algo peor.

Guichard meneaba la cabeza en sentido aprobatorio.

—Es verdad, ¿no?

Era verdad, desde luego, y no sólo en la literatura, sino también en la vida corriente. Aquello me recordaba algo particularmente desagradable de mis comienzos, de la época en que yo «hacía la calle». Estaba a punto de arrestar a un carterista, a la salida del metro, cuando de pronto el tipo se puso a gritar yo no sé qué: quizá «¡Al ladrón!».

Instantáneamente, veinte personas se me echaron encima, les expliqué que pertenecía a la policía y que el individuo que se alejaba era un carterista. Estoy convencido de que todos me creyeron. Pero no por eso dejaron de retenerme lo más posible por todos los medios, permitiéndole así a mi carterista largarse tranquilamente.

—¡Qué le parece! —volvía a decir de nuevo Guichard—. Nuestro amigo Sim se propone escribir una serie de novelas en las que la policía saldrá tal como es.

Hice una mueca que no se le escapó al gran jefe.

—O casi como es, vaya —dijo corrigiéndose—. ¿Me comprende usted? Este libro es sólo un esbozo de lo que piensa hacer.

—Ha utilizado mi nombre.

Creí que el joven iba a quedarse confundido y que se excusaría. Nada de eso.

—Espero que esto no le habrá molestado, señor comisario. Es más fuerte que yo. Cuando he imaginado a un personaje bajo un determinado nombre, me resulta imposible cambiarlo. He tratado en vano de reunir todas las sílabas imaginables para sustituir la de la palabra Maigret. Al final he tenido que renunciar a ello. No habría sido *mi* personaje.

Dijo lo de *mi personaje* tranquilamente, y, lo más grave, es que yo no dije nada, tal vez porque estaba delante Javier Guichard y me estaba mirando con ironía.

—Esta vez no se va a tratar de ninguna colección popular, sino de lo que él llama... ¿Cómo ha dicho usted, Sim?

—Semiliteratura.

—Y usted piensa contar conmigo para...

—Me gustaría conocerle más.

Ya he dicho al principio que no tenía dudas sobre nada. Creo que ahí residía toda su fuerza precisamente. Había sido en parte gracias a eso que había conseguido meter

en el juego al gran jefe, que se interesaba por todo lo humano y que me dijo muy serio:

—Sólo tiene veinticuatro años.

—Me resulta difícil describir a un personaje si no sé cómo se comporta durante todas las horas del día. Por ejemplo, no sería capaz de hablar de los millonarios hasta que hubiera visto a alguno en bata tomar su huevo pasado por agua por la mañana.

Esto pasó hace ya largo tiempo, y me estoy preguntando por qué misteriosa razón mi jefe y yo escuchamos todo aquello sin echarnos a reír.

—En fin, que usted querría...

—Conocerle mejor, verle vivir y trabajar.

Naturalmente, el jefe no me daba ninguna orden. En tal caso yo me habría rebelado. Durante cierto tiempo, no estuve muy seguro de que no me estuviera gastando una broma; conservaba rasgos de carácter de ciertos aspectos del barrio latino, de la época en que en este barrio se estilaban aún las bromas.

Probablemente fue por no querer aparentar que me tomaba el asunto demasiado en serio por lo que dije, encogiéndome de hombros tranquilamente:

—Estoy a su disposición.

Entonces Sim se levantó satisfecho.

—Manos a la obra, pues.

A la luz del tiempo esto puede parecer ridículo. Era en la época en que el dólar valía cantidades astronómicas. Los americanos prendían fuego a sus puros con billetes de mil francos. Los músicos negros eran los amos de Montmartre y las ricas damas maduras se hacían robar sus joyas en los tés danzantes por «gigolos» argentinos.

«La Garçonne» alcanzaba tirajes astronómicos y la policía encargada de velar por las buenas costumbres se veía desbordada por los «partouzes» del Bois de Boulogne a quienes apenas se osaba intervenir en sus operaciones por temor a molestar en sus asuntos a personajes consulares.

Los cabellos de las mujeres se estilaban cortos, los vestidos también, y los hombres llevaban unos zapatos puntiagudos y pantalones ajustados.

Todo esto no explica nada, ya lo sé. Pero todo forma parte de todo. Aún me parece estar viendo de nuevo al joven Sim entrar por la mañana en mi despacho como si se hubiera convertido en uno de mis inspectores diciéndome amablemente: «No se moleste, por favor...» mientras se sentaba en un rincón.

No solía tomar notas. Preguntaba pocas cosas, tenía bastante más tendencia a lanzar rotundas afirmaciones. Me dijo (lo que no quiere decir que yo lo creyera) que las reacciones de alguien a una afirmación son más reveladoras que sus respuestas a una cuestión precisa.

Una mañana en que íbamos a tomar el aperitivo a la «Brasserie Dauphine»,

Lucas, Janvier y yo como de costumbre, él también nos acompañó.

Y una mañana a la hora del informe, lo encontré instalado en un rincón del despacho del jefe.

Esto duró algunos meses. Cuando le pregunté si escribía me contestó:

—Sí, escribo novelas baratas para ganarme la vida. De las cuatro a las ocho de la mañana. A las ocho acabo mi trabajo. No empezaré las novelas semiliterarias hasta que me encuentre preparado.

No sé lo que entendería por estar preparado, pero después de un domingo en que le invité a comer al bulevar Richard-Lenoir y en el que le presenté a mi mujer, cesó de repente de efectuar sus visitas al «Quai des Orfèvres».

Resultaba extraño no verlo allí en su rincón, levantándose cuando yo me levantaba, siguiéndome cuando yo me marchaba y acompañándome paso a paso a lo largo y a lo ancho de mi despacho. En el transcurso de la primavera recibí una invitación verdaderamente inesperada:

Jorge Sim tiene el honor de invitarle al bautismo de su barco, el «Ostrogodo». Oficiará el señor cura de Notre-Dame el martes próximo en el muelle del Vert-Galant.

No fui. Supe por la policía del distrito que durante tres días y tres noches una pandilla de energúmenos había armado una juerga fenomenal a bordo de un barco amarrado en medio de París enarbolando un gran estandarte.

Una vez, atravesando el Pont-Neuf, vi el barquito en cuestión, y al pie del mástil vi a uno que estaba dándole a la máquina, cubierto con una gorra de capitán.

La semana siguiente el barco ya no estaba allí, y el muelle del Vert-Galant había recuperado de nuevo su aspecto habitual. Casi un año después recibí otra invitación, esta vez escrita en una de nuestras fichas dactiloscópicas.

Georges Simenon tiene el honor de invitarle al baile antropométrico que tendrá lugar en la «Bola Blanca» para conmemorar la publicación de sus novelas policíacas.

Sim ya era Simenon.

Más exactamente, viéndose ya todo un personaje, había tomado de nuevo su auténtico nombre.

No me preocupé de ello. No fui al susodicho baile. Al día siguiente me enteré de que el prefecto de policía había ido. Fue por los periódicos, sí, por los periódicos y en primera página, que me enteré de que el comisario Maigret acababa de hacer una ruidosa entrada en la literatura policíaca.

Aquella mañana, cuando llegué al «Quai» y subía la gran escalera, sólo vi divertidas sonrisas y alegres miradas a mi paso.

Mis inspectores hacían todo lo posible para mantenerse serios.

Mis colegas, a la hora del informe, fingían tratarme con más respeto.

Sólo el jefe supremo se comportaba con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido, y me preguntaba con aire ausente:

—Y usted, Maigret, ¿qué tiene entre manos?

En las tiendas del barrio Richard-Lenoir no había comerciante que no le mostrara el periódico a mi mujer, con mi nombre en grandes caracteres, mientras le preguntaban impresionados:

—Es su marido, ¿verdad?

Sí, era yo, ¡por desgracia!

Capítulo dos

Donde se trata de la verdad tal como es, cosa que no convence a nadie, y de las verdades «arregladas», que resultan más verdaderas que las auténticas

Cuando se ha sabido que estaba escribiendo este libro y que el editor de Simenon me había ofrecido publicarlo, antes de leerlo e incluso antes de que estuviera escrito el primer capítulo, he notado entre mis amigos un clima de aprobación algo movido. Estoy seguro de que se decían unos a otros: «¡Ahora le ha tocado el turno a Maigret!»..

En el transcurso de estos últimos años, en efecto, tres al menos de mis viejos colegas, de los de mi generación, han escrito y editado sus memorias.

Me apresuro a hacer notar respecto a esto que al obrar así han seguido una vieja tradición de la policía parisiense, gracias a la cual contamos entre otras con las memorias de Macé y las del gran Goron, ambos jefes, en su época, de lo que entonces se llamaba la «Sûreté». Desgraciadamente, el más ilustre de todos, el legendario Vidocq, no nos ha dejado ningún recuerdo escrito de su propia mano que nos permita compararle con las descripciones que los novelistas nos han hecho de él a menudo bajo su verdadero nombre o bien como en el caso de Balzac dándole el nombre de Vautrin.

No soy yo quien debe asumir la tarea de defender a mis colegas, pero no puedo por menos de anotar una objeción que a menudo he oído.

Al leerlos (me han dicho a veces) se diría que han sido tres siempre, por lo menos, los que han encontrado la solución de los casos célebres.

Se refieren sobre todo al asunto Mestorino, que hizo bastante ruido no hace mucho.

Incluso yo podría haberme mencionado también como uno más en el asunto de la resolución de este caso, pues un caso de tal envergadura requiere la colaboración de todos los servicios. En cuanto a lo del interrogatorio final, a lo que de este famoso interrogatorio de veintiocho horas que se cita hoy día como un ejemplo, fuimos no cuatro sino seis al menos los que nos relevamos para volver a hacer las preguntas una a una, de todos los modos imaginables, con lo que ganábamos poco a poco una pequeñísima parte de terreno.

Se necesitaría tener muy mala intención para poder decir en estas condiciones quién de nosotros en un momento dado ha sido el que ha disparado el gatillo que ha provocado la confesión.

He de añadir también que el título de memorias no ha sido escogido por mí; lo he puesto a falta de otro mejor.

También ha ocurrido (hago resaltar esto mientras corrijo las pruebas) que en lo referente a los subtítulos, lo que al parecer se conoce con el nombre de encabezamiento de capítulo, me ha pedido el editor permiso para ponerlos después, por razones tipográficas, ha tenido la amabilidad de decirme; en realidad, creo que ha sido para darle un poco de ligereza a mi obra.

De todos los quehaceres que he tenido que realizar en el «Quai des Orfèvres», lo único que he hecho siempre a gusto ha sido la redacción de los informes. ¿Será acaso debido a un atávico recuerdo de exactitud? ¿A unos escrúpulos en los que vi a mi padre debatirse antes que yo?

A menudo he oído la típica frasecita irónica ya clásica:

—En los informes de Maigret lo que más hay son paréntesis.

Probablemente porque lo quiero explicar todo, porque no me parecen las cosas lo bastante simples y claras.

Si se entiende por memorias el relato de los hechos en los que me he visto mezclado en el transcurso de mi carrera, creo que el público se sentirá decepcionado.

En el transcurso de casi medio siglo no creo que haya habido más de unos veinte casos verdaderamente sensacionales, comprendiendo dentro de ellos a los que ya he hecho alusión, es decir: el caso Bonnot, el caso Mestorino, el caso Landrú, el de Sarret y algunos más.

Mis colegas, mis antiguos jefes en ciertos casos, ya han hablado de ellos extensamente.

De las otras investigaciones, de aquellas que resultaban interesantes por sí mismas, pero que no estuvieron en primera página de los periódicos, Simenon se ha encargado ya de ellas.

Esto me lleva adonde quería llegar, adonde quiero ir a parar desde que he empezado este manuscrito, es decir, a la verdadera razón de ser de estas memorias que en realidad no son tales, y ahora menos que nunca sé cómo voy a expresar lo que siento.

He leído en los periódicos que Anatole France, que debía de ser un hombre inteligente y lleno de ironía, habiendo posado para un retrato ante el pintor Dongen no sólo no quiso que le fuera entregado el cuadro, sino que incluso prohibió que fuera expuesto al público.

Fue en esta misma época cuando una célebre actriz intentó emprender un proceso sensacional contra un caricaturista que la había dibujado en una forma que ella consideraba ultrajante para su carrera.

Yo no soy ni académico ni «vedette» de teatro. No creo ser un hombre lleno de susceptibilidades. Jamás, en el transcurso de mis años de carrera, he mandado una

sola nota de rectificación a la prensa a pesar de que en los periódicos he visto criticados más de una vez mis acciones y mis métodos.

No le está permitido a todo el mundo encargarse de un retrato a un pintor, pero hoy día todos tenemos a nuestra disposición a los fotógrafos. Y creo que todo el mundo ha experimentado esta extraña desazón que nos coge ante una imagen de nosotros mismos que no ha resultado totalmente exacta.

¿Comprenden lo que quiero decir? Me avergüenza un poco insistir sobre ello. Sé que toco un punto esencial, ultrasensible, y, cosa que raramente me ocurre, de repente siento el temor de hacer el ridículo.

Creo que me daría igual que se me pintara bajo unos trazos completamente distintos a lo que soy hasta el punto si se me apura de rozar la calumnia, pero volvamos a la comparación de la fotografía. El objetivo de la cámara no permite la inexactitud absoluta, la imagen es distinta sin serlo. Ante la prueba que os tienden y que tenéis bajo vuestros ojos os sentís a menudo incapaces de saber decir cuál es el detalle que resulta chocante, de poder decir qué es «aquello» que no es vuestro, «aquello» que no podéis reconocer como vuestro.

¡Pues bien! Durante años tal ha sido mi caso en presencia del Maigret de Simenon, al que he visto tomar de día en día proporciones más gigantescas a mi lado hasta el punto de que la gente me llegaba a preguntar de buena fe si yo copiaba el modo de ser de tal personaje, si verdaderamente Maigret era el apellido de mi padre y si no lo había adoptado del de las novelas.

He tratado de explicar lo mejor posible cómo sucedieron las cosas. Al principio el asunto no parecía que tuviera que adquirir mayor trascendencia.

Aunque sólo hubiera sido por la edad, la vista de aquel muchacho, que el bueno de Javier Guichard me había presentado un día en su despacho, más me habría inducido a encogerme de hombros que a desconfiar de él.

Y sin embargo, meses más tarde me hallaba cogido entre las ruedas de un engranaje del que ya no he podido salir jamás y del que estas páginas que estoy emborronando no me van a librar tampoco, desde luego.

—¿De qué se queja usted? Se ha hecho célebre.

¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Es muy fácil decir esto cuando uno no ha tenido que pasar por este trance. He de confesar, sin embargo, que en ciertos momentos y en determinadas circunstancias, no es desagradable la cosa. Y no sólo por una satisfacción de amor propio. A menudo es ventajoso por razones de orden práctico. ¡Miren! Aunque sólo sea para obtener un buen asiento en el tren o en un restaurante lleno a rebosar, o simplemente por no tener que hacer cola.

Durante todos estos años no he protestado y tampoco me he quejado nunca a los periódicos.

Y no voy a pretender tampoco que lo estaba pasando horrible durante todos estos

años. Sería falso y exagerado, y detesto las exageraciones.

Pero me prometí que algún día diría con toda tranquilidad, sin amor ni odio, todo lo que tengo que decir y que de una vez para siempre pondría las cosas en su punto.

Y ha llegado ese día.

¿Por qué he llamado a mi obra *Memorias*? No lo sé. No soy el responsable de ello, repito. La palabra no es de mi elección.

No trataré en ellas ni de Mestorino, ni de Landrú, ni del abogado del Macizo Central que exterminaba a sus víctimas sumergiéndolas en una bañera llena de cal viva.

Simplemente se trata sólo de confrontar un personaje con otro, una verdad con otra.

* * *

Vais a ver en seguida lo que algunos entienden por verdad. Era en el comienzo, en la época de este baile antropométrico que sirvió, junto con otras manifestaciones más o menos espectaculares y de buen gusto, al lanzamiento de lo que empezaba a llamarse ya los «primeros Maigret», dos volúmenes titulados *El ahorcado de Saint-Pholien* y *El fallecido Monsieur Gallet*. Estos dos libros no voy a ocultar que los leí en seguida.

Y todavía me parece estar viendo a Simenon llegando al despacho al día siguiente muy contento de sí mismo, con más seguridad todavía si es posible que antes, pero con cierta pequeña ansiedad reflejada en su mirada:

—¡Ya sé lo que va a decirme! —me lanzó tan pronto como yo intenté abrir la boca.

Y andando de un lado a otro me empezó a decir:

—Sé perfectamente que estos libros están llenos de inexactitudes técnicas. Sería tarea inútil intentar contarlas. Sepa usted que todas son intencionadas, y voy a decirle por qué.

No tengo anotado todo su discurso, pero me acuerdo de la frase esencial, frase que a menudo me ha repetido después con una satisfacción rayana en sadismo:

—La verdad nunca parece verdadera. No me refiero sólo a la literatura o a la pintura. No es preciso mencionar lo que ocurre con las columnas dóricas cuyas líneas nos parecen completamente perpendiculares y que dan esa impresión precisamente porque son ligeramente curvas. Si fueran rectas sería cuando las veríamos curvadas, ¿comprende?

En esta época le gustaba todavía dárseles de erudito.

—Cuéntele usted cualquier cosa a alguien. Si no la arregla, les parecerá siempre a todos increíble y artificial. Arréglela usted y parecerá más auténtica que la verdad misma.

Hacía resaltar extraordinariamente estas últimas palabras, como si se tratase de un descubrimiento sensacional.

—Más auténtico que la misma verdad. ¡Nada que digamos! Pues, mire: yo le he convertido a usted en alguien más real que usted mismo.

Ante eso perdí hasta la voz, y todavía hoy, el comisario que soy, ese comisario «menos auténtico que el ficticio», no ha sabido aún qué objetar.

Y él, con abundantes ademanes y cierto deje belga en el habla, venga decirme que las investigaciones, mis investigaciones, tal como él las había contado eran más verosímiles (¿tal vez dijo más exactas?) que como yo las había vivido.

Durante nuestros primeros encuentros, en otoño, no le faltaba aplomo. Al contrario, lo tenía en tal abundancia que podía haberlo vendido al por mayor a todos los tímidos de la tierra.

—Me sigue usted bien, comisario...

Había decidido suprimir el «señor».

—En una auténtica investigación, son ustedes cincuenta o más ocupándose de la búsqueda del culpable. No sólo usted y sus inspectores siguen la pista, sino que toda la policía del país es puesta en marcha. Se investiga en las estaciones, en los muelles y en las fronteras. Y no menciono siquiera a los soplones ni a los aficionados que gustan de entrometerse en el caso.

»¡Trate usted en doscientas o doscientas cincuenta páginas de una novela de dar una imagen un tanto exacta de esta especie de avispero! Tendría que ser una novela desbordante como un río, y el lector se sentiría terriblemente descorazonado; al cabo de pocos capítulos, se encontraría embrollado y confundido.

»En la realidad, ¿qué puede impedir que se produzca esta confusión? ¿Cuántos trabajos no hay que pasar cada mañana para poner a cada uno en su lugar y no desviarse de la trama del asunto?

Me tosió triunfalmente a la cara.

—¿Y quién es el que se ocupa de eso? Usted, que es quien dirige la investigación. Sé perfectamente que un comisario de la Policía Judicial, un jefe de brigada especial, no recorre las calles en persona para ir a interrogar a las porteras y a los taberneros.

»No ignoro tampoco que salvo en casos excepcionales, no se pasa usted las noches tomando el fresco y aguantando la lluvia en las calles desiertas esperando que se ilumine una ventana o que se abra tal o cual puerta.

»Pero nada importa que no sea usted mismo el que esté allí aguardando, ¿verdad?

¿Qué le podía contestar a esto? Desde cierto punto de vista no carecía de lógica.

—¡Hay que simplificar! La primera cualidad, la esencial de una verdad, es que sea simple. Yo ya he hecho eso, simplificarla. Ha reducido a su más sencilla expresión los engranajes que funcionan a su alrededor sin que por esto el resultado haya variado lo más mínimo.

»Donde cincuenta inspectores más o menos sumergidos en el anonimato se mueven desordenadamente, he puesto sólo tres o cuatro con una destacada personalidad.

Traté de decir:

—A los otros no les ha gustado.

—No escribo para dos o tres docenas de funcionarios de la Policía Judicial. Cuando se escribe un libro sobre los maestros, deja uno de contentar quiera o no a decenas de millares de maestros. Pasaría lo mismo si uno se decidiera a escribir algo sobre los jefes de estación o las oficinistas. ¿Dónde iríamos a parar por ese camino?

—Al hallazgo de diferentes clases de verdad.

—Estoy tratando de demostrarle que la mía es la única valedera. ¿Quiere que le ponga otro ejemplo? No es preciso haber pasado en este edificio las horas que yo he pasado para saber que la Policía Judicial, al formar parte de la Prefectura de Policía, sólo puede actuar en los alrededores de París, y algunas veces, por extensión, en el departamento del Sena.

»En *El difunto señor Gallet* narro una investigación que tiene lugar en el Centro de Francia.

»¿Fue usted allí, sí o no?

Era que sí, claro.

—Estuve allí, sí, pero en una época en que...

—En una época en que durante tiempo trabajó usted no para el «Quai des Orfèvres» sino para la calle de Saussaies... Pero ¿por qué molestar la atención del lector con estas sutilezas administrativas?

»Sería preciso explicar al principio de cada investigación: Esto ocurrió en tal año, en el que Maigret estaba empleado en el servicio de...

»Déjeme terminar...

Tenía una idea en la cabeza y sabía que iba a tocar un punto débil.

—¿Es usted por sus costumbres y modo de actuar e incluso por su carácter un hombre del «Quai des Orfèvres» o un hombre de la calle de Saussaies?

Ruego a mis colegas de la Seguridad Nacional, entre los que cuento con buenos amigos, que me disculpen, pero todo el mundo sabe que hay una rivalidad, por no decir algo más fuerte, entre las dos instituciones.

Admitamos lo que Simenon había comprendido desde un principio, o sea, que en esta época había dos tipos de policía muy distintos.

La de la calle de Saussaies, que dependía directamente del ministro del Interior, se veía precisada, quieras o no, a ocuparse de tareas políticas.

No lo critico, pero confieso que en lo que a mí atañe prefiero no encargarme de estas cosas.

Nuestro campo de acción en el «Quai des Orfèvres» es más restringido, más

vulgar, podríamos decir. Nos contentamos con ocuparnos de los malhechores de todas clases y en general de todo lo que puede incluirse dentro de la palabra policía precisada todavía más por la palabra «judicial».

—Estará usted de acuerdo conmigo, pues, en que es un hombre del «Quai». Está usted orgulloso de ello. Perfectamente, yo he hecho de usted un hombre del «Quai». He tratado de encajarle perfectamente en el ambiente, pero ¿será preciso tratar también de las minucias porque usted tiene la manía de la exactitud? ¿Voy a tener que enturbiar un poco esa imagen explicando que en tal año, por complicadas razones, usted cambió provisionalmente de casa, cosa que le permitió trabajar por toda Francia?

—Pero...

—Un momento. El primer día que le encontré, le dije que yo no era periodista sino novelista, y me acuerdo que le prometí al señor Guichard que nunca mis novelas revelarían ninguna indiscreción que pudiera plantear dificultades a la policía.

—Sí, pero...

—Pardiez, ¡escúcheme, Maigret!

Era la primera vez que me llamaba así. Era también la primera vez que aquel muchacho me hacía callar.

—He cambiado todos los nombres excepto el suyo y el de dos o tres de sus colaboradores. He tenido buen cuidado en cambiar también el nombre de las localidades. A menudo incluso, para mayor precaución, he cambiado las relaciones familiares de los personajes.

»He simplificado; muchas veces he dejado la cosa sólo en un interrogatorio cuando en realidad usted utilizó por lo menos cuatro o cinco, he puesto dos o tres pistas a seguir en circunstancias en las que tuvo usted diez ante sí.

»Creo que soy yo quien tiene razón y quien está en lo cierto.

»Le he dado una prueba de ello.

Me señaló un montón de novelas que había dejado encima de mi despacho y en las que yo al llegar ni me había fijado.

—Todo esto son libros escritos por los especialistas en cuestiones policíacas en el transcurso de los últimos veinte años. Relatos verdaderos, llenos de esa clase de verdad que a usted tanto le gusta.

»Léalos. En la mayoría de los casos conoce usted ya estas investigaciones, que aquí se explican con todo detalle.

»¡Pues bien! Estoy seguro de que no las reconocerá usted, precisamente porque la preocupación de objetividad falsea esa verdad que siempre es, que siempre debe ser, algo muy sencillo.

—Bueno, y...

Ahora voy, en seguida diré lo que me interesa. Fue en este momento cuando supe

dónde me apretaba el zapato.

Tenía razón en todo lo que había dicho, demonio. Yo mismo me había reído de que hubiera reducido de tal manera el número de inspectores, de que me hiciera pasar la noche bajo la lluvia como un inspector y que, voluntariamente o no, hubiera confundido la «Sûreté» con la Policía Judicial.

Lo que me extraña en el fondo era que todavía no podía llegar a confesarme a mí mismo...

Dios mío, ¡qué difícil es todo esto! ¿Se acuerdan ustedes de aquello que les he dicho del señor y de la fotografía?

Recordamos simplemente el detalle del sombrero hongo. No me importa cubrirme de ridículo confesando que este idiota detalle me ha hecho sufrir más que todos los otros.

Cuando el joven Sim entró por primera vez en el «Quai des Orfèvres», yo conservaba todavía un sombrero hongo dentro del armario, pero sólo lo llevaba en ocasiones muy especiales: para los entierros o las ceremonias oficiales.

Pero se dio el caso de que yo tenía colgada en mi despacho una fotografía tomada hacía ya varios años con ocasión de no sé qué congreso, en la que se me veía luciendo aquel maldito sombrero.

Cosa que todavía hace que hoy día, cuando me presentan a alguien, tenga que oír:
—¡Toma! Ha cambiado usted de sombrero, ¿eh?

En cuanto al famoso abrigo con cuello de terciopelo no fue conmigo, sino con mi mujer, que Simenon sostuvo un día una conversación. Tuve uno, desde luego. Varios incluso, como todos los hombres de mi generación. Tal vez fue en 1927, en un día frío y lluvioso, cuando se me ocurrió comprarlo.

No soy presumido. Me preocupo muy poco de la elegancia, pero tal vez debido a esto me horroriza llamar la atención, y mi sastrecillo judío de la calle de Turenne no siente más ganas que yo de que la gente se vuelva a mi paso.

«¿Es culpa mía si yo lo veo así?», habría podido responderme Simenon al igual que el pintor que le hace la nariz chata a su modelo o le pone los ojos bizcos.

Todo aquello no se lo dije aquella mañana. Púdicamente me contenté con decir mientras echaba una ojeada afuera:

—¿Y resulta totalmente imprescindible tener que «simplificarme» hasta este punto?

—Al principio, sí. Es preciso que el público se acostumbre a usted, a su aspecto, a su aire; me parece que acabo de encontrar la palabra: de momento usted es sólo una silueta, una espalda, una pipa, un modo de andar y de gruñir.

—Gracias.

—Los detalles irán apareciendo poco a poco, ya lo verá. No sé el tiempo que esto me va a llevar. Lentamente, empezará usted a vivir de un modo más sutil y más

complejo.

—Es alentador.

—Por ejemplo, hasta ahora aún no ha tenido vida familiar, a pesar de que el bulevar Richard-Lenoir y la señora Maigret constituyen casi la mitad de su existencia. Hasta este momento se ha limitado a llamar por teléfono, pero ahora le verán allí.

—¿En bata y zapatillas?

—E incluso en su cama.

—Duelmo con camión —dije yo con ironía.

—Ya lo sé. Esto le completa. Incluso si se hubiera adaptado a llevar pijama yo le habría puesto un camión.

Me estoy preguntando cómo habría terminado aquella conversación —probablemente habría acabado en una terrible disputa— si en aquel momento no se me hubiera anunciado que un soplón de la calle Pigalle había pedido permiso para hablarme.

—O sea —le dije a Simenon mientras me tendía la mano—, que usted se siente satisfecho de sí mismo.

—Todavía no, pero todo llegará.

¿Podía decirle acaso que de ahora en adelante le prohibía servirse de mi nombre? Legalmente sí. Pero la cosa habría dado lugar a un proceso de los llamados parisinos que me habría cubierto de ridículo.

Aunque el personaje se hubiera llamado de otra manera, no por eso habría dejado de ser yo, o más exactamente, este yo simplificado que al decir de su autor progresivamente se iría complicando.

Lo peor fue que durante años, cada mes iba a encontrarse en un libro de cubiertas fotográficas a un Maigret que me imitaba cada vez más.

¡Y si hubiera sido sólo en los libros! Para colmo el cine iba a tomar cartas en el asunto y también la radio y más tarde la televisión.

Es una sensación de lo más raro ver en la pantalla ir y venir, hablar y sonarse las narices a un señor que pretende ser uno mismo, que os imita ciertos gestos, pronuncia frases que uno ha pronunciado antes, en circunstancias vividas en unos escenarios que han sido minuciosamente reconstruidos.

Con el primer Maigret del cine de Pierre Renoir, el parecido estaba más o menos respetado, me habían hecho un poco más alto y esbelto. El rostro naturalmente era distinto, pero ciertos gestos eran tan míos que sospecho que el actor me debía haber observado antes, sin yo darme cuenta.

Algunos meses más tarde había bajado veinte centímetros de estatura y lo que había perdido en altura lo había ganado en peso; bajo el aspecto de Abel Tarride me convertí en un tipo obeso y bonachón y tan blando que parecía un animal a punto de echar a volar hacia el techo. ¡Y no hablemos de los guiños con que yo subrayaba mis

propios éxitos y mi agudo ingenio!

No me quedé hasta el final de la película, y no por ello se acabaron mis preocupaciones.

Harry Baur era, sin duda, un gran actor, pero en esta época tenía casi veinte años más que yo y sus facciones eran a la vez desdibujadas y trágicas.

¡Sigamos adelante!

Tras haber envejecido veinte años, me rejuvenecí de otros tantos bastante más tarde con cierto tipo llamado Préjean a quien nada tengo que reprochar —lo mismo que a los demás—, pero que se parece bastante más a ciertos jóvenes inspectores de hoy día que a los de mi generación.

Recientemente se me ha hecho engordar de nuevo, un engorde por todo lo alto a punto de estallar al mismo tiempo que bajo los rasgos de Charles Laughton me ponía a hablar la lengua inglesa como si fuera mi lengua materna.

Entre todos ellos, gracias a Dios, ha habido uno por lo menos que ha tenido el placer de burlar a Simenon y de encontrar que mi verdad era mejor que la suya.

Pierre Renoir no me puso ningún sombrero hongo sobre la cabeza, eligió un sombrero corriente y vestidos parecidos a los que llevan todos los funcionarios, sean o no de la policía.

Me estoy dando cuenta de que sólo he hablado de pequeños detalles, de un sombrero, de un abrigo, de una estufa de carbón, probablemente ha sido debido a que fueron estos detalles los que más llamaron mi atención.

Nadie se extraña de verse convertido en un hombre y luego en un viejo, pero a un hombre le basta con recortarse la punta de las guías del bigote para no ser capaz de reconocerse ni él mismo.

Prefiero hablar de una vez para siempre de esto que yo considero como pequeñas debilidades antes de comparar a fondo los dos personajes.

Si Simenon tiene razón, cosa bastante probable, lo mío parecerá una estupidez al lado de su famosa verdad simplificada —o arreglada— y yo voy a parecer un sabihondo que se complace en retocar personalmente su retrato.

Ahora, ya que he empezado por los trajes, es preciso que siga por ese camino, aunque sólo sea para mi tranquilidad personal.

Simenon me ha preguntado hace poco —de hecho también él ha cambiado, ya no es aquel muchacho que encontré en el despacho de Javier Guichard—, me ha preguntado, como iba diciendo, con cierta ironía:

—¿Qué? ¿Cómo va el nuevo Maigret?

He tratado de contestarle con sus mismas palabras de antes.

—¡Se está perfilando! Todavía es simplemente una silueta. Un sombrero. Un abrigo; pero el sombrero es verdaderamente el suyo y el abrigo también. Poco a poco todo se irá haciendo, tal vez llegará a tener piernas, brazos y quizá hasta un rostro.

Incluso tal vez llegará a pensar por sí mismo sin la ayuda de un novelista.

Ahora Simenon tiene poco más o menos la misma edad que tenía yo cuando nos encontramos por primera vez. En aquella época tenía tendencia a considerarme como un hombre maduro y en su interior quizá me llamaba incluso viejo.

No le he preguntado qué pensaba de mí actualmente, pero no he podido dejar de decirle:

—¿Sabe usted que con el tiempo ha empezado usted a andar, a fumar en pipa, y a beber, como lo hace *su Maigret*?

Cosa que es verdad y que me ha proporcionado, nadie se atreverá a negarlo, una sabrosa venganza.

Es un poco como si al final empezara a creerse que se ha convertido en *mí*.

Capítulo tres

Donde trataré de hablar de un doctor barbudo que influyó sobre la vida de mi familia y quizá, a fin de cuentas, en la elección de mi carrera

No sé si esta vez acertaré con el tono, pues esta mañana he llenado la papelera de páginas rotas.

Ayer por la tarde estuve a punto de abandonar.

Mientras mi mujer leía lo que había escrito durante el día, yo la observaba, fingiendo leer el periódico como de costumbre. En cierto momento he tenido la impresión de que se ha quedado muy sorprendida, de pronto ha empezado a echarme unas miradas llenas de sorpresa y pena.

En lugar de hablar conmigo inmediatamente, ha ido a poner el manuscrito en el cajón y se ha tomado bastante tiempo antes de decir con esfuerzo, procurando que su objeción tuviera la menor importancia posible:

—Se diría que no lo quieres.

No tenía necesidad de preguntarle de quién hablaba. Entonces me ha llegado a mí el turno de quedarme boquiabierto y extrañado:

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué no iba a ser Simenon nuestro amigo? —he exclamado.

—Bueno...

Yo trataba de descubrir sus pensamientos e intentaba acordarme de lo que había escrito.

—Quizá me equivoco, pues, ya que tú lo dices, pero he tenido la impresión leyendo ciertos párrafos que sientes por él verdadero odio. Entiéndeme, no uno de esos odios que uno confiesa, sino algo más hondo y terrible... más...

No dijo la palabra, lo hice yo por ella... «más vergonzoso...» Dios mío, nada más lejos de mi espíritu. No sólo he mantenido siempre con Simenon cordiales relaciones, sino que incluso se convirtió muy pronto en amigo de la familia y nuestros espaciados viajes veraniegos los hicimos casi todos para irlo a ver a él precisamente en los sucesivos domicilios que tuvo, mientras vivió en Francia: Alsacia, Porquerolles, Charente, Vendée y otros. Quizá incluso si recientemente he aceptado una gira semioficial que me ofrecieron llevar a cabo por Estados Unidos fue sólo porque sabía que podría verle a él en Arizona, lugar donde entonces vivía.

—Te juro... —empecé a decir gravemente.

—Te creo. Serán los lectores quizá los que no te creerán.

Ha sido culpa mía, estoy seguro. No estoy acostumbrado a manejar la ironía y me doy perfecta cuenta de que lo hago muy mal. Precisamente ha ocurrido porque he querido tratar con ligereza, por una especie de pudor, un asunto difícil, más o menos penoso para mi amor propio.

Lo que yo he tratado de hacer, en definitiva, es ajustar una imagen a otra imagen, un personaje no a su sombra sino a su doble. Y Simenon ha sido el primero en animarme a ello.

Añado, para tranquilizar a mi mujer —que es de una fidelidad casi salvaje respecto a sus amistades—, que Simenon, como ya dije ayer con otras palabras, porque estaba bromeando, no tiene nada de aquel muchacho cuya seguridad agresiva más de una vez me había molestado; al contrario, actualmente se ha vuelto taciturno y habla con cierta vacilación sobre todo de las cosas que calan hondo en su alma, duda antes de lanzar una afirmación y busca —casi lo juraría— mi aprobación por anticipado.

Seguiré molestándole todavía un poco más. Será la última vez. La ocasión es magnífica y no puedo resistir la tentación.

En los cuarenta volúmenes poco más o menos que Simenon ha dedicado a mis investigaciones, hallaríamos quizá unas veinte alusiones a mis orígenes, a mi familia, ha hablado algo de mi padre y de su profesión de administrador, ha mencionado el colegio de Nantes donde cursé parte de mis estudios, ha hablado también brevemente de mis dos cursos de medicina.

Le han hecho falta casi ochocientas páginas para contar mi infancia hasta la edad de dieciséis años. Poco importa que lo haya hecho bajo la forma de una novela, que los personajes sean verdaderos o no; ha considerado que su héroe no estaría verdaderamente completo si no se le veía acompañado de sus padres y abuelos, de sus tíos y tías, de los que nos cuenta sus preocupaciones y sus enfermedades, sus pequeños defectos, sus fibromas; hasta el perro de la vecina tiene derecho a media página.

No me sabe mal. Si lo menciono es para defenderme por adelantado de la acusación que se me podría hacer de que hablo de los míos con excesiva complacencia.

Para mí un hombre sin pasado no es un hombre. En el transcurso de ciertas investigaciones me ha ocurrido muchas veces que he dedicado más tiempo a la familia y al ambiente del sospechoso que al mismo sospechoso, y ha sido así precisamente cómo he logrado descubrir el quid de lo que habría podido ser un misterio.

Se ha dicho y es verdad que he nacido en el Centro, no lejos de Moulins, pero no recuerdo que haya quedado precisado que la propiedad que administraba mi padre fuera una propiedad de tres mil hectáreas en la que había unas veintiséis alquerías.

Mi abuelo, al que conocí, tenía una de esas alquerías y había sucedido a tres generaciones por lo menos de Maigrets que habían labrado esta misma tierra.

Una epidemia de tifus, en la época en que mi padre era joven, diezmó a la familia, que constaba de siete u ocho hijos. Sólo sobrevivieron dos, mi padre y una chica que luego se casaría con un panadero e iba a fijar su residencia en Nantes.

¿Por qué mi padre fue a estudiar al instituto de Moulins, rompiendo así con la antigua tradición? Me inclino a creer que el cura del pueblo se interesó por él, pero no por ello rompió con la tierra. Después de haberse pasado dos años en una escuela de agricultura volvió al pueblo y entró al servicio del castillo como ayudante de administrador.

Siempre me molesta un poco hablar de él. Tengo la impresión de que la gente se dice:

«Ha guardado de sus padres la imagen que uno se forma de ellos cuando es un niño».

Y durante largo tiempo me he preguntado a mí mismo si no me equivocaba, si mi espíritu crítico no me había fallado; pero he encontrado después otros hombres como él, sobre todo entre los de su generación y la mayoría de las veces de la misma clase social, de esa clase social a la que podríamos llamar clase media.

Para mi abuelo las personas del castillo, sus derechos, sus privilegios y su comportamiento estaban más allá de toda discusión. Lo que pensaba de ellos en el interior de sí mismo jamás lo he sabido. Yo era todavía muy joven cuando murió. Sin embargo, estoy persuadido, al recordar ciertas miradas y ciertos silencios sobre todo, que su aprobación no era una aprobación pasiva, ni siquiera era siempre una aprobación. No era tampoco resignación, al contrario, procedía de cierto orgullo y se basaba sobre todo en el sentido del deber.

Es este sentimiento el que ha subsistido en hombres como mi padre mezclado a una reserva y a un deseo de honradez que ha podido hacer creer que se trataba de resignación.

Me acuerdo de él perfectamente. Conservo fotografías. Era muy alto y delgado y su delgadez se veía acentuada todavía más por unos pantalones estrechos que unas botas de cuero recubrían hasta debajo de la rodilla. Siempre lo vi así, era para él una especie de uniforme. No llevaba barba, pero sí unos grandes bigotes de un rubio rojizo en los que en invierno, cuando regresaba a casa, sentía al abrazarle pequeños cristalitos de hielo.

Nuestra casa estaba edificada en el patio del castillo, era una bonita casa de ladrillo rojo de un solo piso que se levantaba por encima de unos bajos, donde vivían varias familias de criados, palafreneros y guardias cuyas mujeres en su mayor parte trabajaban en el castillo de lavanderas, costureras o pinches de cocina.

En este patio mi padre era algo así como un soberano al que los hombres se

dirigían quitándose el sombrero.

Una vez por semana más o menos, se marchaba en un carruaje de noche o por la tarde acompañado de uno o varios colonos para ir a vender o a comprar algunas bestias en alguna feria lejana; feria de la que no regresaba hasta el día siguiente al caer la tarde.

Su despacho estaba en otro pabellón separado, tenía sobre los muros fotografías de los caballos y bueyes premiados, los calendarios de las ferias y a menudo, secándose a medida que avanzaba la estación, el más hermoso haz de trigo que se había cosechado en aquella tierra.

Hacia las diez atravesaba el patio y penetraba en un dominio aparte. Rodeando los pabellones, subía los peldaños de aquella escalera que los campesinos no hollaban jamás y permanecía cierto tiempo tras los espesos muros del castillo.

Era para él lo que es para nosotros el informe de cada mañana en la Policía Judicial. Siendo niño, yo me sentía orgulloso de verle marchar tan erguido sin ninguna señal de servilismo hacia aquella escalera cuyos prestigiosos peldaños subía con tanta prestancia.

Hablaba poco y casi nunca se reía, pero cuando llegaba a darse el caso, uno se quedaba muy sorprendido al escuchar aquella risa joven, casi infantil, y al verle divertirse con ingenuas chanzas.

Cosa rara, al revés de la mayoría de la gente que yo conocía, mi padre no bebía. A cada comida le ponían en la mesa una pequeña botella reservada exclusivamente para él, llena hasta la mitad de un ligero vino blanco de la cosecha de la propiedad, y nunca le vi tomar otra cosa, ni siquiera en las bodas y entierros. Cuando iba a las ferias y se veía obligado a frecuentar las fondas, le traían siempre una taza de café, cosa que le encantaba.

Yo lo veía como un hombre ya de cierta edad. Tenía cinco años cuando murió mi abuelo. Mis abuelos maternos vivían a más de cincuenta kilómetros de allí y sólo íbamos a verlos dos veces al año. Por eso los traté poco. No eran campesinos. En un importante pueblo tenían un colmado con sala de café al lado, como suele ocurrir en los pueblos.

Hoy no me atrevería a afirmar que no fue ésta la razón por la que nuestras relaciones con ellos no fueron más estrechas.

Tenía yo poco más de ocho años cuando acabé por darme cuenta de que mi madre estaba encinta. Por una serie de frases cazadas al azar y por ciertos cuchicheos, comprendí más o menos que el acontecimiento resultaba inesperado. Por lo visto, después de mi nacimiento, los médicos habían dicho que era improbable que mi madre pudiera volver a tener hijos.

Todo esto lo he ido reconstruyendo poco a poco, trozo a trozo. Creo que con los recuerdos de la infancia siempre ocurre lo mismo.

En este tiempo, en el pueblo vecino, más importante que el nuestro, vivía un médico de barba roja y puntiaguda, llamado Gadelle —Víctor Gadelle si no me equivoco—, del que todo el mundo hablaba mucho y con gran misterio, posiblemente debido a su barba. Tanto se hablaba de él, que yo no estaba lejos de considerarlo una especie de diablo.

Existía un drama en su vida, un verdadero drama, el primero del que yo tuve conocimiento y que me impresionó mucho, tanto más porque influiría profundamente en nuestra familia y por tanto en toda mi existencia.

Gadelle bebía, bebía mucho más que cualquier campesino del país, y no sólo de vez en cuando, sino todos los días; bebía desde la mañana a la noche, bebía lo bastante como para esparcir en medio de una caldeada habitación un fuerte olor a alcohol, que yo aspiraba siempre con disgusto.

Además era muy poco cuidadoso de su persona. Iba sucio, permítaseme emplear la palabra.

¿Cómo podía ser el amigo de mi padre teniendo tales defectos?

Era un misterio para mí. El hecho era que a menudo venía a verle para hablar con él; en casa llegaba cumpliendo casi un rito; tan pronto como ponía los pies en ella cogía una botella de aguardiente del aparador. Aquella botella no servía casi para nadie más.

Del primer drama entonces apenas me enteré. La mujer del doctor Gadelle estaba encinta por sexta o séptima vez. Yo la veía ya como una vieja a pesar de que no debía tener más allá de unos cuarenta años.

¿Qué ocurrió el día del alumbramiento? Al parecer, Gadelle llegó a su casa más borracho que nunca y mientras esperaba que llegara el momento, a la cabecera de la cama de su mujer, continuó bebiendo.

La espera fue más larga de lo normal. A los niños los habían llevado a casa de los vecinos. Hacia la madrugada, como todavía no había sucedido nada, la cuñada del doctor, que había pasado la noche en la casa, se había marchado para ir a echar un vistazo a su hogar.

Al parecer se oyeron gritos y alboroto y muchas idas y venidas en casa del médico.

Cuando entraron vieron a Gadelle llorando en un rincón. Su mujer había muerto y el niño también.

Largo tiempo después yo aún sorprendía más de una vez a las comadres diciéndose al oído unas a otras con indignadas maneras o simplemente con consternación:

—¡Fue una verdadera carnicería!...

* * *

Durante meses tuvimos el caso Gadelle. Era el objeto de todas las conversaciones y como era de esperar tenía dividido al país en dos bandos.

Algunos —y eran muchos— iban a la ciudad, cosa que entonces era un verdadero viaje, para consultar al médico, mientras otros, indiferentes o confiados por lo menos, continuaban haciéndose visitar por el barbudo doctor.

Mi padre no me dijo nunca nada sobre el particular. Me veo, pues, reducido a hacer simples conjeturas.

Gadelle, desde luego, nunca cesó de venir a vernos. Entraba en casa como de paso en el transcurso de sus visitas y se continuó haciendo lo mismo de siempre, ponerle la botella de canto dorado delante.

Ahora bebía menos, sin embargo. Se decía que ahora nunca se le veía borracho. Una noche fue llamado de la alquería más lejana del pueblo para un parto y salió brillantemente del trance.

Al volver pasó por mi casa. Estaba muy pálido y recuerdo cómo mi padre le estrechó la mano con una insistencia que no era del caso, como si tratara de animarle, como si pretendiera decirle: «Ya ves como no todo se ha perdido».

Mi padre siempre confiaba en las personas. Nunca le oí formular un juicio sobre nadie sin que le permitiera defenderse, ni siquiera cuando la oveja negra del dominio, un colono de lo más insolente del que había tenido que denunciar sus malversaciones al castillo, lo acusó de no sé qué.

Es seguro que si después de la muerte de su mujer y de su hijo el doctor no hubiera encontrado a nadie que le hubiera tendido la mano, habría estado perdido.

Mi padre lo hizo. Y cuando mi madre quedó en estado, cierto sentimiento que me resulta difícil de explicar, pero que comprendo perfectamente, le obligó a ir hasta el final.

Tomó sus precauciones, sin embargo. Por dos veces durante los últimos días del embarazo llevó a mi madre a Moulins para consultar con un especialista.

Llegó el momento. Un criado de las cuadras montado a caballo fue a buscar al médico hacia la medianoche.

No me hicieron abandonar la casa, donde quedé encerrado en mi habitación terriblemente impresionado, aunque como todos los chiquillos del campo desde muy pequeño tenía ya ciertos conocimientos sobre estas cosas.

Mi madre murió a las siete de la mañana, al amanecer, y cuando bajé la escalera, el primer objeto que atrajo mi atención, a pesar de estar profundamente emocionado, fue la botella que había encima de la mesa del comedor.

Fui, pues, hijo único. Una chica de los alrededores vino a instalarse en mi casa para cuidar de mí y del hogar. Después nunca más vi al doctor Gadelle franquear el umbral de mi casa, pero nunca tampoco le oí a mi padre decir ni una palabra respecto a él.

Un período muy gris y confuso siguió a este drama. Yo iba a la escuela del pueblo. Mi padre cada vez hablaba menos. Tenía treinta y dos años y sólo ahora me doy cuenta de lo joven que era.

No protesté cuando a los doce años me internaron en el instituto de Moulins, ya que era imposible llevarme allí cada día.

Sólo permanecí en aquel lugar unos meses. Me sentía muy desgraciado, completamente extraño en aquel mundo nuevo que se me antojaba hostil, pero nada le dije a mi padre, que me traía a casa todos los sábados por la tarde. Jamás me quejé.

A pesar de todo debió de darse cuenta, pues en las vacaciones de Pascua, su hermana, cuyo marido había abierto una panadería en Nantes, de repente vino a vernos y me di cuenta de que aquello formaba parte de un plan urdido ya por correspondencia.

Mi tía, que tenía la tez sonrosada, empezaba a engordar. No tenía hijos y lo sentía.

Durante varios días le vi mariposear a mi alrededor como si tratara de domarme.

Me hablaba de Nantes, de su casa situada cerca del puerto, del buen olor del pan caliente, de su marido que se pasaba toda la noche frente al horno y que dormía de día.

Se mostraba muy alegre. Yo había adivinado y me sentía resignado. O más exactamente, no me gusta esta palabra, había aceptado.

Mi padre y yo sostuvimos una larga conversación, mientras paseábamos por el campo después de la misa. Fue la primera vez que me habló como a un hombre. Se preocupaba de mi porvenir y veía la imposibilidad de que pudiera estudiar en el pueblo y al mismo tiempo sopesaba los inconvenientes que representaban para mí vivir en Moulins interno, alejado de toda vida familiar normal.

Hoy día sé lo que pensaba. Se daba cuenta de que la compañía de un hombre como él, que vivía recluido en sí mismo, acompañado sólo de sus pensamientos, no era la más adecuada para un muchacho que tenía aún toda la vida por delante.

Me fui con mi tía, con una enorme maleta traqueteante tras de nosotros en el coche que nos condujo a la estación.

Mi padre no lloró. Yo tampoco.

* * *

Esto poco más o menos es todo lo que sé de él. Durante años, en Nantes, yo fui el sobrino del panadero. Me acostumbré a la compañía de aquel hombre del que veía cada día el pecho velludo bajo la rojiza luz del horno.

Pasaba todas las vacaciones con mi padre. No me atrevo a decir que éramos como un par de extraños. Yo tenía mi vida personal, mi ambición y mis problemas.

Amaba a mi padre, lo respetaba, pero no trataba de comprenderle.

Y esto duró años. ¿Ocurre siempre así? Tengo cierta tendencia a creer que sí.

Cuando comencé a sentir curiosidad era ya demasiado tarde para empezar a preguntar lo que tanto habría deseado saber, y me reprochaba no habérselo preguntado cuando aún estaba allí para poderme contestar.

Mi padre murió a los cuarenta y cuatro años de una pleuresía.

Yo era un muchacho que había empezado a estudiar medicina.

Las últimas veces que había ido al castillo, me había impresionado el enrojecimiento de las mejillas de mi padre y sus ojos que por la noche se tornaban brillantes y febriles.

—¿Ha habido tuberculosis en la familia? —le pregunté un día a mi tía.

Como si se tratara de una deshonrosa tara me contestó:

—¡Nunca, jamás, sólo faltaba! ¡Todos han sido unos robles! ¿No te acuerdas de tu abuelo?

De él precisamente era de quien me acordaba. Recordaba cierta tosecilla seca que él achacaba siempre al tabaco. Y por muy lejos que fuera yo en mis recuerdos, siempre acudía a mi memoria aquel ligero fuego en las mejillas de mi padre.

Mi tía también tenía aquel color sonrosado.

—Tener que vivir siempre con el calor de la panadería es fatal —se quejaba ella a veces.

Murió de lo mismo que su hermano diez años más tarde.

En cuanto a mí, al volver a Nantes, donde tenía que ir a buscar mis cosas antes de empezar una nueva existencia, dudé bastante tiempo antes de presentarme en el domicilio personal de uno de mis profesores para pedirle que me auscultara.

—¡No hay ningún peligro por ese lado! —me dijo tranquilizándome.

Dos días después, tomaba el tren de París.

* * *

Mi mujer no se va a enfadar esta vez, si vuelvo a hablar de Simenon y de la imagen que él ha creado de mí, pues se trata de discutir un punto que ha hecho surgir en uno de sus libros, uno de los más recientes, y que me atañe de un modo particular.

Es una de las cosas que más me han molestado —y no me refiero a pequeñas cuestiones de indumentaria que antes me he divertido en traer a cuenta.

No sería hijo de mi padre si no fuera tan pundonoroso en lo que concierne a mi trabajo, a mi carrera, y precisamente es de eso de lo que se trata.

Tengo la impresión, la impresión desagradable, de que Simenon trata hasta cierto punto de excusarme ante los ojos del público por haber ingresado en la policía. Estoy seguro de que muchos creen que yo acepté esta profesión sólo como un medio de ir tirando.

Desde luego no cabe duda de que yo había elegido la carrera de medicina por mi plena voluntad, sin verme empujado a ella por unos padres más o menos ambiciosos, como a menudo suele suceder.

Hacía años que había dejado de pensar en esto y no me planteaba ningún problema a este respecto cuando de repente, debido a ciertas frases escritas sobre mi vocación, el problema poco a poco fue surgiendo en mí.

No hablé de ello con nadie, ni siquiera a mi mujer. Aún hoy tengo que sobreponerme a cierto pudor para poner las cosas en su punto, o al menos para tratar de hacerlo.

En uno de sus libros, Simenon ha hablado de «recomponedor de destinos», y no se ha inventado la palabra, es completamente mía: la debí dejar escapar algún día mientras estábamos charlando.

Me estoy preguntando si todo no habrá venido de Gadelle, cuyo drama, me he dado cuenta de ello después, me impresionó bastante más de lo que yo creía.

Porque era médico y porque había fracasado, la profesión médica se revistió a mis ojos de un extraordinario prestigio, se convirtió en una especie de sacerdocio.

Durante años, casi sin darme cuenta, he tratado de comprender el drama de este hombre que se encontró ante un destino superior a su capacidad.

Y me acordaba de la actitud de mi padre respecto a él. Me pregunto si mi padre habría comprendido lo mismo que yo, si había sido por eso que pese a todo le había dejado tentar su suerte.

De Gadelle, insensiblemente, he pasado a ocuparme de la mayoría de las personas que he conocido, personas sencillas casi todas, de vida limpia en apariencia y que, sin embargo, un día u otro se habían tenido que enfrentar con su destino.

No se olvide que no son los pensamientos de un hombre adulto los que yo trato de consignar aquí sino las maquinaciones de un niño primero y luego de un adolescente.

La muerte de mi madre aparecía ante mis ojos como un drama, ¡tan estúpido, tan inútil!

Y todos los otros dramas que yo conocía me sumergían en una especie de furioso desespero.

¿No se podía luchar contra aquello? Había que admitir que no había en ningún lugar algún hombre más inteligente capaz de decir a los otros —un hombre al que yo veía representado más o menos bajo los rasgos de un médico de cabecera, de un Gadelle que no hubiera fracasado— dulcemente, firmemente:

—Se equivoca usted. Actuando así fatalmente fracasará. Su verdadero sitio está ahí y no allí.

Creo que era esto: tenía la oscura sensación de que la mayoría de la gente no estaban donde debían, que trataban de representar un papel superior a su talla y que, por consiguiente, antes de empezar ya habían perdido la partida.

Nadie piense que estoy tratando de convertirme en Dios Todopoderoso.

Tras haber intentado comprender a Gadelle y el comportamiento de mi padre respecto a él, continuaba mirando a mi alrededor y me planteaba las mismas preguntas.

Baste un ejemplo que les hará sonreír. Éramos cincuenta y ocho en mi clase, cincuenta y ocho alumnos de distintos niveles sociales, con cualidades, ambiciones y defectos diferentes; pues bien, cierto año me dediqué a trazar el destino ideal de todos mis condiscípulos; para mis adentros les llamaba el abogado... el recaudador...

Durante cierto tiempo me entretuve en adivinar de qué iban a morir las personas que tenía a mi alrededor.

¿Se comprende ahora mejor por qué tuve la idea de querer ser médico? La palabra policía en esta época para mí sólo servía para evocar el urbano del pueblo estacionado en la esquina de la calle. Y aunque había oído hablar de policía secreta, no tenía ni la más ligera idea de lo que ésta podía ser.

De repente me encontré con que tenía que ganarme la vida. Había llegado a París sin tener ni siquiera una vaga noción del empleo que iba a escoger. Dado que no había podido acabar mis estudios, sólo podía esperar entrar en un despacho. Con esta idea, y con escaso entusiasmo, me puse a leer la serie de anuncios de colocaciones de los periódicos. Mi tío me había ofrecido quedarme con él en la panadería y enseñarme el oficio, pero el ofrecimiento había sido en vano.

En el pequeño hotelito que yo habitaba, en la orilla izquierda, vivía en el mismo rellano de la escalera un hombre que me intrigaba, un hombre de unos cuarenta años en quien yo encontraba, Dios sabe por qué, cierta semejanza con mi padre.

En el físico, desde luego, era lo más diferente posible del hombre rubio y delgado de hombros caídos al que yo había visto siempre con botas.

Éste era más bien bajo, macizo, moreno, con una incipiente calva que cuidadosamente tapaba peinando los cabellos hacia la frente y unos bigotes negros con las puntas vueltas cuidadosamente hacia arriba con tenazas.

Iba siempre correctamente vestido de negro y llevaba un abrigo con cuello de terciopelo, lo que explicaba el origen de cierto otro abrigo, y un bastón con puño de plata maciza.

Me parece que el parecido con mi padre residía en el aire que tenía; en cierto modo de andar sin apresurarse jamás, en el modo de escuchar, de mirar, en cierta manera en el modo como se recluía en sí mismo.

El azar hizo que me lo encontrara en un restaurante del barrio, uno de precio fijo. Me enteré de que cenaba allí casi cada noche, y de pronto, sin ninguna razón precisa para ello, me hice a la idea de trabar conocimiento con él.

Era en vano que tratara de imaginarme qué era lo que podía hacer aquel hombre en la vida. Debía de ser soltero porque vivía solo. Lo oía levantarse por la mañana y

volver por la noche a horas irregulares.

No recibía nunca a nadie y la única vez que lo vi acompañado estaba conversando en una esquina del bulevar Saint-Michel con un individuo de tan mal aspecto que en aquel entonces se le habría considerado un apache.

Estaba a punto de encontrar una colocación en una casa de pasamanería de la calle Victoires. Tenía que volver allí al día siguiente con referencias. Las había pedido a mis antiguos profesores.

Aquella noche en el restaurante, me sentí empujado no sé por qué instinto y me decidí a levantarme de la mesa en el preciso momento en que mi vecino de escalera colocaba su servilleta en su cajoncito, de modo que me vi precisado a abrirle la puerta.

Reparó en mí y tal vez adivinó mi deseo de hablarle, pues me dirigió una animadora mirada.

—Muchas gracias —me dijo.

Después, como permanecí de pie en la acera, añadió:

—¿Va al hotel?

—Sí, tal vez... no sé...

Hacía una hermosa noche de finales de temporada. Los muelles no quedaban lejos y se veía la luna por entre los árboles.

—¿Está solo en París?

—Sí, estoy solo.

Sin pedir mi compañía, la aceptaba, lo admitía como un hecho consumado.

—¿Busca trabajo?

—¿Cómo lo sabe?

No se tomó la molestia de contestar, se metió una pastilla en la boca. Pronto tenía que saber por qué. Tenía mal aliento y lo ignoraba.

—¿Ha llegado de provincias?

—De Nantes, pero soy de pueblo.

Hablaba con él con toda confianza. Era la primera vez, desde que estaba en París, que había encontrado a un compañero, y su silencio no me molestaba ni poco ni mucho, tal vez porque estaba acostumbrado a los benévolo silencios de mi padre.

Le había contado casi toda mi vida cuando llegamos al «Quai des Orfèvres» por el otro lado del puente Saint-Michel.

Ante la gran puerta entreabierta se paró y me dijo:

—¿Quiere esperarme un momento? En seguida habré terminado.

Un agente de policía uniformado estaba haciendo guardia en la puerta. Tras haber andado arriba y abajo un rato le pregunté:

—¿Esto es el Palacio de Justicia?

—Esta entrada es la del local de la «Sûreté».

Mi vecino del rellano se llamaba Jacquemain, Era soltero, en efecto; lo supe este día mientras paseábamos a lo largo del Sena, cruzando varias veces los mismos puentes, teniendo casi siempre la masa del Palacio de Justicia dominando nuestras sombras.

Era inspector de policía y me habló de su trabajo brevemente, como lo habría hecho mi padre, con honda satisfacción.

Lo mataron tres años después, antes de que yo llegara a estos mismos despachos del «Quai des Orfèvres» que tanto prestigio tenían ante mis ojos. El accidente ocurrió al lado de la Puerta de Italia en el transcurso de una refriega. Una bala que ni siquiera le estaba destinada le dio en pleno pecho.

Su fotografía, junto con otras, todavía puede verse en uno de estos cuadros enmarcados de negro con el letrero arriba de: «Muerto en acto de servicio».

Habló poco. Lo que más hizo fue escucharme, cosa que no me impidió hacia las once de la noche decirle con voz temblorosa de impaciencia:

—¿Cree usted verdaderamente que sería posible?

—Mañana por la noche se lo podré decir seguro.

No se trataba de entrar por la puerta grande en la «Sûreté». Aún no había llegado la hora de los títulos, y había que empezar por abajo.

Mi única ambición era ser aceptado en cualquier comisaría de París, en ser admitido a descubrir por mí mismo un aspecto del mundo que el inspector Jacquemain sólo me había dejado entrever.

En el momento de despedirnos en el rellano de la escalera de nuestro hotel, que después fue derribado, me preguntó:

—¿Le molestaría mucho tener que ir de uniforme?

Tuve un pequeño sobresalto —lo confieso—, un pequeño sobresalto que no le pasó por alto y que no debió gustarle.

—No —contesté yo en voz baja.

Y lo llevé, no por mucho tiempo, siete u ocho meses. Como tenía las piernas muy largas y era muy delgado y ágil, aunque hoy día esto pueda resultar algo extraño, me dieron una bicicleta, y para ayudarme a conocer aquel París en el que continuamente me perdía, fui encargado de repartir pliegos a los diferentes despachos oficiales.

¿Simenon ha contado esto? No lo recuerdo. Durante meses, inclinado sobre mi bicicleta, me deslicé entre los coches y los autobuses, algunos de ellos todavía arrastrados por caballos, que sobre todo cuando bajaban de Montmartre me daban un miedo espantoso.

Los funcionarios llevaban todavía redingots y sombreros de copa alta y a partir de cierta graduación lucían el chaqué.

Los agentes eran en su mayor parte hombres de cierta edad, de nariz la mayoría de las veces colorada, a quienes a menudo se veía en el mostrador de un bar en

compañía de los cocheros y de quienes se burlaban los «chansonniers» sin ninguna vergüenza.

Yo aún no me había casado. Me fastidiaba llevar aquel uniforme para hacerles la corte a las chicas. Llegué a la conclusión de que mi verdadera vida no empezaría hasta el día en que entraría por la gran escalera del edificio del «Quai des Orfèvres» no como simple mensajero portador de pliegos oficiales sino como inspector.

Cuando le notifiqué mis ambiciones al vecino del rellano no se rió de mí, me miró con aire soñador y murmuró:

—¿Por qué no?

No podía suponer que iría tan pronto a su entierro. Mis pronósticos sobre los destinos humanos dejaban bastante que desear.

Capítulo cuatro

Donde como los pastelillos de Anselmo y Geraldina en las mismas narices de los «Canales y Puertos»

¿Acaso mi padre y mi abuelo se preguntaron alguna vez si habrían podido ser otra cosa de lo que fueron? ¿Llegaron a tener otras ambiciones? ¿Anhelaron una suerte diferente?

Es terrible haber vivido tan largo tiempo con las personas y no saber nada de lo que ahora parece algo esencial. A menudo me he planteado este problema y siempre he tenido la impresión de encontrarme montado a caballo entre dos mundos totalmente ajenos el uno al otro.

No hace mucho tiempo Simenon y yo hablamos de esto en mi apartamento del bulevar Richard-Lenoir. No logro recordar si fue la víspera de su partida a los Estados Unidos. Se paró ante la ampliación de la fotografía de mi padre que había visto durante años y años en la pared del comedor.

Mientras la examinaba con particular atención me lanzaba de vez en cuando cortas ojeadas escrutadoras, como si tratara de establecer comparaciones, cosa que le hacía ponerse soñador.

—En definitiva, Maigret, llego a la conclusión de que usted nació en el ambiente ideal, en el momento ideal de la evolución de una familia para llegar a cumplir una alta tarea, como se decía antes, o, si se prefiere, para llegar a ser un funcionario de elevada categoría.

Aquello me impresionó porque yo ya había pensado lo mismo de un modo más impreciso, menos personal. Había comprobado que éramos muchos los que estábamos empleados allí que procedíamos de familias campesinas; éramos muchos los que habíamos perdido el contacto con la tierra poco ha.

Simenon continuó diciendo como si lo lamentara, como si envidiara mi suerte:

—Yo pertenezco a una generación más adelantada que usted. Tengo que remontarme hasta mi abuelo para que resulte el equivalente de su padre. Mi padre era ya un funcionario.

Mi mujer lo miraba atentamente, esforzándose por entenderle. Adquirió un tono más ligero para decir:

—Normalmente yo tendría que haber ingresado en las profesiones liberales desde abajo y pasar toda clase de penalidades hasta llegar a ser médico de barrio, abogado o ingeniero. O ser...

—¿O ser qué?

—O ser un amargado, un rebelde. Es algo que debe ocurrir a mucha gente, si no habría un verdadero enjambre de médicos y abogados. Estoy convencido de que yo soy de la clase de personas que proporciona un mayor número de fracasados.

No sé por qué de repente me acuerdo ahora de esta conversación. Probablemente se debe a que estoy evocando mis comienzos y que estoy tratando de recordar el estado de mi espíritu en esta época.

Estaba solo en el mundo y acababa de llegar a un París desconocido para mí, en el que la riqueza resultaba más ostentosa aún que hoy día.

Dos cosas impresionaban al recién llegado: esta riqueza, de una parte, y de otra, la pobreza, y yo pertenecía a este lado.

Una gran mayoría vivía ante los ojos del pueblo una vida de ocio llena de sufrimiento, y los periódicos daban cuenta de los hechos y andanzas de estas personas que no tenían más preocupación que satisfacer sus placeres y vanidades.

Sin embargo, ni por un momento sentí la tentación de rebelarme. No los envidiaba ni deseaba llegar a parecerme a ellos jamás. No comparaba mi suerte con la suya.

Para mí formaban parte de un mundo distinto como el de otro planeta.

Recuerdo que en aquel entonces tenía un apetito insaciable, un apetito legendario ya desde mi niñez. En Nantes mi tía contaba de buena gana que ella me había visto comer, al volver del instituto, un pan de cuatro libras, cosa que no me había impedido cenar tranquilamente dos horas después.

Ganaba muy poco dinero y mi mayor preocupación estribaba en satisfacer este apetito. El lujo yo no lo veía en las terrazas de los cafés famosos, ni en los escaparates de la calle de la Paix, sino mucho más prosaicamente en los mostradores repletos de las charcuterías.

Conocía, en las rutas que solía recorrer, cierto número de charcuterías que me tenían fascinado y en la época en que aún circulaba por París en uniforme, inclinado sobre mi bicicleta, calculaba mi tiempo cuidadosamente para poder tener los minutos necesarios para poder comprar y devorar andando por la acera un poco de salchichón o un poco de paté acompañado de un panecillo comprado en la panadería de al lado.

Con el estómago repleto me sentía feliz, lleno de confianza en mí mismo. Hacía mi trabajo a conciencia. Le daba suma importancia a cualquier trabajo que me fuera encargado. Y ni hablar de horas suplementarias; estaba completamente convencido de que todo mi tiempo pertenecía a la policía y me parecía lo más natural del mundo trabajar catorce o quince horas.

Si hablo de eso no es para ponerme méritos, sino simplemente porque era el modo de pensar corriente en estos tiempos.

Pocos agentes tenían una instrucción superior a la primaria. Gracias al inspector Jacquemain, en los altos medios se sabía —pero yo aún ignoraba que lo supieran y

quiénes eran los que lo sabían— que yo había empezado estudios superiores.

Tras algunos meses me sentí vivamente sorprendido al verme designado para un puesto que se me antojaba algo inesperado: el de secretario del comisario de Policía del barrio de Saint-Georges.

Este trabajo en aquel entonces, sin embargo, tenía un nombre muy poco brillante. A ejercer este empleo se le llamaba ser el perro del comisario.

Me quitaron la bicicleta, el quepis y el uniforme. Me quitaron también la posibilidad de pararme en una charcutería en el transcurso de mis encargos por las calles de París.

Me alegré extraordinariamente de no llevar uniforme el día en que al pasar por una acera del bulevar Saint-Michel oí una voz gritar a mi espalda.

Era un muchacho alto, vestido con una bata blanca que corría para alcanzarme.

—¡Jubert! —grité yo a mi vez.

—¡Maigret!

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Y tú?

—Mira, no puedo pararme ahora. Ven a buscarme a las siete a la puerta de la farmacia.

Jubert, Félix Jubert, era uno de mis compañeros de la escuela de medicina de Nantes. Sabía que había interrumpido sus estudios al mismo tiempo que yo, pero creo que no por las mismas razones. No era un vago, pero era muy duro de mollera para todo; me acuerdo que decían de él:

—Estudia hasta que le sale humo de la cabeza, pero al día siguiente, ni así sabe nada.

Era muy alto, huesudo, con una gran nariz, los rasgos muy marcados, los cabellos pelirrojos y siempre con la cara llena de granos, pero no de esos pequeños granitos de acné que hacen desesperar a los jóvenes, sino de unos granos grandes de un rojo violáceo, que continuamente cubría de pomadas o medicinas.

Fui a esperarle aquella misma noche a la puerta de la farmacia donde trabajaba desde hacía algunas semanas. En París no tenía familia. Vivía por la parte de Cherche-Midi, en casa de una gente que tenían dos o tres pensionistas.

—Y tú, ¿qué haces?

—He entrado en la policía.

Aún me parece estar viendo sus ojos color violeta, claros como los de una muchacha, tratando de ocultar su sorpresa.

Su voz resultaba verdaderamente cómica cuando repitió mis palabras:

—¿La policía?

Se quedó mirando mi traje, y a su pesar echó una ojeada a su alrededor como si tratara de ver al agente en funciones de la esquina de la calle para establecer una

comparación.

—Soy el secretario del comisario.

—¡Ah! ¡Ya comprendo!

¿Fue por quedar bien? ¿O tal vez por incapacidad de explicarme o de ser comprendido que no le dije que tres semanas antes llevaba aún uniforme y que mi ambición habría sido entrar en la «Sûreté»?

Secretario, a sus ojos, a los ojos de muchas personas, era algo perfecto lleno de distinción; yo iba limpio y trabajaba en un despacho con libros a mi alrededor y una pluma en la mano.

—¿Tienes muchos amigos en París?

Aparte del inspector Jacquemain se puede decir que no conocía a nadie; en la comisaría yo aún era el nuevo, aquel a quien todos tratan con cierta distancia.

—¿Y no tienes ninguna amiguita tampoco? ¿Qué haces en tus ratos libres, pues?

Desde luego, tampoco tenía ninguna amiga. Estudiaba para llegar a alcanzar cuanto antes el fin propuesto, había decidido presentarme a los primeros exámenes que se convocaran.

Aquella noche cenamos juntos. Cuando llegamos a los postres, Jubert empezó a decirme con aire prometedor:

—Tendré que empezar a presentarte.

—¿A quién?

—A unas personas estupendas; son verdaderos amigos, ya verás.

El primer día no dijo más. Y, no sé por qué, estuvimos varias semanas sin vernos. Podría haber dejado de verle para siempre; no le había dado mi dirección y yo no tenía la suya, y no sentía ningún interés en irle a esperar a la salida de la farmacia. Fue por azar que una vez más nos encontramos frente a frente ante la puerta del Teatro Francés; los dos estábamos haciendo cola para entrar.

—Es casualidad, ¿eh? Ya creía haberte perdido de vista. No sé ni siquiera en qué comisaría trabajas. Les he hablado de ti a mis amigos.

Hablaba de un modo tan especial de sus amigos, que habría podido dejar suponer que se trataba de un clan aparte de todos los demás, de una misteriosa secta.

—¿Tienes traje de etiqueta?

—Sí.

No había que añadir que era el de mi padre y que estaba algo pasado de moda porque le había servido para la boda y yo me lo había hecho arreglar para mí.

—Pues el viernes vendrás conmigo. Arréglatelas para quedar libre el viernes a las ocho. ¿Sabes bailar?

—No.

—Bueno, es igual; pero sería preferible que aprendieras. Sé de un sitio que dan unos cursos y no es nada caro. Yo fui allí a aprender.

Esta vez había tomado nota de mi dirección e incluso de la del pequeño restaurante donde yo acostumbraba ir a cenar cuando no estaba de servicio, y el viernes por la noche estaba en mi habitación sentado sobre la cama viendo cómo yo me arreglaba.

—Es preciso que te explique algunas cosas para que no hagas alguna plancha. Nosotros dos seremos los únicos que no seremos de «Canales y Puertos». Ha sido un primo lejano quien me ha presentado al señor y a la señora Léonard; son una gente muy simpática, y su sobrina es la más encantadora de las chicas.

Comprendí al momento que estaba enamorado de ella, y que para mostrarme al objeto de su amor era por lo que me hacía ir hasta allá casi a la fuerza.

—Pero no te preocupes; hay otras chicas también, y todas son estupendas.

Llovía, y para no llegar empapados, cosa que no interesaba, decidimos coger un coche de punto, el primero que yo tomé en París que no fuera por una razón profesional. Recuerdo perfectamente el blanco de nuestras pecheras destacándose bajo la luz de los faroles de gas. Y me parece estar viendo aún a Félix Jubert hacer parar el cochero para bajar a comprar unas flores en una floristería para ponérselas en el ojal de la solapa.

—El viejo Léonard —me explicaba—, Anselmo, como le llaman, está retirado desde hace unos diez años. Antes de esto era uno de los más altos funcionarios de «Canales y Puertos», y todavía sus sucesores vienen a consultarle. El padre de su sobrina trabaja también en el mismo sitio. Puede decirse que toda la familia está empleada allí.

Por la manera como hablaba de aquella administración se notaba que para Jubert, hasta cierto punto, aquello representaba el paraíso perdido, que lo habría dado todo para no haber dilapidado aquellos preciosos años estudiando medicina y para haberse podido lanzar a su vez a cursar aquella brillante carrera.

—¡Ya verás!

Y vi. Era en el bulevar Beaumarchais, no lejos de la plaza de la Bastilla, en un edificio ya viejo pero confortable. Todas las ventanas del tercer piso estaban iluminadas y la cara de Jubert al bajar del fiacre me indicó claramente que era allí donde iban a tener lugar aquellas anunciadas mundanerías. Yo no me sentía muy cómodo. Lamentaba haberme dejado llevar hasta allí. El cuello duro me molestaba; tenía la impresión de que mi corbata se ladeaba continuamente y que una de las colas de mi levita tenía tendencia a levantarse como la cola de un gallo.

La escalera estaba poco iluminada; los escalones estaban recubiertos de una alfombra que me pareció sencillamente suntuosa. Y en las ventanas de los rellanos de la escalera había unos cristales que durante mucho tiempo consideré como el colmo del refinamiento.

Jubert había extendido una capa más gruesa de pomada sobre sus granos, y, no sé

por qué, aquello le daba un extraño aspecto en el rostro, como si lanzara reflejos violetas. Tiró con gran solemnidad de una gruesa borla de pasamanería que colgaba delante de la puerta. Oímos en el interior un murmullo de conversaciones con esa nota aguda en las risas que indica cuál es el grado de animación de una reunión mundana.

Una criada con delantal blanco vino a abrirnos, y Félix, mientras le tendía el abrigo, se sintió muy dichoso de poder decir, como alguien ya muy metido en la casa:

—Buenas noches, Clemencia.

—Buenas noches, señor Félix.

El salón era muy grande y estaba poco iluminado; los colores eran sombríos, y en la habitación vecina, que resultaba visible a través de una ancha vidriera, los muebles habían sido arrinconados contra las paredes para que quedara el suelo libre para el baile.

Con aire protector, Jubert me conducía hacia una vieja dama de cabellos blancos que estaba sentada junto a la chimenea.

—Le presento a mi amigo Maigret, de quien ya le he hablado; estaba deseando vivamente conocerla y saludarla.

Sin duda había venido repitiendo aquella frase durante todo el camino, y ahora estaba observándome para ver si saludaba convenientemente y sin timidez; en suma, me examinaba deseando que yo le hiciera quedar bien.

La vieja señora era deliciosa, pequeña, de finos rasgos y cara muy expresiva. Me quedé parado cuando me dijo sonriendo:

—¿Por qué no pertenece usted a «Canales y Puertos»? Estoy segura de que a Anselmo le sabrá mal.

Se llamaba Geraldina. Anselmo, su marido, estaba sentado en otro sillón, y permanecía tan inmóvil que parecía que le hubieran traído allí de una pieza para tenerlo expuesto como una figura de cera. Era muy viejo. Más tarde supe que hacía ya largo tiempo que había sobrepasado los ochenta años, y que Geraldina acababa de cumplirlos.

Alguien tocaba el piano suavemente. El pianista era un gordo muchacho enfundado en un vestido de etiqueta a quien una joven vestida de azul pálido volvía las hojas. Yo sólo le veía la espalda. Cuando me la presentaron, no me atrevía a mirarla de frente; tan azarado estaba, que no sabía qué decir, ni dónde ponerme.

Aún no había empezado el baile. Sobre una mesa había una fuente llena de pastelillos; como Jubert me había abandonado a mi suerte, me acerqué hacia allí, todavía no sé exactamente por qué, no por glotonería ciertamente, pues hambre no tenía y nunca me han gustado los pastelillos.

Cogí uno maquinalmente; después otro.

Alguien dijo:

—¡Chist!...

Otra chica vestida de color rosa, que bizqueaba ligeramente, se puso a cantar de pie al lado del piano; se apoyaba en él con una mano y con la otra manejaba un abanico.

Comía sin parar. No me daba ni cuenta. Y todavía me daba menos cuenta de que la vieja señora me estaba observando con estupor y que otros, dándose cuenta de mis manejos, no apartaban sus ojos de mí.

Uno de los jóvenes dijo algo a media voz a su vecino, y de nuevo se oyó decir:

—¡Chist!...

Se podía contar el número de chicas por la cantidad de manchas claras que se veían entre los trajes negros de etiqueta. Había cuatro. Jubert, al parecer, trataba de atraer mi atención sin conseguirlo, verdaderamente apurado de verme coger los pastelillos uno a uno con aquella tranquilidad para comérmelos concienzudamente. Más tarde me confesó que había sentido pena por mí, pues estaba convencido de que no había comido.

Otros debieron de pensar lo mismo. La canción se había terminado. La muchacha vestida de color rosa saludaba y todo el mundo aplaudía. Fue entonces cuando me di cuenta de que era a mí a quien miraban, a mí, que estaba de pie junto a la bandeja con la boca llena y un pastelillo todavía en la mano.

Estuve a punto de marcharme sin pedir excusas siquiera; deseaba huir literalmente de aquel apartamento donde rebullía un pequeño mundo que me resultaba totalmente extraño.

En aquel momento distinguí una cara en la penumbra, la cara de una muchacha vestida de azul; en aquel rostro se leía una dulce expresión tranquilizadora casi familiar. Se habría dicho que ella me había comprendido y trataba de darme ánimos.

La criada entró con una bandeja llena de refrescos; tras haber comido tanto a destiempo, ahora no me atrevía a coger el vaso que me estaban ofreciendo.

—Luisa, tendrías que pasar los pasteles.

Fue así cómo me enteré que la muchacha del vestido azul se llamaba Luisa y que era la sobrina de los Léonard.

Sirvió primero a todo el mundo antes de acercarse a mí, y al hacerlo me señaló unos pastelillos sobre los que había un pequeño trozo de confitura, al mismo tiempo que con una mirada llena de complicidad me decía:

—Han dejado los mejores, cójalos.

Sólo acerté a contestar.

—¿Sí?

Éstas fueron las primeras palabras que intercambiamos la señora Maigret y yo.

* * *

Estoy seguro de que en cuanto lea lo que estoy escribiendo murmurará encogiéndose de hombros:

—¿A qué viene contar todo esto?

En el fondo está encantada con la imagen que Simenon ha trazado de ella, la de una buena esposa-madre siempre ocupada en sus guisos y siempre preocupada por complacer y mimar al niño grande que es su marido. Estoy seguro de que fue debido precisamente a esto por lo que fue la primera en confesarle una verdadera amistad hasta el punto de considerarle como de la familia y de estar presta a defenderle incluso cuando yo ni siquiera pienso en atacarle. Como todos los retratos, éste que estoy trazando dista mucho de ser exacto.

Cuando la vi aquella famosa tarde era una muchacha un poco rolliza, de lozano rostro, con una viveza en la mirada que no poseía ninguna de sus otras amigas.

¿Qué habría ocurrido si yo no me hubiera comido los pastelillos? Es muy posible que ella no se hubiera fijado en mí hallándome mezclado entre aquella media docena de jóvenes todos pertenecientes, excepto mi amigo Jubert y yo, a los «Canales y Puertos».

Estas tres palabras, «Canales y Puertos», tienen para nosotros un sentido casi cómico, y basta con que uno de los dos lo pronuncie para que inmediatamente soltemos la carcajada. Si oímos mencionarlo en algún sitio todavía ahora no podemos por menos de lanzarnos una intencionada mirada el uno al otro.

Para hacer bien las cosas, tendría que hablar ahora aquí de toda la genealogía de los Schoäller, de los Kurt y de los Léonard, con la que durante largo tiempo estuve muy relacionado y que representa lo que viene llamándose «la familia de la parte de la mujer».

Si van a Alsacia, desde Estrasburgo a Mulhouse posiblemente oirán hablar ustedes de ellos. Fue un Kurt, según creo de Scharrachbergheim, quien bajo el dominio de Napoleón fue el primero en establecer esta tradición casi dinástica de los «Canales y Puertos». Al parecer, en su tiempo se hizo famoso. Formó compañía con los Schoäller, que pertenecen a la misma administración.

Los Léonard, a su vez, entraron en la familia, y después de padres a hijos, de hermano a cuñado o a primo, todos, o casi, formaron parte de la misma institución hasta el punto de que se consideró una verdadera deserción el hecho de que uno de los Kurt se convirtiera en el hombre de negocios más importantes de Colmar.

Todo aquello aquella noche yo apenas podía acertar a adivinarlo gracias a ciertos detalles que Jubert me había dado.

Cuando salimos bajo la lluvia no nos preocupamos de coger un fiacre, pues habríamos tenido verdaderos trabajos para encontrarlo entonces en el barrio. En aquel momento yo no estaba lejos tampoco de lamentar a mi vez el haber, escogido mal mi carrera.

—¿Qué te ha parecido?

—¿Quién?

—¡Luisa! No quiero hacerte ningún reproche, pero la situación era de lo más delicada. ¿Te has fijado con qué tacto te ha tranquilizado y te ha sacado del apuro? Es una chica extraordinaria. Alicia Perret es más brillante, pero...

Yo no sabía quién era Alicia Perret. En toda la noche sólo había conocido a la muchacha del vestido azul pálido que entre baile y baile venía a charlar conmigo.

—Alicia es la que ha cantado. Me parece que no va a tardar en hacerse novia de aquel muchacho que la acompañaba al piano; se llama Luis, y sus padres son muy ricos.

Nos separamos muy tarde aquella noche. Íbamos de bar en bar bebiendo café y resguardándonos de la lluvia. Félix no me soltaba ni a la de tres, me hablaba continuamente de Luisa y trataba de hacerme confesar que era la muchacha ideal.

—Sé que tengo pocas esperanzas —decía—. Sus padres la han enviado a casa de sus tíos los Léonard porque quieren que encuentre un marido de los «Canales y Puertos». Al parecer, en Colmar o Mulhouse no hay nadie disponible: todos pertenecen ya a la familia. Hace dos meses que está aquí y pasará en París todo el invierno.

—¿Lo sabe ella?

—¿Qué?

—Que le están buscando un marido en los «Canales y Puertos».

—Claro, pero no hace caso de tales ideas; es una chica con mucha personalidad, tiene mucha más de la que puedas imaginarte. Todavía no has podido darte cuenta de ello; si bailaras te resultaría más fácil. ¿Por qué no vas a que te den unas cuantas lecciones?

No tomé ninguna lección de baile, afortunadamente. Luisa, muy al contrario de lo que pensaba el bueno de Jubert, detestaba profundamente dar vueltas en brazos de un galán.

Fue al cabo de dos semanas de haber transcurrido estos hechos cuando ocurrió un pequeño incidente al que de momento di una gran importancia y que posiblemente la tuvo, pero en otro sentido.

Los jóvenes ingenieros que frecuentaban los Léonard formaban un grupo aparte y procuraban adoptar un lenguaje que pareciera sólo propio de ellos y de su carrera.

¿Los detestaba yo? Posiblemente, sí. Me molestaba mucho su obstinación en llamarme comisario. Era un juego que ya empezaba a cansarme.

—¡Oye, comisario!... —me gritaban de uno a otro lado de la estancia.

En cierto momento en que Jubert y Luisa charlaban en una esquina del salón, junto a una planta que aún me parece estar viendo, un muchacho bajito y con gafas se acercó a ellos y les dijo algo al oído al mismo tiempo que echaba una divertida

mirada hacia donde yo estaba.

Un poco después le pregunté a mi amigo:

—¿Qué te ha dicho?

Evasivamente, me contestó:

—Nada.

—¿Algo malo?

—Ya te lo diré luego.

El muchacho de las gafas repitió sus manejos con otros grupos. Todo el mundo parecía divertirse mucho a mi costa, todo el mundo menos Luisa, que aquella noche rehusó varias veces bailar para quedarse a hablar conmigo.

Una vez estuvimos en la calle, le pregunté a Félix:

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Contéstame sinceramente: ¿qué hacías tú antes de ser el secretario del comisario?

—Pues... pertenecía a la policía.

—¿Ibas de uniforme?

¡Era aquello! El tipejo de las gafas debía haberme visto de uniforme y me había reconocido.

Imagínense ustedes qué tragedia. ¡Un agente de policía mezclado con aquellos señores de los «Canales y Puertos»!

—¿Y qué ha dicho ella? —pregunté con la garganta fuertemente oprimida.

—Ha sido muy amable. Siempre sabe hacer quedar bien. No lo creerás, pero ha dicho...

¡Pobre Jubert!

—Ha dicho que el uniforme debía de sentarte bastante mejor a ti de lo que le habría sentado a él.

A pesar de aquello, el siguiente viernes no fui al bulevar Beaumarchais. Evitaba encontrarme con Jubert. Fue él quien vino a buscarme al cabo de quince días de este suceso.

—El viernes te echaron en falta.

—¿Quién?

—La señora Léonard. Me preguntó si estabas enfermo.

—He estado muy ocupado.

Estaba seguro de que si la señora Léonard había hablado de mí, era porque su sobrina...

¡Bueno! No creo que sea necesario entrar en estos detalles. Bastante me va a costar ya que todo lo que llevo escrito no vaya a parar a la papelería.

Durante tres meses Jubert representó su papel sin sospechar nada; bien es verdad que nosotros tampoco pretendíamos engañarle. Era él quien venía a buscarme a mi

hotel y quien me hacía el nudo de la corbata pretextando que yo no sabía hacerlo bien. Era él quien me decía también cuando me veía solo en un rincón del salón:

—Deberías ocuparte un poco de Luisa, no es de buena educación lo que haces.

Era él también quien al salir aún seguía insistiendo:

—Te equivocas si crees que no le interesas, te aprecia mucho. Siempre me pregunta cosas sobre ti.

Hacia Navidad, la chica que bizqueaba un poco se prometió con el pianista, y se les dejó de ver en el bulevar Beaumarchais.

No sé si la actitud de Luisa empezó a desanimar los ánimos o si éramos menos discretos de lo que pensábamos. Pero ocurría que cada viernes la asistencia era menos numerosa en casa de Anselmo y Geraldina.

La gran explicación con Jubert tuvo lugar en febrero, en mi habitación. Aquel viernes no iba de etiqueta, me di cuenta en seguida. Tenía un aspecto amargado y lleno de resignación; gastaba el mismo aire que solían adoptar ciertos grandes actores de la «Comédie Française».

—*A pesar de todo* he venido a hacerte el nudo de la corbata —me dijo con trágica expresión.

—¿No eres libre, acaso?

—Soy completamente libre, libre como el aire, libre como jamás lo he sido.

Y, de pie ante mí, con mi corbata blanca en la mano, me miraba fijamente a los ojos:

—Luisa me lo ha dicho todo.

Yo caí de las nubes. A mí no me había dicho nada, y yo tampoco a ella, desde luego.

—¿De qué hablas?

—De ti y de ella.

—Pero...

—Le he planteado la cuestión. Fui a verla ayer expresamente.

—¿Qué cuestión?

—Le pregunté si se quería casar conmigo.

—¿Y te contestó que no?

—Claro, me dijo que no, que me apreciaba mucho, que siempre sería su mejor amigo, pero que...

—¿Te habló de mí?

—No.

—¿Entonces?

—¡Lo he comprendido todo! Tendría que haberlo comprendido ya la primera noche, al ver que mientras tú comías los pastelillos ella te miraba con gran indulgencia. Cuando las mujeres miran de esta manera a un hombre que se está

comportando como tú lo hacías...

¡Pobre Jubert! Lo perdimos de vista casi en seguida, del mismo modo que perdimos de vista a todos aquellos señores de los «Canales y Puertos» que mariposeaban alrededor de los Léonard.

Durante años no supimos de él. Tenía ya casi cincuenta años cuando un día, en la Cannebière, en Marsella, entré en una farmacia para comprar aspirinas. No leí el nombre en la fachada. Oí una exclamación:

—¡Maigret!

—¡Jubert!

—¿Qué ha sido de ti? Soy un estúpido al preguntártelo, estoy enterado de todo por los periódicos. ¿Cómo está Luisa?

Después me habló de su hijo mayor, que por una graciosa ironía de la suerte estaba preparando el ingreso en los «Canales y Puertos».

* * *

Con Jubert de menos en el bulevar Beaumarchais, las fiestas de los viernes cada vez resultaban menos animadas, a veces no había nadie que pudiera tocar el piano. En estas ocasiones, era Luisa quien tocaba y yo quien le volvía las páginas, mientras una o dos parejas bailaban en el comedor, que ahora parecía excesivamente grande.

No recuerdo haberle pedido a Luisa que se casara conmigo. La mayor parte del tiempo hablábamos de mi carrera, de la policía, de llegar a ser inspector.

Le dije lo que iba a ganar cuando por fin fuera nombrado para el «Quai des Orfèvres», y añadí que aún tardaría por lo menos tres años en entrar y que hasta entonces mi sueldo sería insuficiente para mantener dignamente una familia.

Le conté también las dos o tres entrevistas que había tenido con Javier Guichard, el gran jefe ya, que no había olvidado a mi padre y me había tomado un poco bajo su protección.

—No sé si le gusta vivir en París. Yo me veré obligado a vivir toda la vida aquí.

—De todas maneras, en una ciudad también se puede llevar una existencia tan tranquila como en provincias, ¿no cree?

Un viernes no encontré a ninguno de los invitados; sólo vi a Geraldina, que vino a abrirme personalmente la puerta vestida de seda negra, y con cierta solemnidad me dijo:

—¡Pase!

Luisa no estaba en el salón. No había ni bandeja con pasteles ni refrescos. La primavera había llegado y la chimenea estaba apagada. Me pareció como si no tuviera dónde apoyarme; me quedé con el sombrero en la mano y me sentí incómodo dentro de mi traje de etiqueta y de mis brillantes zapatos.

—Oiga, joven, ¿cuáles son sus intenciones?

Fue aquél quizá uno de los momentos más penosos de mi vida. La voz de Geraldine me parecía seca, acusadora.

No me atrevía a levantar la mirada. Sobre la alfombra de flores sólo veía el borde de un vestido negro del que sobresalía la punta de un puntiagudo zapato. Mis orejas estaban rojas como el fuego.

—Le juro que... —balbuceé.

—No le pido que jure. Lo único que le pregunto es si tiene usted intención de casarse con ella.

Por fin la miré. No recuerdo haber visto jamás un rostro de anciana que expresará más afectuosa malicia.

—¡Claro!

Al parecer (según me dijeron después), me levanté como un resorte y repetí con voz más fuerte:

—¡Claro!

Y grité por tercera vez:

—¡No faltaría más, claro!

No levantó ni siquiera la voz para decir:

—¡Luisa!

Y Luisa, que estaba detrás de una puerta, entró torpemente en la estancia. Estaba tan colorada como yo.

—¿Qué te había dicho? —le dijo su tía.

—¿Qué? —dije yo, interviniendo en la conversación—. ¿Acaso no lo creía ella así?

—No estaba segura. Era la tía quien decía que...

Pasemos a otra cosa. Estoy persuadido de que la censura conyugal cortará este trozo.

El viejo Léonard, desde luego; he de confesar que se mostró menos entusiasmado; jamás me perdonó que no perteneciera a los «Canales y Puertos». Era muy viejo, casi centenario, estaba clavado en aquel sillón por los achaques y al mirarme meneaba la cabeza como si hubiera algo que no funcionara del todo bien en la marcha del mundo.

—Será preciso que le den unos días de permiso para ir a Colmar. ¿Qué le parece para las vacaciones de Pascua?

Fue la anciana Geraldina quien escribió varias cartas a los padres de Luisa (para amortiguar el golpe, como ella decía) anunciándoles la noticia.

Para Pascua sólo logré obtener cuarenta y ocho horas de permiso. Pasé la mayor parte de ellas en los trenes, pues entonces no eran tan rápidos como ahora.

Fui recibido correctamente, sin delirio.

—El mejor medio de saber si las intenciones de los dos son serias es que os

mantengáis alejados uno de otro durante cierto tiempo. Luisa se quedará aquí este verano. En otoño volverá usted a vernos.

—¿Puedo escribirle?

—Sí, pero sin exageración; una vez por semana.

Esto parece cómico en nuestros días. Pero entonces era algo muy serio. Me prometí a mí mismo, sin que esto deba interpretarse como un signo de oculta crueldad, que Jubert sería mi testigo de boda. Me dirigí a la farmacia del bulevar Saint-Michel para hablar con él, pero ya no estaba allí y nadie sabía lo que había sido de él.

Pasé parte del verano buscando un apartamento, y encontré éste del bulevar Richard-Lenoir.

—Será de momento, ¿sabes? Hasta que encuentre algo mejor. Cuando sea nombrado inspector...

Capítulo cinco

Donde se trata un poco de todo: de botas claveteadas, de apaches, de prostitutas, de bocas de calefacción, de aceras y de estaciones

Hace años, algunos tuvieron la idea de fundar una especie de club para hacer una comida mensual; se llamaría «La comida de las botas claveteadas». Se acordó que el aperitivo se tomaría en la «Brasserie Dauphine». Se discutió también quién sería y quién no sería admitido. Con toda seriedad muchos se preguntaron si los de la otra casa, quiero decir los de la calle de Saussaies, debían ser considerados como parte de los nuestros.

Después, tal como era de esperar, las cosas no siguieron adelante. En esta época éramos por lo menos aún cuatro los comisarios de la Policía Judicial que nos sentíamos muy orgullosos de llevar el sobrenombre de «Los botas claveteadas», que nos fue dado por los «chansonniers» y que ciertos jóvenes inspectores apenas salidos de las escuelas empleaban de vez en cuando para designar a los veteranos que habían pasado por aquello.

Antes, desde luego, hacían falta varios años para conseguir ascender, pues con los exámenes no bastaba. Un inspector, antes de ser ascendido, debía haber gastado las suelas de sus zapatos en casi todos los servicios.

No resulta fácil dar a las nuevas generaciones una idea más o menos exacta de lo que esto significaba.

«Zapatos claveteados» y «Grandes bigotes»: estas dos palabras acudían espontáneamente a los labios cuando se hablaba de la policía.

Yo, desde luego, durante años también llevé aquellos zapatos. Y no sólo por placer. No como los caricaturistas parecían insinuar porque considerábamos aquel calzado como el sùmmum de la elegancia y del confort, sino por razones bastante menos elevadas.

Los llevábamos exactamente por dos razones. La primera porque nuestro sueldo sólo nos permitía, como vulgarmente se dice, atar los dos cabos. A menudo oigo hablar de la alegre vida sin preocupaciones de principios de siglo. Los jóvenes mencionan con envidia los precios de esta época: el «londrés» a veinte céntimos y las comidas de a duro con vino y café. Lo que suele olvidarse es que al principio de su carrera un funcionario ganaba algo menos de cien francos.

Cuando yo «hacía la calle» andaba en mi jornada de trabajo, que a menudo era una jornada de trece o catorce horas, kilómetros y kilómetros de acera, en cualquier

estación del año.

El problema del arreglo de mis zapatos fue uno de nuestros primeros problemas conyugales.

Cuando a final de mes yo le daba el sobre del sueldo a mi mujer, ella hacía con su contenido unos cuantos montoncitos.

—Para el carnicero... Para el alquiler... Para el gas...

Casi no quedaba nada para el último montoncito de las monedas blancas.

—Para tus zapatos.

El sueño dorado siempre era el mismo: poder comprar otros nuevos; pero durante largo tiempo fue sólo esto: un sueño. A menudo, yo tardaba semanas en confesarle a Luisa que las suelas de mis zapatos, a través de los clavos, se habían vuelto porosas y bebían ávidamente el agua de los charcos.

Si hablo aquí de esto no es con encono, sino alegremente; creo que es necesario hablar de esto para dar una idea de la vida de un funcionario de policía. No había aún taxis, pero aunque las calles hubieran estado llenas de ellos, también nos habrían resultado inaccesibles, del mismo modo que nos lo eran los fiacres, vehículos que sólo utilizábamos en circunstancias muy especiales.

Para los de la brigada de la calle, nuestro cometido consistía precisamente en ir de un lado a otro de las aceras, meternos entre la gente, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana.

¿Por qué cuando vuelvo pensar en aquello tengo un recuerdo de lluvia sobre todo? Parece como si durante años sólo hubiera estado lloviendo continuamente, como si las estaciones del año en esta época no fueran las mismas. Seguramente esto es debido a que la lluvia añadía a nuestra tarea algunas pruebas suplementarias. No sólo eran los zapatos los que quedaban empapados. Las hombreras del abrigo se iban convirtiendo poco a poco en dos compresas frías, el sombrero goteaba y las manos entumecidas se iban hundiendo cada vez más en los bolsillos.

Las calles estaban menos iluminadas que ahora. Cierta número de ellas, en los arrabales, no estaban pavimentadas. Al oscurecer, las ventanas dibujaban sobre el negro de la noche cuadrados luminosos, las casas en gran parte estaban iluminadas aún con petróleo o más pobremente aún por velas.

Y encima había que habérselas con los apaches.

Era una moda en los arrabales jugar con el cuchillo en la sombra, y no siempre para alcanzar la cartera o el reloj de un burgués. Se trataba sobre todo de probarse a sí mismo que se era un hombre, «un valiente», de sorprender a las desgraciadas chicas de faldas negras plisadas y gran moño que hacían la calle bajo un farol de gas.

No íbamos armados. Muy en contra de lo que se imagina la gente, un policía de paisano no tiene derecho a llevar un revólver en el bolsillo, y si en ciertos casos lo llevamos es contra el reglamento y bajo nuestra responsabilidad.

Los jóvenes no podían permitirse tal lujo. Y existían cierto número de calles, por el lado de la Villette, de Ménilmontant y de la Puerta de Italia, donde apenas nos atrevíamos a poner los pies; hasta el ruido de nuestros propios pasos hacía acelerar el latido de nuestros corazones.

El teléfono fue también, durante largo tiempo, un mito inaccesible para nuestro presupuesto. Cuando me retrasaba varias horas no era cosa de llamar a mi mujer para tranquilizarla, y se pasaba largas horas solitarias bajo la luz de gas Auer de nuestro comedor, escuchando atentamente todos los ruidos de la escalera y calentando y recalentando cuatro o cinco veces la cena.

En lo referente a los bigotes de las caricaturas, también son auténticos.

Un hombre sin un buen bigote habría sido considerado un simple criado.

El mío era de guías muy largas, pelirrojo pero un poco más oscuro que el de mi padre. Con el tiempo las guías se fueron acortando y el bigote quedó convertido en algo semejante a un cepillo de dientes hasta que acabó por desaparecer completamente.

Es cierto que la mayoría de los inspectores de entonces lucían grandes bigotes de un negro betún como aparece en las caricaturas. Esto fue debido a que, por misteriosas razones, la profesión, durante largo tiempo, atrajo la atención de los hombres procedentes del Macizo Central.

Hay muy pocas calles en París por las que no haya arrastrado mis zapatos, con la mirada al acecho, y he aprendido a conocer a todo este pequeño mundo bullicioso de la calle, desde el mendigo al tocador de acordeón, desde la vendedora de flores hasta el carterista, pasando por la prostituta y la vieja borracha que pasa la mayor parte de sus noches en las comisarías.

He hecho los «mercados», la noche, la plaza Maubert, los muelles y los bajos muelles.

He hecho también las «multitudes», el gran trabajo, la Feria du Troné y la Feria de Neuilly, las carreras de Longchamps y las manifestaciones patrióticas, los desfiles militares, las visitas de los soberanos extranjeros, los cortejos en landó, los circos ambulantes y la Foire aux Puces.

Después de algunos meses o años de ejercer este trabajo, se tiene en la cabeza un extenso repertorio de siluetas y rostros que quedan grabados para siempre.

Querría (pero resulta difícil) dar una idea exacta de nuestras relaciones con esta clientela, sobre todo con aquellos que periódicamente tenemos que arrestar.

Inútil es aclarar que el lado pintoresco del asunto no existe en absoluto para nosotros. Nuestra mirada perdida en las calles de París se hace necesariamente profesional, se acostumbra a ciertos detalles familiares, se fija en tal o cual particularidad y saca las consecuencias pertinentes del caso.

Lo que más me sorprende en el momento en que tengo que hablar de esto es el

fuerte lazo que se traba entre el policía y la caza que éste está obligado a cobrar. En el policía, salvo raras excepciones, hay una total ausencia de odio.

Y también una total ausencia de compasión en el sentido habitual que se suele dar a esta palabra.

Nuestras relaciones podríamos decir que son meramente profesionales.

Vemos demasiadas cosas, no resultará difícil creerlo, para que nos podamos sorprender a la vista de ciertas miserias y de ciertas perversiones. No sentimos odio hacia las segundas, pero tampoco se nos encoge el corazón, como al que no está habituado, ante las primeras.

Existe, cosa que Simenon ha tratado de hacer comprender sin lograrlo, una especie de espíritu familiar entre ellos y nosotros, por muy paradójico que esto pueda parecer.

No quieran hacerme decir lo que no digo. Estamos unos a cada lado de la trinchera, bien entendido. Pero nos sentimos sumergidos hasta cierto punto en el mismo baño.

La prostituta del bulevar de Clichy y el inspector que la vigila llevan ambos los zapatos rotos, a los dos les duelen los pies de tanto haber paseado arriba y abajo de la acera. Aguantan la misma lluvia y el mismo viento glacial, la tarde y la noche tiene para ambos el mismo color y los dos ven casi con los mismos ojos el reverso de la gente que circula a su alrededor.

Ocurre lo mismo en una feria en la que el ladrón se mezcla con la gente. Para él, una feria, una reunión cualquiera de algunos centenares de individuos no significa alegrías, caballitos, circos o bollos, sino cierto número de carteras reposando en ingenuos bolsillos.

Para el policía es lo mismo. Y tanto el uno como el otro reconoce a la primera ojeada al provinciano satisfecho de sí mismo que hará de víctima ideal.

¡Cuántas veces no me ha pasado andar siguiendo a algún carterista ya conocido por mí, «el Cordel», por ejemplo, como le llamábamos nosotros! Él sabía que yo andaba tras de él, que espiaba hasta sus más mínimos gestos. Sabía que yo a mi vez también sabía que él estaba enterado de que yo estaba allí.

Su trabajo consistía en apropiarse, a pesar de todo, de una cartera o un reloj, el mío de impedírselo o de cogerlo con las manos en la masa. ¡Pues bien! Llegó a ocurrir que «el Cordel» se volviera a mirarme y me sonriera. Yo le sonreía también.

Incluso a veces llegaba a hablarme y a decirme suspirando:

—¡La cosa será difícil!

Yo no ignoraba que él no comería si no conseguía salir con bien de su trabajo.

Tampoco él ignoraba que yo ganaba cien francos al mes, sabía cuál era el estado de mis zapatos y que mi mujer me estaba esperando en casa con impaciencia.

A este tipo lo arresté al menos diez veces simpáticamente, diciéndole:

—¡Ya estás!

Y él se quedaba tan satisfecho como yo. Aquello quería decir que aquella noche comería en la comisaría y dormiría bajo techo. Los hay que conocen tan bien la «casa» que hasta preguntan:

—¿Quién está de servicio esta noche?

Porque hay algunos que les dejan fumar y otros no.

Durante un año y medio las aceras me parecieron un lugar ideal, porque después fui designado a los grandes almacenes.

En lugar de la lluvia, del frío, del sol y del polvo, tuve que pasarme los días respirando un aire recalentado con aromas de cheviot, de algodón, de linoleum y de hilo.

Entonces, de trecho en trecho, en los pasillos que separaban las distintas secciones, había unas bocas de aire caliente que enviaban de abajo arriba aire seco y ardiente. La cosa iba muy bien cuando se entraba allí mojado. Se instalaba uno delante de una de aquellas bocas y en seguida alrededor de uno flotaba una nube de vapor.

Pero después de algunas horas de vigilancia, uno empezaba a circular sobre todo alrededor de las puertas, que al abrirse dejaban entrar por lo menos un poco de oxígeno.

Lo importante era mostrarse muy natural, Como un cliente más. Cosa nada fácil cuando en aquella sección se vendían fajas, lencería femenina o madejas de seda.

—Le ruego que me siga sin hacer escándalo.

Algunos comprendían en seguida de qué se trataba y nos acompañaban sin decir nada hasta el despacho del director. Otros en cambio lo tomaban muy mal y respondían de malas maneras o se lanzaban a simular una verdadera crisis de nervios.

También aquí nos las teníamos que haber con una clientela regular. Lo mismo en el «Bon Marché» que en el «Louvre» o en el «Printemps», nos encontrábamos siempre con ciertas siluetas familiares, mujeres de mediana edad la mayoría de ellas, que almacenaban cantidades inimaginables de mercancías de todas clases en un bolsillo especialmente preparado que llevaban oculto entre el vestido y las enaguas.

Un año y medio ahora no me parece mucho tiempo, pero entonces cada hora me resultaba tan larga como las que se pasan esperando en casa del dentista.

—¿Estarás en las «Galerías» esta tarde? —me preguntaba a veces mi mujer—. Tengo que ir allí precisamente a comprar unas cuantas cosas.

No nos hablábamos. Fingíamos no conocernos. Era divertidísimo. A mí me gustaba verla ir tan satisfecha de una sección a otra y comprobar que de vez en cuando me guiñaba el ojo discretamente.

No creo que ella se haya preguntado nunca si se podía haber casado con alguien que no fuera un inspector de policía. Conocía el nombre de todos mis compañeros,

hablaba con naturalidad incluso de los que no conocía, de sus manías, de sus éxitos o de sus fracasos.

Tardé años en decidirme, un domingo por la mañana en que estaba de servicio, a introducirla en el famoso edificio del «Quai des Orfèvres»; no se sorprendió lo más mínimo de nada. Iba de un lado a otro como si estuviera en su propia casa, y buscaba ávidamente todos los detalles que ya conocía de oídas.

Su único comentario fue:

—Resulta menos sucio de lo que había creído.

—¿Por qué tenía que estar sucio?

—Los lugares donde sólo viven hombres nunca están tan limpios como los otros.

Y huelen de un modo especial.

No la hice entrar en la Prevención; allí sí que habría encontrado que olía, y fuerte.

—¿Quién se sienta ahí?

—Torrence.

—¿El gordo? Tendría que haberlo supuesto. Es como un niño. Todavía se divierte grabando sus iniciales en la madera de la mesa.

»¿Y dónde está aquel que siempre está andando? El tío Lagrume, quiero decir.

Ya que antes he hablado de zapatos, será mejor que cuente esta historia referente al personaje que acaba de mencionar mi mujer.

Lagrume, el tío Lagrume, como le llamábamos, era el mayor de todos nosotros, aunque no había conseguido pasar jamás del grado de inspector. Era un hombre alto y triste. En verano tenía reuma, y al empezar los primeros fríos, su bronquitis crónica le proporcionaba una tos cavernosa que se oía de una parte a otra de la Policía Judicial.

Afortunadamente, no estaba siempre en el local. Hablando de su tos, había tenido la imprudencia de decir un día:

—El médico me ha recomendado que procure que me dé el aire.

Desde entonces aire no le faltó. Tenía largas piernas y enormes pies; era a él a quien se confiaban las búsquedas más extrañas a través de París, aquellas que le obligan a uno a recorrer la ciudad en todas direcciones, día tras día, sin que se pueda tener ni siquiera la esperanza de alcanzar un resultado satisfactorio.

—¡De eso, sólo puede encargarse Lagrume!

Todo el mundo sabía lo que aquello quería decir excepto él, que escribía con toda seriedad algunas indicaciones en su cuaderno de notas, cogía el paraguas bajo el brazo y se marchaba tras habernos hecho un ligero saludo a todos.

Me estoy preguntando ahora si no tendría entonces plena conciencia del papel que estaba representando. Era un resignado. Hacía años y años que tenía a la mujer enferma, una mujer enferma que lo esperaba en casa para que limpiara y arreglara el hogar. Y cuando se casó su hija, estoy convencido de que era él el que se levantaba por la noche para atender al bebé.

—¡Lagrume, todavía hueles a caca de niño!

Una vieja había sido asesinada en la calle Caulaincourt. Era un crimen sin importancia, del que apenas se había ocupado la prensa; la víctima era una rentista completamente gris, casi sin relaciones.

Siempre suelen ser éstos los casos más difíciles de resolver. Hallándome confinado en los grandes almacenes, y atareadísimo con la proximidad de las fiestas de Navidad, no me quedaba ni tiempo para pensar en aquello, pero como todos los de la casa, supe todos los detalles referentes a la investigación.

El crimen había sido cometido con la ayuda de un cuchillo de cocina que había sido encontrado en el lugar del suceso. Aquel cuchillo era el único indicio. Era un cuchillo de lo más vulgar, de esos que se venden en todas las tiendas y bazares grandes y pequeños. El fabricante, que al final fue hallado, dijo que había vendido millares de ellos por París y los alrededores.

Era un cuchillo nuevo. Lo debían de haber comprado expresamente para aquella ocasión. Aún podía leerse el precio escrito con lápiz-tinta sobre el mango.

Fue este detalle lo que permitió tener la esperanza de encontrar al comerciante que lo había vendido.

—¡Lagrume! Preocúpese de este cuchillo.

Lo envolvió en un trozo de periódico, se lo puso en el bolsillo y se marchó.

Partió de viaje por todo París, y el viaje duró nueve semanas. Todas las mañanas se presentaba a la misma hora en el despacho, en el mismo despacho donde por la noche encerraba el cuchillo en uno de los cajones de la mesa. Todas las mañanas se le veía coger el arma, metérsela en el bolsillo, tomar su paraguas y marcharse, tras haber saludado, siempre con el mismo gesto, a la ronda.

Llegué a saber hasta el número de tiendas que podían haber vendido aquel cuchillo, pues el hecho se hizo legendario. Sin salir del circuito de París había más de veinte distritos por recorrer, era algo que daba vértigo sólo de pensarlo.

Y no se trataba de ir con algún vehículo de aquí para allá. Había que ir andando de calle en calle y casi de puerta en puerta. Lagrume llevaba en el bolsillo un plano de París en el que hora tras hora iba señalando unas cuantas calles.

Creo que al final ni sus mismos jefes sabían qué trabajo era el que le habían encomendado.

—¿Está disponible Lagrume?

Alguien contestaba que estaba destacado y dejaban de ocuparse de él. Fue un poco antes de las fiestas de Navidad, ya lo he dicho antes. El invierno era lluvioso y frío, la calle estaba resbaladiza y Lagrume no por ello dejaba de pasear su bronquitis y su tos cavernosa de la mañana a la noche, sin cansarse y sin preguntarse siquiera si aquello tenía algún sentido.

La novena semana, después del nuevo año, en el momento en que las heladas eran

más fuertes, se le vio llegar a las tres de la tarde con la misma calma y con el mismo aire lúgubre de siempre, sin el menor destello de alegría en la mirada.

—¿Está aquí el jefe?

—¿Lo has encontrado?

—Sí, lo he encontrado.

No en una tienda ni en una cuchillería, ni en una casa especializada en artículos de cocina; recorrer todo aquello no había servido de nada.

El cuchillo había sido vendido por un vendedor del bulevar Rochechouart. El comerciante reconoció su letra y se acordó de un joven que llevaba un pañuelo verde atado al cuello. Le había comprado el cuchillo hacía unos dos meses. Dio toda clase de señas del muchacho, y el joven fue arrestado y ejecutado al año siguiente.

En cuanto a Lagrume, murió en plena calle, no de su bronquitis, sino de un ataque al corazón.

* * *

Antes de hablar de las estaciones, y sobre todo de cierta estación del Norte con la que siempre me da la sensación de que tengo que ajustar cuentas aún, es preciso que hable de algo, aunque no me guste hacerlo.

Me han preguntado a menudo, al hablar de mis comienzos y de mis distintos cargos:

—¿Hizo usted también la brigada de costumbres?

Ahora ya no se la llama así. Púdicamente se la ha dado el nombre de «Brigada Mundana».

¡Pues sí! También estuve un tiempo haciendo este trabajo, como la mayor parte de mis compañeros. Muy poco tiempo, desde luego, apenas unos meses. Y aunque ahora me doy cuenta de que era necesario pasar por aquello, guardo de esa época un recuerdo un poco confuso y un tanto desagradable. He hablado de la familiaridad que se establece naturalmente entre los policías y aquellos que éstos se ven precisados a vigilar. Por la fuerza de los hechos es natural que también exista en este sector, lo mismo que en los otros. En éste es todavía más natural que exista. En efecto, la clientela de cada inspector, si es que se le puede dar este nombre, se compone de un número relativamente restringido de mujeres, que uno se encuentra casi todos los días en los mismos lugares, en la puerta del mismo hotel o bajo el mismo farol de gas, en las escaleras o en las terrazas de las mismas «Brasseries».

Yo no tenía entonces la corpulencia que he ido adquiriendo con los años, y según parece, daba la impresión de ser más joven de lo que realmente era.

Si se recuerda lo de los pastelillos del bulevar Beaumarchais, se comprenderá perfectamente que en ciertos dominios yo fuera más bien tímido. La mayoría de los

agentes de las costumbres se trataban de tú a tú con las chicas, sabían sus nombres y moteles, y era como una tradición cuando las metían en el coche, en el curso de una redada, decirse riendo a la cara las palabras más ordinarias y obscenas.

Una costumbre que habían adquirido estas damas también, era la de levantarse las faldas y mostrar su detrás con un gesto que ellas consideraban sin duda como la última injuria, y que acompañaban además con desafiantes palabras.

Debí de ponerme colorado las primeras veces; me ruborizaba aún fácilmente. Ellas se dieron cuenta, pues hay que reconocer que si algo tienen estas mujeres es una cierta experiencia sobre el carácter de los hombres.

De repente me convertí, si no en la bestia negra, por lo menos en el objeto de sus burlas.

En el «Quai des Orfèvres» nunca me llamaban por mi verdadero nombre, y estoy convencido de que muchos de mis colegas ni siquiera sabían cuál era... Yo no lo habría escogido por mi gusto, pero tampoco me avergonzaba de él.

¿Fue una pequeña venganza de un inspector que se enteró del asunto?

Yo estaba encargado del barrio de Sebastopol, que, alrededor de los mercados, se veía frecuentado por mujeres de la más baja extracción, sobre todo por cierto número de viejas prostitutas que habían hecho de aquellos parajes su refugio.

También era allí donde las principiantes apenas desembarcadas de Bretaña o de cualquier otro sitio hacían sus primeras armas, de modo que uno se encontraba allí con los dos extremos: las chiquillas de dieciséis años que los chulos se disputaban y las arpías sin edad que sabían defenderse perfectamente por sí solas.

Un día empezó la pesada broma, pues aquella broma se convirtió en seguida en una broma pesada. Pasaba yo por delante de una de aquellas viejas paradas ante la puerta de un destartelado y mugriento hotel, cuando le oí lanzarme muy sonriente, por entre sus gastados dientes, la siguiente frase:

—¡Buenas noches, Julio!

Creí que había dicho aquello porque sí, pero al cabo de unos momentos fui saludado otra vez con las mismas palabras:

—¿Qué tal, Julio?

Después, cuando formaban un grupito, se echaban a reír como locas y empezaban a hacer comentarios entre ellas difíciles de transcribir.

Yo sabía perfectamente lo que habrían hecho muchos si hubieran estado en mi lugar. No hacía falta más que embarcarlas hacia Saint-Lazare y dejarlas allí el tiempo suficiente para que reflexionaran.

Con aquello habría bastado, y a partir de entonces me habrían tratado con más respeto.

Pero no lo hice. Ni por un sentido de estricta justicia ni tan siquiera por piedad.

Posiblemente dejé de hacerlo simplemente porque no quería tomar parte de aquel

juego. Prefería simular que no me enteraba de lo que estaba pasando. Esperaba que ya se cansarían, pero estas mujeres son como los chiquillos, no se cansan nunca de gastar bromas.

El famoso Julio pronto entró a formar parte de una canción que empezaban a cantar y a vociferar tan pronto como yo aparecía en la esquina de la calle.

Otras me decían cuando les revisaba el carnet:

—¡No seas burro, Julito! ¡Eres tan castizo!

¡Pobre Luisa! Su terrible miedo durante este período de nuestra vida no era el de verme sucumbir a alguna tentación, sino el que trajera alguna mala enfermedad a casa. Cogí pulgas. Cuando entraba en casa mi mujer me hacía quitar la ropa y tomar un baño, mientras ella cepillaba a fondo mi traje en el rellano de la escalera o delante de la ventana abierta.

—¡Has debido tocar más de una hoy! ¡Límpiate bien las uñas!

¿No decían acaso que se podía coger la sífilis hasta a través de un simple vaso?

Aquello no fue agradable, pero aprendí lo que tenía que aprender. ¿No había sido yo quien libremente había escogido mi trabajo?

Por nada del mundo habría pedido que me cambiaran el trabajo. Sin embargo, mis jefes, por sí mismos, hicieron lo necesario (supongo que para mejorar el rendimiento del trabajo más que por consideración hacia mí) para que las cosas cambiaran.

Fui enviado a las estaciones. Más exactamente se me destinó un sombrío y siniestro edificio llamado la estación del Norte.

* * *

Como en los grandes almacenes, había la ventaja de que se estaba a cubierto de la lluvia. Pero ya no se podía decir lo mismo del frío y del viento, pues no existe lugar en el mundo donde haya más corrientes de aire que en una sala de espera de la estación del Norte y, durante meses, le hice la competencia con el reuma al viejo Lagrume.

No vaya nadie a imaginar que estoy diciendo todo esto compadeciéndome de mi suerte y que estoy pintando con gran complacencia el reverso de la medalla de mi oficio.

Yo era completamente feliz. Me sentía dichoso cuando recorría las calles y también lo era cuando vigilaba a los llamado cleptómanos en los grandes almacenes.

Tenía la impresión de que iba avanzando paulatinamente en el aprendizaje de un oficio cuya complejidad cada vez se me hacía más patente.

Al ver la estación del Este, por ejemplo, siempre invariablemente me entristezco porque evoca en mí las movilizaciones. La estación de Lyon, en cambio, lo mismo que la de Montparnasse, me hace pensar en las vacaciones.

La estación del Norte, la más fría, la más desahogada de todas, evocan en mí la áspera y amarga lucha por el pan cotidiano. Será tal vez porque conduce hacia las regiones de las fábricas y de las minas.

En la madrugada, en los primeros trenes de la noche que vienen de Bélgica y de Alemania, suelen viajar algunos estafadores, algunos traficantes de rostro duro como el día que se filtra a través de los cristales.

No son siempre pequeños estafadores. A veces son profesionales del tráfico ilegal internacional con sus secuaces, sus hombres de paja, sus guardaespaldas, personas que se juegan el todo por el todo y que están prestas a defenderse por todos los medios.

Apenas ha acabado de pasar este gentío cuando empiezan a llegar los trenes de mercancías que no vienen de alegres pueblos del Oeste o del Sur, sino de aglomeraciones negras e insanas.

En dirección contraria, hacia Bélgica, la frontera más cercana, es por donde tratan de huir todos aquellos que quieren dejar el país por diversas razones.

Centenares de personas esperan en aquel ambiente gris, lleno de humo y de sudor; se agitan, van de un lado a otro, de las taquillas a las consignas interrogando con la mirada los tableros de anuncios que señalan las llegadas y salidas de los trenes, comen, beben cualquier cosa rodeados de niños, perros y maletas, y casi siempre son gente que ha dormido poco, que el miedo de llegar tarde ha puesto nerviosos o tal vez el miedo a ese mañana que van a buscar fuera.

Todos los días me pasaba horas observándoles buscando entre aquellos rostros uno más insondable, más cerrado, con los ojos más fijos, el de un hombre o de una mujer que se está jugando la última carta.

El tren llega, va a partir dentro de pocos minutos. Sólo falta cruzar cien metros y entregar un billete, alguien lo aprieta fuertemente en su mano. Las agujas avanzan por sacudidas sobre la enorme esfera amarillenta del reloj. ¡Todo o nada! Es la libertad o la cárcel. O algo peor.

Yo tengo dentro de mi cartera una fotografía o una indicación, a veces solamente la descripción técnica de una oreja.

Ocurre a veces que se dan cuenta en seguida, hay un choque de miradas. Casi siempre el hombre comprende al momento.

Lo que sigue depende del carácter que tenga, del riesgo que corre, del dominio de sus nervios, a veces de un simple detalle, de que esté una puerta abierta o cerrada, de que nos separe una maleta por casualidad. Algunos tratan de huir, y empiezan entonces la loca carrera a través de grupos de gente que protesta y se asusta, a través de los vagones parados, de las vías y de las agujas.

Tuve dos casos de esos. Uno de ellos se trataba de un chico muy joven. Los dos hombres, con tres meses de diferencia, obraron de la misma manera.

Ambos se metieron la mano en el bolsillo como para coger un cigarrillo. E instantes después, en medio del gentío, con los ojos fijos en mí se disparaban una bala en la cabeza.

No sentían odio hacia mí ni yo hacia ellos. Simplemente ambos hacíamos nuestro trabajo. Ellos habían perdido la partida, esto era todo, y se retiraban.

Yo también la había perdido. Mi deber habría sido llevarlos vivos ante la justicia.

Vi marchar millares de trenes. Y vi llegar millares, siempre la misma cola de gente que se apresura hacia no se sabe qué.

En mí, lo mismo que entre mis compañeros, se ha convertido ya en un vicio. Aunque no esté de servicio, si por casualidad, yendo con mi mujer de vacaciones, mi mirada al ir posándose en las diversas caras de la gente acaba por descubrir a alguien que tiene miedo, sea cual sea su modo de disimularlo, instintivamente me detengo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te paras?

Hasta que estamos instalados en nuestro departamento, mejor dicho, hasta que el tren ha arrancado, mi mujer no está completamente segura de que verdaderamente iremos de vacaciones.

—¿De qué vas a preocuparte ahora? ¡No estás de servicio!

A veces he llegado a seguirla suspirando y volviendo por última vez la cabeza hacia alguna cara misteriosa que desaparece entre el gentío. Cosa que lamento.

Y no creo que esto me ocurra sólo por un sentido profesional ni tan siquiera por amor a la justicia.

Lo repito, es algo más, es una partida que se está jugando, una partida que no termina nunca. Una vez se ha empezado resulta difícil por no decir imposible dejar de jugar. La prueba está en que aquellos de nosotros que se retiran, a menudo a su pesar, acaban casi siempre montando una agencia privada de policía.

No conozco a uno que tras haber echado pestes durante treinta años contra las miserias de la vida de un policía, no esté presto a reemprender el servicio, aunque sea gratuitamente.

Conservo un recuerdo siniestro de la estación del Norte. No sé por qué revive siempre en mi imaginación, envuelta en una niebla espesa y húmeda, al amanecer, con un gentío con los ojos llenos de sueño que anda como una manada hacia las vías o hacia la calle de Mauberge.

Los destellos de humanidad que he visto allí son de lo más desesperados, y ciertos arrestos que efectué en aquel lugar me dejaron más bien una sensación de remordimiento que la satisfacción profesional del deber cumplido. Sin embargo, si me dieran a escoger todavía ahora preferiría ejercer mi trabajo en cualquier andén, que ir a una estación de lujo a coger un tren para cualquier soleado rincón de la Costa Azul.

Capítulo seis

¡Un piso, otro piso, más pisos aún!

De vez en cuando, casi siempre a la par de las convulsiones políticas, se producen disturbios en las calles que no son sólo la manifestación del descontento popular. Se diría que en cierto momento se produce una brecha, que invisibles esclusas son abiertas y se ven surgir en los barrios ricos seres cuya existencia suele ignorarse en aquellos lugares. Parecen haber aparecido allí por milagro y se les ve pasar bajo las ventanas de la misma manera que se miraría a los rufianes y a los bandidos surgir de pronto de la lejanía de la edad media.

Lo que más me sorprendió cuando se produjo tan violento fenómeno tras las revueltas del 6 de febrero, fue la extrañeza de que dio muestras la prensa en general al día siguiente.

Aquella invasión durante algunas horas del centro de París no de manifestantes, sino de individuos desaharrapados que daban más miedo que una manada de lobos, había venido de repente a alarmar a unas personas que por su profesión conocen casi tan bien como nosotros el hampa de una capital.

París tuvo miedo en aquella ocasión. Pero al día siguiente, una vez restablecido el orden, París olvidó que aquel populacho no había sido eliminado, sino simplemente que había vuelto a su guarida.

¿Acaso no estaba para eso la policía, para hacer que se mantuvieran allí? ¿Se sabe acaso que existe una brigada que se ocupa exclusivamente de los doscientos o trescientos mil norteafricanos, portugueses y rumanos que viven en la zona del distrito XX, que acampan allí para hablar con más propiedad, que apenas conocen nuestra lengua o la ignoran completamente y que obedecen a otras leyes y a otros instintos diferentes a los nuestros?

En el «Quai des Orfèvres» tenemos unos mapas donde están marcados una especie de islotes con lápices de colores, los judíos de la calle Rosiers, los italianos del barrio de L'Hôtel de la Ville, los rusos de Termes y de Denfert-Rochereau...

Algunos desean vivamente que se les permita asimilarse y las dificultades no proceden de éstos precisamente, pero los hay que, formando grupos o bien aisladamente, se mantienen expresamente al margen y llevan, mezclados entre la gente que no se fija en ellos, una existencia misteriosa.

Casi siempre suelen ser personas con aire inocente, dedicadas a pequeños delitos, a pequeñas suciedades cuidadosamente disimuladas, quienes me preguntan con un ligero temblor en los labios que yo conozco perfectamente:

—¿No siente asco a veces?

No hablan de nadie en particular, sino del conjunto, de todos aquellos que nos dan trabajo. Les gustaría que nosotros les libráramos de sucios secretos, de vicios inéditos, de toda la podredumbre de la que se indignarían, pero en la que secretamente se deleitan.

Éstos son los que más les gusta emplear el nombre de bajos fondos.

—¡Debe usted de ver de todo en los bajos fondos!

Prefiero no contestarles nada. Me los quedo mirando sin ninguna expresión en la cara, y ya deben comprender lo que aquello quiere decir, pues en general se molestan y no dicen nada más.

He aprendido mucho de la calle. He aprendido también en las ferias y en los grandes almacenes, en todos aquellos lugares donde se acumula la gente.

He hablado de mis experiencias en la estación del Norte.

Pero es en los «meublés», sin duda, donde mejor he conocido a los hombres, a estos precisamente que tanto miedo dan a la gente de los barrios elegantes cuando por casualidad se abren las esclusas.

Los zapatos claveteados, para eso no eran necesarios, pues no se trataba de recorrer kilómetros y kilómetros de acera, sino de circular por así decirlo por lo alto.

Cada mañana repasaba las fichas de algunas decenas y centenares de hoteles, «meublés» generalmente, donde resultaba muy raro encontrar ascensor. Había que subir seis o siete pisos por unas escaleras estrechas y sofocantes inundadas de un acre olor de indigente humanidad.

Los grandes hoteles de puertas giratorias con criados de librea a cada lado tienen también sus dramas y secretos en los que la policía cotidianamente va a meter también la nariz.

Pero es sobre todo en estos millares de hoteles sin nombre, desconocidos, en los que apenas se fija uno, donde vive una población flotante difícil de controlar y que raramente tiene los papeles en regla.

Íbamos de dos en dos. A veces en los barrios peligrosos incluso éramos más. Se escogía la hora en la que la mayoría de la gente suele estar acostada, un poco después de medianoche.

Entonces empezaba una especie de pesadilla, siempre igual, con los mismos detalles, el guardián de noche, la patrona o el patrón medio dormido tras su despacho, que se despertaba de mala gana y trataba de ponerse a cubierto inmediatamente.

—Ya saben que aquí nunca pasa nada...

Antes los nombres se encontraban inscritos en el libro de registro. Después, cuando salió el carnet de identidad como cosa obligatoria, tenían que rellenar las fichas.

Uno de nosotros se quedaba abajo. El otro subía. Algunas veces, a pesar de haber

tomado todas las precauciones, nuestra llegada era avisada y desde la planta baja oíamos cómo se despertaba toda la casa cual una colmena en ebullición, idas y venidas en las habitaciones y pasos furtivos en la escalera se percibían perfectamente.

A veces encontrábamos una habitación vacía, con la cama aún caliente y arriba la claraboya del techo aparecía abierta.

Normalmente conseguíamos llegar hasta el primer piso sin haber alarmado a los ocupantes. Nos contestaban con un gruñido y pronto se oía hablar en una lengua casi siempre extranjera.

—¡Policía!

Todos comprendían perfectamente aquella palabra. Y gentes en camisa, otros completamente desnudos, hombres, mujeres y niños se agitaban bajo una tenue luz, y rodeados de mal olor abrían las más extrañas maletas para buscar un pasaporte oculto bajo sus cosas.

Es preciso haber visto la ansiedad de aquellas caras, sus gestos de sonámbulos y aquella extraña humildad que sólo se encuentra entre los desarraigados. Podría llamársele, incluso, orgullosa humildad.

No nos detestaban. Simplemente éramos los dueños. Teníamos —o por lo menos ellos lo creían así— el más terrible de los poderes, el de poder mandarlos otra vez al otro lado de la frontera.

Para algunos el hecho de estar ahí representaba largos años de astucia o de paciencia. Habían llegado a la tierra prometida. Poseían documentos auténticos o falsos.

Mientras nos los tendían, con el miedo terrible de pensar que pudiéramos metérmolos en el bolsillo, instintivamente trataban de ablandarnos con una sonrisa balbuciendo algunas palabras en francés:

—«Missié li commissaire».

Las mujeres raramente conservaban su pudor, y a menudo podía leerse cierta agitación en su mirada y parecían hacer un gesto vago hacia la cama en desorden. ¿Nos sentíamos tentados? ¿No nos gustaría?

Y, sin embargo, aquel extraño mundo tenía su orgullo, un orgullo aparte de todo que no acierto a describir. ¿El orgullo de las fieras acaso?

En efecto, nos miraban pasar un poco con los mismos ojos con que lo hacen las fieras desde sus jaulas, sin saber si íbamos a castigarles o a acariciarles.

A veces se veía a uno de ellos blandir sus papeles y presa del pánico empezar a hablar volublemente en su lengua, gesticulando, llamando a los otros para que le ayudaran, esforzándose en hacernos creer que él era un hombre honrado, que todas las apariencias eran falsas... Algunos lloraban y otros se mantenían quietos en su rincón, feroces como si estuvieran prestos a lanzarse encima de nosotros de un salto, pero en realidad resignados.

Verificación de identidad. Es así como se le llama a esto en lenguaje administrativo. Aquellos cuyos papeles están en regla, sin que el caso ofrezca ninguna duda, se les deja en su habitación y se les oye encerrarse de nuevo con un suspiro de alivio.

Los otros...

—¡Bajen!

Cuando no lo comprenden, hay que acompañarse con el ademán. Se visten hablando solos. No saben lo que deben, ni lo que pueden, llevarse consigo. A menudo, tan pronto como nosotros hemos vuelto la espalda, van a buscar su tesoro, lo que llevan escondido, para metérselo en el bolsillo o debajo de la camisa.

Una vez en la planta baja, se forma un pequeño grupo, y nadie habla, cada uno piensa sólo en su propio caso y en la manera cómo va a defenderse.

En el distrito de Saint-Antoine hay hoteles en los que en una sola habitación llegué a encontrar siete u ocho polacos la mayoría de los cuales estaban acostados sobre el suelo.

Uno solo estaba inscrito en el registro. ¿Lo sabía el dueño? ¿Le pagaban algo por los durmientes suplementarios? Es más que probable, pero éstas son cosas que es inútil tratar de probarlas.

Los otros no tenían la documentación en regla, como era de suponer.

¿A qué se debían dedicar cuando al amanecer se veían obligados a dejar la habitación?

Sin el carnet de trabajo les resultaba imposible ganarse la vida de un modo regular. Sin embargo, no se morían de hambre.

Y había, y los hay, miles y decenas de millares en el mismo caso.

A veces se les encuentra dinero en los bolsillos u oculto en algún armario o más a menudo todavía escondido dentro de los zapatos. Se trata entonces de saber de qué modo se lo han procurado y empieza entonces el tipo de interrogatorio más agotador que existe.

Aunque comprendan el francés, simulan no entenderlo, se te quedan mirando a los ojos con un aire de lo más ingenuo y no cesan de repetir que son inocentes.

Es inútil interrogar a los otros al respecto. Nunca se traicionan. Contarán siempre la misma historia.

Y sin embargo, el sesenta y cinco por ciento de los crímenes cometidos en París y los alrededores son cometidos por extranjeros.

Escaleras, escaleras y siempre escaleras. Y no sólo de noche, sino también de día, y chicas por todos lados, profesionales y de las otras, algunas jóvenes y guapas venidas Dios sabe por qué de regiones lejanas.

Yo conocí a una, una polaca, que compartía con cinco hombres una habitación de hotel en la calle de Saint-Antoine, y era ella quien les indicaba dónde podían dar un

buen golpe, y luego, a su manera, recompensaba a los que habían tenido éxito en la empresa, mientras los demás se mordían los puños en la habitación y la mayoría de las veces se echaban después ferozmente sobre el extenuado ganador.

Dos de ellos eran unos verdaderos brutos, de una fuerza extraordinaria, pero ella no les temía ni poco ni mucho, los mantenía a raya sólo con una sonrisa o un fruncimiento de cejas. Después de un interrogatorio en mi propio despacho, tras una frase pronunciada en su idioma, le vi pegarle una sonora bofetada a uno de aquellos gigantones.

—¡Deben ver ustedes de todo!

En efecto, de todo, hombres y mujeres de todas clases, hombres y mujeres en toda clase de situaciones y de todas las escalas sociales, se les ve, se toma nota y se trata de comprender.

No de comprender algún humano misterio. Posiblemente ha sido contra esta novelesca idea contra la que más he protestado casi airado. Ésta es precisamente una de las razones por las que escribo este libro, para corregir ciertas cosas.

Simenon ha tratado de explicar esto, lo reconozco. Pero no por ello me he molestado yo menos al ver que en algunos de sus libros lanzaba yo ciertas sonrisas y tomaba ciertos aires que jamás he tenido y que habrían extrañado a mis colegas.

La persona que mejor ha comprendido todo esto, sin duda, ha sido mi mujer.

Cuando vuelvo de mi trabajo, jamás me pregunta con curiosidad sobre nada, sea cual sea el asunto en que me halle ocupado.

Por mi parte yo tampoco le hago lo que podríamos llamar confidencias. Me siento a la mesa como cualquier otro funcionario que regresa de su despacho. Entonces, en pocas palabras, como si hablara consigo mismo, hablaré a lo mejor de una detención o de un interrogatorio, hablaré del hombre o de la mujer sobre los que estoy investigando.

Si Luisa me pregunta algo, casi siempre se refiere a algo técnico.

—¿En qué distrito?

O bien.

—¿Qué edad tiene?

O...

—¿Cuánto tiempo lleva en Francia?

Porque todos estos detalles han acabado por ser tan reveladores a sus ojos como lo son para nosotros mismos.

Nunca me pregunta sobre el aspecto sórdido o lamentable de la cuestión.

¡Y Dios sabe bien que no es por indiferencia por su parte!

—¿Ha ido su mujer a verlo a la Prevención?

—Sí, esta mañana.

—¿Ha llevado el niño con ella?

Se interesa por los niños en particular por razones sobre las que no tengo por qué insistir. Siente atraída su atención por todos aquellos que tienen niños y sería un error creer que los invertidos, los malhechores o los criminales no los tienen.

Nosotros incluso tuvimos en casa a uno, una chiquilla, a quien envié a su madre a la cárcel para el resto de sus días, pero nosotros sabíamos que el padre cuidaría de ella tan pronto como volviera a ser un hombre normal.

La chiquilla todavía continúa viniéndonos a ver. Es ya toda una muchacha y mi mujer está muy orgullosa de poder ir con ella de compras a los grandes almacenes por la tarde.

Lo que quiero hacer notar, sobre todo, es que en nuestro comportamiento con aquellos de quienes nos ocupamos no hay ni sensiblería ni dureza, ni odio, ni piedad, en el sentido que habitualmente se da a esta palabra.

Trabajamos con los hombres. Observamos su conducta. Registramos unos hechos y tratamos de establecer otros.

Nuestro trato con ellos hasta cierto punto es simplemente técnico.

Cuando siendo aún joven visitaba yo un hotel de ínfima categoría de la bodega al granero, penetrando en los alvéolos de las habitaciones y sorprendiendo a la gente en su sueño y en su más cruda intimidad, examinando documentos con lupa habría podido decir sin temor a equivocarme lo que ocurriría con cada uno de ellos.

Ciertos rostros me eran ya familiares. París no es tan grande para que en ciertos medios no se tropiece uno siempre con los mismos individuos.

Ciertos casos, asimismo, se reproducen casi de un modo idéntico, las mismas causas producen los mismos resultados.

El desgraciado procedente de Europa central que ha economizado durante meses o años para poderse pagar falsos pasaportes en una agencia clandestina de su país y que cree que ya está a salvo porque ha podido cruzar la frontera sin tropiezos, caerá irremisiblemente en nuestras manos en un plazo de seis meses a un año lo más tarde.

Y más todavía, si quisiéramos podríamos seguirle con el pensamiento desde la frontera, prever en qué distrito, en qué restaurante, a qué hotel irá a parar.

Sabemos por medio de quién intentará procurarse el carnet de trabajo indispensable, verdadero o falso. Bastará con que vayamos a detenerle en la cola que se forma cada mañana delante de las grandes fábricas de Javel.

¿Para qué darnos trabajo y perseguirle cuando fatalmente ya irá a parar adonde tiene que llegar?

Lo mismo ocurre con la joven criada aún sin ajar a quien vemos bailar por primera vez en ciertas salas. ¿Cómo decirle que lo mejor que puede hacer es volver a casa de sus señores y evitar la compañía de aquel muchacho de provocativa elegancia?

No serviría de nada. Volvería a lo mismo. La veremos en otras salas, después

cualquier noche se parará ante la puerta de cualquier hotel del distrito de los Mercados de la Bastilla.

Diez mil sucumben por término medio cada año, diez mil que dejan su pueblo y llegan a París como muchachas de servicio y a quienes bastan algunos meses o algunas semanas para perderse irremisiblemente.

¿Y qué decir de un muchacho de dieciocho o veinte años que trabaja en una fábrica y de pronto se pone a vestirse de cierta manera, toma aires distinguidos y empieza a sentarse en la barra de ciertos bares?

No se tarda en verle con un traje nuevo, zapatos brillantes y una corbata de seda artificial.

Acabará entre nosotros también. Llegará con cínica sonrisa o fingiendo humildad tras una tentativa de robo o de atraco, a no ser que prefiera formar parte de los que se dedican a robar coches.

Hay ciertos indicios que jamás le permiten a uno equivocarse, y son estas señales en definitiva las que aprendemos a conocer cuando se nos ha hecho pasar a través de todos los equipos andando kilómetros y kilómetros de acera, subiendo piso tras piso, para ver toda clase de tugurios y mezclarse con la muchedumbre.

Por eso el apodo de «zapatos claveteados» jamás lo hemos considerado como un insulto, al contrario.

A los cuarenta años hay muy pocos en el «Quai des Orfèvres» que no conozcan con toda familiaridad a los carteristas. Se sabe incluso dónde se les podrá encontrar tal día con ocasión de tal ceremonia o tal gala.

Del mismo modo se sabe que no tardará en haber un robo de joyas porque a un especialista a quien muy pocas veces se ha podido sorprender en plena acción, empiezan a irle mal las cosas. Ha dejado su hotel del bulevar Hausmann por un hotel más modesto de la República. Desde hace quince días no paga. La mujer con quien vive empieza a hacerle escenas y no se ha comprado ningún sombrero hace ya mucho tiempo.

No se le puede seguir paso a paso: nunca habría bastantes policías para vigilar a todos los sospechosos. Pero no por eso deja de tenersele en observación. Los que hacen la calle quedan advertidos de que tienen que vigilar sobre todo las joyerías.

Se sabe cómo actúa. Y se sabe también que no actuará de otro modo.

No siempre se tiene éxito, claro. La cosa resultaría demasiado fácil. Pero tarde o temprano se acaba por cogerle con las manos en la masa. A veces, tras haber tenido una discreta entrevista con su compañera, a quien se ha dado a entender que su porvenir sería bastante menos problemático si nos contara algunas cosas.

Se habla mucho en los periódicos de los ajustes de cuentas de Montmartre o del distrito de la calle Fontaine, los disparos en plena noche siempre excitan a la gente. Pero estos asuntos son los que menos trabajo nos dan en el «Quai».

Conocemos a las bandas rivales y estamos al tanto de sus intereses y de los puntos de litigio entre ellas. Conocemos también sus odios y sus agravios personales.

Un crimen conduce a otro. ¿Ha sido muerto Luciano en un bar de la calle Douai? Los corsos se vengarán irremisiblemente en un plazo más o menos corto. Y casi siempre habrá alguno de ellos que nos avisará antes.

—Algo se está tramando contra Dédé Pies Planos. Se esconde o sale sólo acompañado de dos pistoleros.

El día en que Dédé sucumba a su vez, hay nueve probabilidades contra una de que recibamos una llamada telefónica más o menos misteriosa, poniéndonos al corriente de la historia con todos sus detalles.

—¡Uno menos!

Arrestamos a los culpables, desde luego, pero esto carece de importancia. Este tipo de gente sólo se extermina entre ella, por razones que sólo a ellos incumben en nombre de cierto código que aplican con todo rigor.

Es a eso a lo que se refería Simenon cuando en el transcurso de nuestra primera entrevista declaraba categóricamente:

—Los crímenes de los profesionales no me interesan.

Lo que no sabía, lo aprendió luego, es que hay muy pocos crímenes de otra clase.

No hablo de los crímenes pasionales, que la mayoría de las veces no tienen ningún misterio. Son simplemente el desenlace lógico de una crisis aguda entre dos o más individuos.

No hablaré tampoco de las cuchilladas que suelen darse un par de borrachos un sábado o un domingo por la noche.

Aparte de estos accidentes, los crímenes más frecuentes son de dos clases:

El asesinato de alguna vieja solitaria por uno o varios malhechores y la muerte de una prostituta en algún alejado solar.

En el primer caso es rarísimo que el culpable se nos escape. Casi siempre suele ser un joven, uno de esos de quienes ahora mismo he hablado, uno que ha dejado la fábrica hace sólo unos meses para representar el papel de malo.

Se ha fijado en un estanco, en una mercería o en un pequeño comercio en una calle poco frecuentada.

A veces incluso ha comprado un revólver. Otras veces se contenta con un martillo o con una llave inglesa.

Casi siempre conoce a la víctima y de diez veces nueve aquélla en uno u otro momento lo ha favorecido con sus bondades.

No iba decidido a matar. Se ha puesto un pañuelo en el rostro para no ser reconocido.

El pañuelo se le ha caído o bien la anciana se ha echado a gritar.

Y ha tirado. La ha matado, pero ha seguido tirando hasta haber vaciado todo el

cargador. Si ha sido de un golpe que la ha matado, la ha golpeado diez veces, veinte, salvajemente se diría; en realidad, sólo lo ha hecho porque está aterrorizado.

Quizá les sorprenderá que cuando lo tenemos delante sin ninguna esperanza de salvación ya, pero aún tratando de fingir, le digamos simplemente:

—¡Idiota!

Es raro que a estos tipos el crimen no les cueste la cabeza. Lo menos que sacan son veinte años y esto si tienen la suerte de que se interese por su caso algún abogado del tribunal.

En cuanto a los asesinos de prostitutas, es un milagro que consigamos atraparlos. Son las investigaciones que requieren más tiempo, las más fatigosas, las más repugnantes que he conocido.

Suele empezar con un saco que un marinero pesca en cualquier parte del Sena y que casi siempre contiene un cuerpo mutilado. Falta la cabeza, un brazo o las piernas.

Transcurren semanas a menudo antes de que pueda realizarse la identificación. Generalmente se trata de una mujer de cierta edad ya, de las que no se llevan al cliente al hotel o a su habitación, sino que se contentan del resguardo de una empalizada o del umbral de una casa.

Se ha dejado de verla en el barrio, un barrio que tan pronto como cae la noche queda sumergido en el misterio y en silenciosas sombras.

Las que la conocen no tienen ningunas ganas de ponerse en contacto con nosotros. Si se les pregunta contestan evasivamente.

Tras mucha paciencia se acaba por saber cuáles eran sus clientes más habituales, hombres aislados, solitarios, hombres sin edad, de los que apenas si se recuerda vagamente su silueta.

¿La han matado por dinero? Es imposible, casi no tenía nada.

Y es a uno de esos viejos casi siempre al que le ha dado la locura, o bien se trata de alguien que ha venido de otro lado, de uno de esos locos que a intervalos regulares notan que se les acerca la crisis y saben exactamente lo que van a hacer; toman con una lucidez increíble precauciones de las que los otros criminales son incapaces.

No se sabe exactamente cuántos son. Cada capital tiene los suyos que una vez dado el golpe se sumergen durante un tiempo más o menos largo en el anonimato.

Son tal vez gente respetable, padres de familia o empleados modelos. A qué se parecen nadie lo sabe y cuando por casualidad se ha cogido uno resulta casi imposible sacar alguna conclusión lógica de todo aquello.

Tenemos estadísticas más o menos precisas de toda clase de crímenes.

Excepto de uno:

Del de envenenamiento.

Y todas las aproximaciones resultan hasta cierto punto equivocadas.

Cada tres o seis meses en París o en provincias, en una pequeña ciudad o en el

campo, el azar hace que un médico examine más de cerca el caso de una muerte y quede intrigado de ciertas características que descubre.

He dicho azar, porque habitualmente se trata de uno de sus clientes, de alguien a quien él ha visto enfermo largo tiempo. Ha muerto de repente en su cama, en el seno de su familia que presenta todas las señales clásicas de pena.

Los parientes no quieren ni oír hablar de autopsia. El médico sólo se decide a ello si sus sospechas son muy fuertes.

A veces semanas después del entierro es una carta anónima la que descubre a la policía unos detalles a primera vista increíbles.

Insistiré sobre todo lo que se necesita para que se abra una investigación de este tipo. Las formalidades administrativas son complicadas, la mayoría de las veces se trata de la esposa de un granjero que espera desde hace años la muerte de su marido para liarse con el criado y a quien de pronto se le acaba la paciencia.

Ayuda a la naturaleza, como dicen algunos crudamente.

Otras veces es el hombre, pero es más raro el caso, quien se desembaraza de su mujer enferma que se ha convertido sólo en una carga para la casa. Se les descubre por azar. ¡Pero cuántos casos no habrá en que el azar no interviene! Lo ignoramos. Sólo podemos arriesgarnos a lanzar hipótesis. Somos bastantes los de esta casa y también los de la calle de Saussaies que creemos que de todos los crímenes que suelen quedar sin castigo es éste precisamente en el que se dan más casos.

Los otros crímenes, esos que tanto interesan a los novelistas y a los psicólogos, suelen ser tan poco corrientes que sólo requieren una parte insignificante de nuestra actividad.

Y, sin embargo, son éstos los que mejor conoce el público. Son estos asuntos precisamente los que más ha contado Simenon y supongo que serán los que más seguirá contando.

Quiero hablar de los crímenes que suelen cometerse en los medios donde sería menos de esperar y que son como la desembocadura final de una larga y sórdida fermentación.

Una calle cualquiera, limpia, arreglada en París o en los alrededores. Gentes con una casa confortable, una vida familiar y una profesión honorable.

Nunca habíamos tenido que traspasar aquel umbral. A menudo se trata de un medio en el que difícilmente seríamos admitidos, un sitio en el que no caemos bien y en el que nos sentiremos cohibidos.

Pero alguien ha muerto de muerte violenta y henos a nosotros llamando a aquella puerta y encontrarnos rostros herméticos, una familia en la que cada miembro parece guardar su secreto.

Aquí la experiencia adquirida durante años en las calles, en las estaciones, en los «meublés», no cuenta para nada. No interviene para nada tampoco esta especie de

respeto que parecen sentir los de abajo ante la autoridad de la policía.

Nadie teme ser llevado de nuevo a la frontera. Nadie va a ser llevado tampoco a algún despacho del «Quai» para ser sometido durante horas a un agotador interrogatorio.

Las personas que tenemos ante nosotros son las mismas buenas personas que nos habrían preguntado tal vez:

—¿No les entra asco a veces?

Es con ellos que sentimos asco. No en seguida. El trabajo es lento y pesado.

Eso cuando una llamada por teléfono de un ministro, de un diputado o de alguna personalidad importante no trata de echarnos a un lado.

Hay que hacer saltar poco a poco una enorme capa de barniz de respetabilidad, existen los secretos de familia más o menos repugnantes, que todo el mundo pretende ocultarnos y que es preciso poner en claro sin preocuparnos de las malas caras ni de las amenazas.

A veces, son cinco o seis y más los que están de acuerdo en mentir sobre ciertos hechos, mientras disimuladamente tratan de echarse la culpa unos a otros.

Simenon me describe, muy contento de poderlo hacer, gruñón y de mal humor mirando el fondo de la gente e interrogando ásperamente.

Ha sido en estos casos que él me ha visto ponerme así, ante eso que podríamos denominar los crímenes de «amateur» que se acaba siempre por descubrir que son crímenes de interés.

No crímenes por dinero. Quiero decir que no son crímenes cometidos por el inminente deseo de poseer dinero, como en el caso de los truhanes jovencitos que asesinan a las viejas.

Tras estas fachadas de respetabilidad existen intereses mucho más complicados, a largo plazo, que se aúnan con un fuerte deseo de mantener la respetabilidad. A veces la cosa se remonta a años y oculta vidas enteras dedicadas a malversaciones e intrigas.

Cuando por fin estas personas se ven acorraladas y precisadas a confesar, entonces surge un verdadero barboteo de indignidades. Ante todo sienten un pánico, un terrible terror de las consecuencias.

—Pero es imposible que el nombre de nuestra familia se vea envuelto en el lodo, ¿verdad? Hay que encontrar una solución.

Y a veces se encuentra, cosa que lamento. Algunas personas que sólo habrían tenido que dejar mi despacho para ir directamente a una de las celdas de la Santé, han desaparecido de la circulación, porque existen influencias contra las que un inspector de policía, e incluso un comisario, nada pueden.

—¿No llegan a sentir asco?

Jamás lo he sentido. Siendo inspector de los «meublés», me pasaba los días y las

noches subiendo escaleras de mugrientas casas superhabitadas, cada una de cuyas puertas se abría descubriendo una miseria o un drama. La palabra asco no es la más apropiada tampoco para designar mi estado de ánimo ante los millares de profesionales de todas clases que me han pasado por las manos.

Jugaban su partida y la habían perdido. Casi todos eran buenos jugadores y algunos incluso una vez condenados, me pedían que los fuera a ver a la cárcel y allí hablábamos como dos buenos amigos.

Podría citar a más de uno que me pidió por favor que asistiera a su ejecución y que me reservó su última mirada.

—¡Me comportaré perfectamente, ya lo verá!

Ponían lo que podían de su parte. No siempre todos lograban el éxito.

Yo me llevaba en el bolsillo sus últimas cartas, que enviaba añadiendo unas cuantas palabras de mi puño y letra.

Cuando volvía a casa, a mi mujer le bastaba con mirarme, no tenía que preguntarme nada para saber cómo había ido todo.

En cuanto a los otros, sobre los que prefiero no seguir hablando, también Luisa conocía perfectamente el significado de cierto mal humor, mi particular manera de sentarme al volver por la noche y de llenar mi plato. En tal caso nunca preguntaba nada.

Cosa que prueba de un modo bien claro que no estaba destinada a los «Canales y Puertos».

Capítulo siete

Acerca de una mañana triunfante como una trompeta de caballería, y de un muchacho que ya había dejado de ser delgado, pero que aún no podía llamársele grueso

Todavía ahora puedo recordar el sabor y el color del sol de aquella mañana. Era en marzo. La primavera venía adelantada. Yo había tomado ya la costumbre, siempre que podía, de ir andando desde el bulevar Richard-Lenoir hasta el «Quai des Orfèvres».

Aquel día no tenía ningún trabajo fuera, sólo tenía que clasificar unas fichas de los «meublés», en los despachos más sombríos probablemente que había en todo el Palacio de Justicia, en la planta baja que daba al patio por una pequeña puerta que yo había dejado abierta.

Procuraba estar tan cerca de ella como me lo permitía mi trabajo. Me acuerdo de que el sol cortaba el patio en dos partes y que dividía también por la mitad un coche de la policía que estaba allí parado esperando. Los dos caballos pegaban de vez en cuando sendas patadas sobre el suelo. Tras de ellos había un buen montón de estiércol dorado aún humeante en el aire todavía fresquito de la mañana.

No sé por qué aquel patio me recordaba ciertos recreos del instituto en la misma época del año, cuando el aire de repente empieza a emanar aromas y la piel, cuando uno ha corrido, huele a primavera.

Estaba solo en el despacho. Sonó el timbre del teléfono.

—¿Quiere usted decirle a Maigret que el jefe lo llama?

Era la voz del viejo conserje del despacho de arriba que hacía casi cincuenta años que estaba en su puesto.

—Soy yo.

—Entonces suba.

La gran escalera, siempre llena de polvo, con los rayos oblicuos del sol entrando como en las iglesias, hasta parecía hermosa. El informe de la mañana acababa de terminar. Dos comisarios aún estaban hablando, con sus informes bajo el brazo, cerca de la puerta del gran jefe a la que yo iba a llamar.

Y en el despacho me encontré con el olor de las pipas y de los cigarrillos de los que acababan de salir de allí. Tras Javier Guichard había una ventana abierta, y sobre sus blancos y sedosos cabellos el sol dibujaba arabescos.

No me tendió la mano. En el despacho no lo hacía casi nunca, y sin embargo, nos habíamos hecho amigos, más exactamente había querido honrarnos con su amistad a

mi mujer y a mí. Una vez me había invitado a irlo a ver solo a su apartamento del bulevar Saint-Germain. No en la parte rica y snob del bulevar, sino enfrente mismo de la plaza Maubert, una enorme casa nueva que se levantaba entre dos destartados hotelitos.

Volví otra vez allí con mi mujer. En seguida se comprendieron ambos a las mil maravillas.

Guichard sentía verdadero afecto por ella y por mí y, sin embargo, muchas veces sin proponérselo, nos hizo daño con sus palabras.

Al principio, tan pronto como veía a Luisa, se quedaba mirando su cintura con insistencia, y si nosotros no parecíamos darnos por enterados decía tosiendo ligeramente:

—No olvidéis que quiero ser el padrino. No me hagáis esperar demasiado...

Pasaron años. Le debía extrañar. Me acuerdo que al notificarme mi primer aumento había añadido:

—Esto quizá os va a permitir darme un ahijado.

Jamás comprendió por qué nos poníamos colorados y por qué mi mujer bajaba los ojos, mientras yo trataba de cogerle la mano para consolarla.

Aquella mañana parecía estar muy serio, aunque yo lo veía a contraluz. Me dejó estar de pie, y yo ya empezaba a sentirme molesto de la insistencia con que me examinaba de pies a cabeza como a un recluta.

—¿Sabe usted, Maigret, que está a punto de engordar?

Yo tenía treinta años. Poco a poco había dejado de ser delgado, mis hombros se habían ensanchado, mi pecho se había hinchado, pero todavía no había adquirido mi corpulencia actual.

Pero se presentía. En aquel entonces debía parecer algo fofo como un muñeco. Esto me extrañaba incluso a mí cuando pasaba por delante de un escaparate y lanzaba una ligera y ansiosa ojeada a mi silueta.

Era un poco, un poco demasiado, y todos los trajes me iban estrechos.

—Sí, creo que estoy engordando.

Casi tenía ganas de excusarme por ello. Todavía no había comprendido que se estaba divirtiendo a su manera, como le gustaba hacerlo.

—Creo que sería mejor que le cambiara de servicio.

Había dos brigadas de las que yo todavía no había formado parte, la de juegos y la financiera; esta última constituía para mí una verdadera pesadilla como el examen de trigonometría en el colegio había sido durante largo tiempo el terror de mis finales de curso.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta años.

—¡Bonita edad! ¡Estupendo! El joven Lesueur tomará su puesto en «los garnis»

desde hoy y usted se pondrá a las órdenes del comisario Guillaume.

Lo había hecho expresamente. Había dicho aquello casi sin levantar la voz, como algo sin importancia, sabiendo perfectamente que el corazón me iba a saltar de gozo en el pecho; allí de pie, delante de él, me parecía estar oyendo triunfantes trompetazos en mis oídos.

De repente, en una mañana que parecía como si me la hubieran escogido expresamente —y aún no estoy muy seguro de que Guichard no lo hiciera así—, se realizaba el sueño de mi vida. Entraba por fin en la Brigada Especial. Un cuarto de hora después, me trasladaba arriba con mi vieja americana del despacho, mi jabón, mi toalla, mis lápices y mis papeles.

Eran cinco o seis en la gran sala reservada a los inspectores de la brigada de homicidios, y, antes de hacerme llamar, el comisario Guillaume me dejaba instalar como si fuera un nuevo alumno.

—¿Qué? ¿Lo remojamos?

No iba a decir que no. Al mediodía llevé muy orgulloso a mis nuevos colegas a la «Brasserie Dauphine».

Los había visto allí a menudo en una mesa distinta a la que yo ocupaba con mis antiguos compañeros, y nos los mirábamos con el envidioso respeto con que se mira en el instituto a los alumnos más avanzados que son tan altos como los profesores y a los que éstos tratan casi de igual a igual.

La comparación era exacta, pues Guillaume vino también con nosotros; el comisario de generosas enseñanzas tampoco quiso faltar.

—¿Qué queréis tomar?

En nuestra mesa teníamos la costumbre de beber un cortado muy pocas veces acompañado de aperitivo. Pero en aquella mesa no podía ser lo mismo.

Alguien dijo:

—Mandarin-curaçao.

—¿Mandarin para todos?

Como nadie protestó, empecé a encargar mandarines. Era la primera vez que lo probaba. Con la borrachera de la victoria aquello apenas me pareció estar ligeramente alcoholizado.

—¿Tomamos una segunda ronda?

¿No era acaso aquél el momento más apropiado para mostrarme generoso? Tomamos tres y cuatro. Mi nuevo jefe, a su vez, quiso pagar él una.

La ciudad estaba a pleno sol. Las calles estaban inundadas de él. Las mujeres vestidas de colores claros eran un encanto. Yo andaba mezclado entre la muchedumbre. Me miraba en los escaparates y no me encontraba tan gordo.

Corría. Volaba. Estaba exultante. En el primer peldaño de la escalera ya empecé a repetir el discurso que llevaba preparado para mi mujer.

Pero en el último momento me caí tan largo como era. Aún no había tenido tiempo de levantarme cuando se abrió la puerta de nuestro piso.

Luisa debía de estar inquieta por mi retraso.

—¿Te has hecho daño?

Cosa curiosa: en el preciso instante en que me levanté y noté que estaba completamente borracho, me quedé estupefacto. La escalera daba vueltas a mi alrededor. La silueta de mi mujer se me aparecía completamente desdibujada. Veía dos o tres bocas y tres o cuatro ojos.

Espero que me crean. Era la primera vez que me sucedía tal cosa en toda mi vida y me sentía tan humillado por ello que no me atrevía a mirar a mi mujer. Me deslicé dentro del piso como un culpable sin acordarme para nada de aquellas frases tan bien preparadas y gloriosas en que había venido pensando.

—Me parece... Me parece que estoy un poco bebido...

Apenas podía hablar. La mesa ya estaba puesta con nuestros dos cubiertos, uno frente a otro, delante de la ventana abierta. Había tenido la intención de llevarla a comer al restaurante, pero ahora no me atrevía a proponérselo. Fue con una voz casi lúgubre que dije:

—¡Ya está!

—¿Qué es lo que está?

¡Tal vez creyó que le decía que me habían echado de la policía!

—He sido designado para el cargo.

—¿Para qué cargo?

Al parecer estaba llorando de despecho y también de alegría cuando dije:

—Para la Brigada Especial.

—Siéntate. Voy a prepararte una taza de café bien cargado.

Trató de hacerme acostar, pero yo no iba a abandonar mi nuevo puesto el primer día. Me bebí un montón de tazas de café muy fuerte. A pesar de que Luisa insistía, no fui capaz de poder tragar nada sólido. Me di una ducha.

A las dos, cuando me dirigía hacia el «Quai des Orfèvres», tenía la tez demasiado sonrosada y los ojos me brillaban de un modo un tanto extraño. Estaba cansado y me parecía que tenía la cabeza vacía. Me senté en mi rincón y traté de hablar lo menos posible. Sabía que mi voz resultaría temblorosa y que quizá no iba a pronunciar bien todas las sílabas.

Al día siguiente, como para ponerme a prueba, se me confió mi primer arresto. Fue en la calle Roi-de-Sicile, en un meublé. El hombre se había escapado hacía ya cinco días. Tenía varias muertes en su activo. Era un extranjero, un checo, si recuerdo bien, un tipo muy fuerte, siempre armado, siempre alerta.

El problema consistía en lograr inmovilizarlo antes de que pudiera tener tiempo de defenderse. Era el tipo de hombre capaz de empezar a disparar contra la gente, de

matar a cuantos pudiera antes de dejarse matar él.

Sabía que había llegado al final de su carrera, que la policía le seguía la pista y estaba al acecho.

Siempre se las arreglaba para estar en medio de la gente, pues sabía que nosotros no nos arriesgaríamos a dispararle en tal caso.

Pasé a ser el compañero de inspector Dufour, que se ocupaba de él desde hacía varios días y que conocía todas sus andanzas.

Fue la primera vez también que tuve que disfrazarme. Nuestra llegada al mísero hotel, vestidos normalmente, habría provocado un miedo general que tal vez habría permitido emprender la fuga a nuestro hombre.

Dufour y yo nos vestimos con unos harapos y para darle más verosimilitud a nuestros personajes estuvimos cuarenta y ocho horas sin afeitarnos.

Un joven inspector, especializado en cerraduras, se había introducido en el hotel y nos había hecho una estupenda llave de la puerta de la habitación de nuestro hombre.

Alquilamos otra habitación en el mismo rellano de la escalera, antes de que el checo se fuera a acostar. Serían poco más de las once cuando una señal desde fuera nos anunció que quien subía la escalera era el checo.

La táctica que seguimos no fue idea mía sino de Dufour, que era más viejo en el oficio.

En la habitación contigua, el hombre se cerró y se acostó vestido y todo, seguro porque tenía un revólver cargado al alcance de la mano.

No habíamos dormido, habíamos esperado el alba. Si se me pregunta por qué, les contestaré lo mismo que mi compañero me contestó a mí cuando yo le hice la misma pregunta. Me sentía impaciente por actuar en seguida.

El primer reflejo instintivo del asesino al oírnos habría sido romper la luz de gas que iluminaba la habitación. Nos habríamos encontrado en la oscuridad y de ese modo le habríamos proporcionado una ventaja sobre nosotros.

—Un hombre tiene siempre menos resistencia al amanecer —afirmó Dufour, cosa que luego he tenido más de una ocasión de poder comprobar.

Nos deslizamos por el pasillo. A nuestro alrededor todo el mundo dormía. Fue Dufour quien con infinitas precauciones hizo girar la llave en la cerradura.

Como yo era el más alto y pesado, era quien debía abalanzarse primero, cosa que hice; de un salto me encontré tumbado sobre aquel hombre tendido en la cama, cogiéndole por todos los sitios donde podía. No sé cuánto debió de durar la lucha, pero me pareció interminable. Noté que ambos rodábamos por el suelo. Veía muy cerca de mi cara un rostro feroz. Recuerdo sobre todo unos enormes y deslumbradores dientes blancos. Una mano se agarraba a mi oreja y trataba de arrancármela. No me daba cuenta de lo que estaba haciendo mi compañero, pero de pronto vi una expresión de dolor y rabia en la cara de mi adversario. Noté cómo poco

a poco aflojaba su abrazo. Cuando logré volverme, el inspector Dufour, sentado tranquilamente sobre el suelo, tenía uno de los pies de aquel hombre entre las manos, y se habría podido jurar que le había hecho una torsión de dos vueltas por lo menos.

—¡Las esposas! —ordenó.

Yo se las había puesto ya a individuos bastante menos peligrosos y a chicas recalcitrantes. Pero era la primera vez que acababa de hacer un arresto por la fuerza y que el ruido de las esposas ponía fin para mí a una lucha que habría podido acabar mal.

* * *

Cuando se habla del olfato de un policía o de sus métodos, de su intuición, siempre tengo ganas de contestar:

—¿Y por qué no hablar del olfato de un zapatero o de un pastelero?

Uno y otro han pasado por largos años de aprendizaje. Cada uno conoce su oficio y todo lo concerniente a él.

Con un hombre del «Quai des Orfèvres» ocurre lo mismo. Por eso todas las novelas que he leído, incluso las de mi amigo Simenon, son en parte inexactas.

Muchas veces estamos en nuestro despacho redactando informes. Esto es algo que a menudo se olvida, y sin embargo, también forma parte de la profesión. Yo incluso diría que casi pasamos más tiempo con estas cosas administrativas que en investigaciones propiamente dichas.

Acaban de anunciar a un señor de cierta edad que espera en la antesala y que parece estar muy nervioso. Quiere hablar en seguida con el director. No hay por qué decir que el director no tiene tiempo de recibir a todas las personas que se presentan, ya que todos pretenden dirigirse a él personalmente; a sus ojos, su pequeño asunto es el único importante.

Hay una palabra que se repite tan a menudo que parece un «ritornello»; el conserje repite como una letanía: «Es una cuestión de vida o muerte».

—¿Lo recibes tú, Maigret?

Hay un pequeño despacho al lado del de los inspectores especialmente dedicado a este tipo de entrevistas.

—Siéntese, por favor, ¿un cigarrillo?

La mayoría de las veces, antes de que el visitante haya tenido tiempo de decir cuál es su profesión y su situación social, nosotros ya las hemos adivinado.

—Es un asunto muy delicado, ¿sabe? Estrictamente confidencial.

Suele ser el cajero de un banco, o un agente de seguros o un hombre de vida tranquila y arreglada.

—¿Se trata de su hija?

Se trata de su hijo, de su hija o de su mujer. Y casi seríamos capaces de decir palabra por palabra todo el discurso que nos va a soltar.

No. No se trata de que su hijo haya cogido dinero de la caja de sus jefes. Tampoco se trata de que su mujer se haya fugado con un joven.

Es su hija, una muchacha muy bien educada de la que nunca ha habido nada que decir. No salía con nadie, vivía en casa y ayudaba a su madre en las tareas del hogar.

Sus amigas también eran chicas serias. Casi nunca salía sola a la calle.

Y sin embargo ha desaparecido, llevándose parte de sus cosas.

¿Qué se les puede decir? ¿Que seiscientas personas desaparecen cada mes en París y que sólo vuelven a ser encontradas las dos terceras partes más o menos?

—¿Es guapa su hija?

Ha traído consigo varias fotografías, convencido de que servirán para ayudar a encontrarla. Si es guapa, peor; el número de probabilidades de hallarla será menor. Si es fea, en cambio, posiblemente volverá al hogar al cabo de algunos días o dentro de unas semanas.

—Cuenta con nuestra ayuda; haremos todo lo que esté de nuestra parte.

—¿Cuándo?

—En seguida.

Va a empezar a telefonarnos cada día, dos veces al menos, y no sabremos qué contestarle; sólo podríamos decirle que no tenemos tiempo de ocuparnos de la señorita.

Casi siempre, tan sólo una breve investigación nos sirve para ayudarnos a saber que un joven inquilino de la misma casa, el mozo del colmado o el hermano de una de sus amigas, ha desaparecido el mismo día que ella.

No se puede rastrear todo París y Francia de cabo a rabo en busca de una muchacha que se ha dado a la fuga; su fotografía solamente irá, la semana próxima, a añadirse a la colección de fotos impresas que se mandan a las comisarías y a los diferentes servicios de la policía de fronteras.

* * *

Las once de la noche. Un telefonazo del centro de la Policía de Socorro, situada enfrente de la policía municipal, donde se centralizan las llamadas y se inscriben sobre un tablero luminoso que ocupa toda una pared.

En el puesto del Pont-de-Flandre acaban de ser avisados de que ha ocurrido algo en la calle Crimée.

Hay que atravesar todo París. Hoy en día, la Policía Judicial dispone de coches, pero antes había que coger un fiacre, más tarde un taxi, y aún no era seguro que se lo pagaran a uno después.

El bar, en la esquina de la calle, todavía está abierto; tiene un cristal roto y se ven unas sombras que se mantienen a una prudente distancia, pues en aquel barrio la gente prefiere pasar inadvertida de la policía.

Los agentes uniformados están ya allí; también una ambulancia, y a veces el comisario del distrito o su secretario.

En el suelo, entre serrín y escupitajos, se ve a un hombre retorcido sobre sí mismo que tiene una mano sobre el pecho, del que mana un hilillo de sangre, que ha formado un charco.

—¡Muerto!

A su lado, sobre el suelo, un maletín que tenía en la mano ha quedado abierto, y de él han caído una serie de postales pornográficas.

El dueño del bar, inquieto, quiere ponerse del lado bueno.

—Todo estaba tranquilo como siempre. La casa no es sitio de barullos.

—¿Lo había visto antes?

—Nunca.

Era de prever. Lo conoce probablemente tan bien como sus propios bolsillos, pero pretenderá hasta el final que era la primera vez que aquel hombre había entrado en su bar.

—¿Qué ha ocurrido?

El muerto es de mediana edad, mejor dicho, sin edad. Sus vestidos son viejos, de dudosa limpieza, el cuello de la camisa es negro y mugriento.

Sería inútil tratar de encontrarle familia y piso. Debía de dormir en los «meublés» de ínfima categoría, y salir de allí para hacer su negocio en los alrededores de las Tullerías y del Palacio Real.

Había en el bar tres o cuatro clientes...

Resultaría inútil preguntar dónde están. Han emprendido el vuelo y no volverán para servir de testigos.

—¿Los conocía?

—Vagamente. De vista, solamente.

¡Pardiez! Se podría contestar por él perfectamente.

—Un desconocido ha entrado y se ha instalado al otro lado del bar, justamente enfrente de él.

El bar está revuelto, los vasos volcados, y huele fuertemente a alcohol barato.

—No se han dicho nada. El que estaba aquí antes parecía tener miedo. Se ha llevado la mano al bolsillo como para pagar...

Es cierto, porque encima no se le ha encontrado ningún arma.

—El otro, entonces, sin decir nada, ha sacado su revólver y ha disparado tres veces. Habría continuado disparando seguramente si el cargador no se le hubiera atascado. Después, tranquilamente, se ha puesto el sombrero y ha salido.

No se necesita tener un gran olfato. El medio en el que hay que buscar es restringidísimo.

No son tantos los que se ocupan de este negocio. Los conocemos a casi todos. Periódicamente caen en nuestras manos, cumplen una condena en la cárcel y vuelven a empezar.

Los zapatos del muerto, que lleva los pies sucios y los calcetines agujereados, tienen una marca de Berlín.

Es un recién llegado. Le deben de haber hecho comprender que no había sitio para él en aquel sector. O se trata simplemente de un subordinado que se dedicaba a guardarse el dinero para él.

La cosa llevará tres días, tal vez cuatro. Poco más, los «garnis» serán todos revisados, y antes de la próxima noche sabremos dónde se alojaba la víctima.

Los de «las costumbres», por su lado, también nos informarán, investigarán a su vez.

Aquella misma tarde, en los alrededores de las Tullerías, se arrestará a alguno de aquellos individuos que ofrecen tales postales a los transeúntes con aires de misterio.

No se les tratará con mucha educación. Y antes todavía se les tenía menos consideraciones que ahora.

—¿Has visto a este tipo antes?

—No.

—¿Estás seguro de que nunca lo habías visto?

Hay un estrecho calabozo, parece un armario; en el entresuelo y en ese lugar se ayuda a este tipo de gente a recordar, y es muy raro que al cabo de un rato no empiecen a golpear fuertemente la puerta.

—Creo que lo vi en...

—¿Cómo se llama?

—Sólo sé su nombre de pila: Otto.

La madeja se irá devanando lentamente, poco a poco, hasta el final.

—¡Es un pede!

¡Perfectamente! El hecho de que se trate de un pederasta restringe todavía más el campo de las investigaciones.

—¿Frecuentaba la calle Bondy?

Tenía que ser así; hay allí un pequeño bar que siempre está lleno de pederastas de cierto nivel social (del más bajo). Hay otro en la calle Lape que se ha convertido en una atracción para los turistas.

—¿Con quién lo viste?

Con esto suele bastar. El resto, cuando se tenga al hombre entre cuatro paredes, no ofrecerá dificultades, bastará con hacerle confesar y que firme su confesión.

Todos los casos, desde luego, no resultan tan fáciles. Hay investigaciones que requieren meses. A veces se arresta a ciertos culpables después de años, y casi por casualidad.

En todos los casos o casi en todos, el proceso es el mismo.

Se trata de *conocer*.

De conocer el medio en el que se ha cometido el crimen, conocer el tipo de vida que allí se lleva, las costumbres, las reacciones de la gente que está mezclada en el caso, víctimas, culpables o simples testigos.

Penetrar en su mundo llanamente, sin extrañarse, y hablar naturalmente su lenguaje.

Y dará lo mismo si se trata de una tabernucha de La Villette o de la Puerta de Italia, de los árabes de la Zona, de polacos o de italianos, de las chicas de Pigalle o de los truhanes de Ternes.

Ocurre lo mismo también si se trata del mundo de las carreras o del de los círculos de juego, de los especialistas en abrir cajas fuertes o de los robos de joyas.

Por eso no perdemos el tiempo cuando, durante años, andamos por las aceras, subimos pisos o vigilamos a las ladronas de los grandes almacenes.

Lo mismo que en el caso del zapatero y del pastelero, éstos son los años de aprendizaje; la diferencia es que éstos duran poco más o menos toda nuestra vida, porque los medios en que hay que actuar son prácticamente infinitos.

Las chicas, los carteristas, los jugadores de ventaja, los especialistas en robos a la americana o en el comercio de cheques se reconocen siempre entre ellos.

Lo mismo podría decirse de los policías tras llevar algunos años en el oficio. Y eso sin llevar zapatos claveteados ni bigotes.

Creo que es en la mirada donde hay que buscar la razón de lo dicho, en cierta reacción (o más bien ausencia de reacción), ante ciertos seres, ciertas miserias y ciertas anomalías.

Aunque a los autores de novelas no les guste, el policía es ante todo un profesional. *Un funcionario*.

No está jugando a un juego de adivinanzas, no se excita ante una caza más o menos apasionante.

Cuando el policía se pasa una noche bajo la lluvia vigilando una puerta que no se abre o una ventana iluminada, cuando en las terrazas de los cafés busca pacientemente un rostro familiar o se dispone a interrogar durante horas a un ser pálido de terror, no hace más que cumplir con su tarea cotidiana.

Se está ganando la vida, se esfuerza tan honradamente como puede en ganar el

dinero que el gobierno le da cada final de mes para recompensarle de sus servicios.

Sé que mi mujer, cuando lea estas líneas, meneará la cabeza, me mirará con aire de reproche y quizá murmurará:

—¡Siempre exageras!

Y añadirá, posiblemente:

—Vas a dar de ti y de tus compañeros una idea falsa.

Y tiene razón. Es posible que yo exagere un poco en sentido contrario. Será por reacción contra las ideas preconcebidas que tan a menudo me han molestado.

¡Cuántas veces, tras la aparición de un libro de Simenon, no me han visto mis compañeros entrar de mal humor en mi despacho!

Yo leía en sus ojos que estaban pensando:

«Ahí llega Dios Todopoderoso».

Por eso me gusta tanto emplear esta palabra de «funcionario», que otros juzgan denigrante.

Lo he sido durante casi toda mi vida. Gracias al inspector Jacquemain lo fui casi recién salido de la adolescencia.

Del mismo modo que mi padre en su tiempo se convirtió en administrador de un castillo. Con el mismo orgullo. Con el mismo afán de saber todo lo referente a mi trabajo y de cumplir mi cometido a conciencia.

La diferencia entre los otros funcionarios y los del «Quai des Orfèvres» es que estos últimos, hasta cierto punto, se mantienen en equilibrio entre dos mundos.

Por sus trajes, por su educación, por el piso que habitan y por su manera de vivir, no se distinguen en nada de las otras personas de la clase media, y comparten con ellas el sueño de poseer una casita en el campo.

Pero la mayor parte del tiempo se lo pasan en contacto con el reverso del mundo, con los despojos, el desecho, a menudo con los enemigos de la sociedad organizada.

Más de una vez me ha impresionado este hecho, en una situación extraña que a veces ha llegado incluso a producirme verdadera desazón.

Vivo en un apartamento de burgués, y allí me esperan siempre olorosos platos muy bien aderezados, todo está limpio y es confortable. A través de mis ventanas sólo veo alojamientos parecidos a los míos, mamás que pasean a sus niños por el barrio y amas de casa que van a la compra.

Yo pertenezco a esta clase social, desde luego; a esa clase social a la que pertenecen las buenas personas. Pero conozco también las otras, las conozco lo bastante para que se haya establecido cierto contacto entre ellas y yo. Las chicas del bar por donde paso delante de la República, saben que comprendo su lenguaje y el sentido de sus actitudes. Y el ladrón que se mezcla entre el gentío también. Y lo mismo podría decir de todos los demás con quienes me he encontrado y me encuentro frente a su más secreta intimidad.

¿Basta con esto para crear esta especie de ligazón entre unos y otros?

No trato aquí de excusarlos, de aprobar sus hechos ni de absolverlos. No pretendo tampoco rodearlos de una aureola especial, como estuvo de moda hacerlo en cierta época. Simplemente hay que observarlos considerándolos como un hecho y tratar de conocerlos.

Sin curiosidad, porque la curiosidad pronto se agota.

Sin odio, desde luego.

En resumen, hay que mirarlos como a unos seres que existen y que para el bien de la sociedad y para guardar el orden establecido hay que mantener, quieran o no, dentro de ciertos límites y castigarlos cuando pretenden traspasarlos.

¡Y ellos esto lo saben perfectamente! No sienten odio hacia nosotros. A menudo, dicen:

—Ustedes se limitan a hacer su trabajo.

En cuanto a lo que opinan ellos sobre esta clase de trabajo prefiero no tratar de averiguarlo.

¿Podrá parecer extraño todavía, después de haber dicho esto, que tras veinticinco o treinta años de servicio se ande con paso pesado y la mirada ausente y vacía? ¿No llega a sentir asco?

¡No! ¡Nunca! Ha sido precisamente gracias a mi trabajo que he llegado a adquirir un carácter verdaderamente optimista.

Repitiendo una sentencia de mi profesor de catecismo, diría de buena gana: «Un poco de conocimiento aleja del hombre. Un conocimiento a fondo nos acerca otra vez a él».

Ha sido porque he visto desgracias de todas clases por lo que me he podido dar cuenta de que a menudo suelen estar compensadas por una gran valentía, por la buena voluntad y por la resignación.

Los crápulas completos son muy raros, y la mayor parte de los que yo he conocido, desgraciadamente, actúan lejos de nuestro radio de acción y del alcance de mi mano.

En cuanto a los demás, he tratado de impedir que causaran demasiado daño y de hacer todo lo posible para que paguen por el que han cometido.

Después de esto las cuentas quedan saldadas, ¿no?

No hay por qué hablar más de ello.

Capítulo ocho

La Plaza de los Vosges, una señorita que va a casarse y los papeles de la señora Maigret

—A fin de cuentas —ha dicho Luisa—, no veo que haya tanta diferencia.

Yo siempre la miro con cierta ansiedad mientras ella lee lo que acabo de escribir, tratando de contestar por adelantado a las objeciones que pueda hacerme.

—¿Diferencia entre qué?

—Entre lo que tú cuentas de ti y lo que Simenon lleva dicho.

—¡Ah!

—Quizá sería mejor que no te diera mi opinión.

—¡No, no, claro que no!

Lo que no impide que si verdaderamente tiene razón Luisa, me habré tomado un trabajo inútil. Y es muy posible que tenga razón, que yo no haya sabido hacer lo que pretendía, presentar las cosas tal como habría querido hacerlo. Entonces, la famosa frase sobre lo de las verdades fabricadas que resultan más verdaderas que las auténticas no sería solamente una paradoja. He hecho lo que he podido. Sólo que al principio había un montón de cosas que me parecían esenciales, algunos puntos que quería desarrollar ampliamente y que he abandonado a la mitad del camino.

Sobre un estante de la biblioteca tengo alineados todos los volúmenes de Simenon, que pacientemente he señalado con lápiz azul; por adelantado me las prometía muy felices rectificando todos los errores que ha cometido, sea porque no estaba enterado, sea para darle más pintoresquismo u otras veces, simplemente, porque no se atrevía a telefonearme para verificar algún detalle.

¡Y total, para qué! Hacer tal cosa sólo me haría comportarme como un hombre puntilloso, y empiezo a creer, incluso yo, que todo esto no tiene tanta importancia.

Una de las manías de Simenon que más me ha molestado, ha sido la de embrollar las fechas, de poner al principio de mi carrera investigaciones que han tenido lugar más tarde o viceversa, de tal modo que mis inspectores salen a veces como si fueran muy jóvenes cuando en realidad ya eran padres de familia en la época en cuestión, o al revés.

Tenía incluso la intención, lo confieso ahora que he renunciado a ella, de establecer, gracias a los cuadernos de recortes de periódicos que mi mujer tiene siempre al día, una cronología de los principales casos en los que me he visto envuelto.

—¿Por qué no? —me dijo Simenon—. Es una excelente idea. Así se podrán

corregir mis libros en la próxima edición.

Y añadió, sin ironía:

—Pero, amigo mío, será preciso que sea tan amable que haga el trabajo usted mismo, porque yo jamás he tenido el valor de volver a leer una página mía.

He dicho todo lo que quería decir; si lo he dicho mal, ¡qué se le va a hacer! Mis colegas ya me comprenderán, y también todos aquellos que más o menos son del oficio, y ha sido sobre todo para éstos que yo tenía un gran interés en poner las cosas en su punto, en hablar, más que de mí, de nuestra profesión.

Me parece que debo de haber olvidado algo importante. Oigo cómo mi mujer está abriendo con precaución la puerta del comedor donde estoy trabajando y viene hacia mí de puntillas.

Me ha dejado un papelito sobre la mesa antes de retirarse por el mismo procedimiento por el que ha entrado. Leo, escrito a lápiz: «Plaza de los Vosges».

No puedo impedir sonreír con íntima satisfacción, porque esto prueba que ella también siente la necesidad de rectificar algunos detalles, por lo menos, uno, y en definitiva por la misma razón que yo, por fidelidad.

Por fidelidad a nuestro apartamento del bulevar Richard-Lenoir, que no hemos abandonado jamás, en el que todavía estamos, aunque sólo pasemos en él unos cuantos días al año, porque vivimos en el campo.

En muchos de sus libros, Simenon nos hacía vivir en la plaza de los Vosges, sin dar ninguna explicación sobre el caso.

Voy a cumplir, pues, el encargo de mi mujer. Es cierto que durante algunos meses vivimos en la plaza de los Vosges. Pero no estábamos en nuestra casa. Aquel año, nuestra propietaria se decidió, por fin, a hacer las obras que la casa necesitaba desde hacía ya largo tiempo. Los obreros levantaron los andamios delante de nuestras ventanas. Otros trabajaban en el interior, agujereando los muros y el suelo para instalar la calefacción central. Nos habían dicho que aquello duraría tres semanas a lo sumo. Pero después de dos semanas todo estaba casi igual, y justamente en este momento se declaró una huelga entre los obreros, huelga cuya duración resultaba imposible de determinar.

Simenon iba a marcharse a África, e iba a pasar allí casi un año.

—¿Por qué, mientras esperan que se terminen las obras, no se instalan en mi apartamento de la plaza de los Vosges?

Por eso vivimos allí, en el 21, para ser más precisos, sin que por ello se nos pueda tachar de infidelidad a nuestro viejo bulevar.

Hubo un momento en que, sin avisármelo, me jubiló, cuando yo aún no lo estaba y me faltaban aún bastantes años para llegar a estarlo.

Acabábamos de comprar nuestra casita de Meung-sur-Loire, y nos pasábamos todos los domingos que yo tenía libres arreglándola. Simenon vino a vernos allí. El

cuadro le gustó tanto que en el siguiente libro se anticipó a los acontecimientos, me hizo envejecer sin ninguna clase de reparo y me dejó instalado allí definitivamente.

—Eso servirá para cambiar un poco el ambiente —me dijo cuando le hablé de ello—. *Ya empezaba a cansarme del «Quai des Orfèvres».*

Permítaseme subrayar esta frase, que encuentro tremenda. Es *él*, ¿comprenden ustedes?, quien empezaba a cansarse del «Quai», de *mi* despacho, del trabajo cotidiano de la Policía Judicial.

Cosa que no le impidió en lo sucesivo y que no le impedirá de ahora en adelante relatar investigaciones antiguas, siempre sin citar fechas, poniéndome tan pronto sesenta años como cuarenta y cinco.

De nuevo tengo aquí a mi mujer. En esta casa no tengo despacho, no lo necesito. Cuando quiero trabajar me instalo delante de la mesa del comedor y Luisa se va inmediatamente para encerrarse en la cocina, cosa que siempre le gusta. Ahora la miro, creyendo que me va a decir algo. Pero es otro papelito que llevaba en la mano lo que viene a depositar tímidamente delante de mí.

Esta vez es una lista, como cuando voy a la ciudad y me escribe en una hoja de carnet lo que tengo que traerle.

Encabeza la lista mi sobrino, y ya sé el porqué. Es el hijo de su hermana. Lo hice entrar en la policía hace ya tiempo, en una edad en que el muchacho se creía en posesión del fuego sagrado.

Simenon ha hablado de él; después, de pronto, el muchacho ha desaparecido en sus libros, y yo adivino cuáles son los escrúpulos de Luisa. Seguramente cree que para algunos lectores tal cosa debió parecer un tanto extraña, que tal vez habrán creído que su sobrino cometió alguna tontería.

La verdad es muy sencilla. No se mostró a la altura de lo que se había esperado de él. Y no resistió por mucho tiempo la insistencia con que su suegro, fabricante de jabón de Marsella, le ofrecía un puesto en la fábrica.

Después viene el nombre de Torrence, del gordo Torrence, el alegre Torrence (creo que Simenon, en algún sitio, lo dio por muerto al ocupar el puesto de uno de mis inspectores; según él, lo mataron a mi lado en un hotel de los Champs-Élysées).

Torrence no tenía ningún suegro metido en jabones. Pero tenía unas terribles ansias de vida al mismo tiempo que un sentido del negocio muy poco compatible con la existencia de un funcionario.

Nos dejó para fundar una agencia privada de información, una agencia muy bien montada. Y durante largo tiempo continuó viniendo a vernos al «Quai» para que le echáramos una mano, le diéramos una información o simplemente para volver a respirar un poco el aire de la casa.

Posee un enorme automóvil americano, que se para de vez en cuando delante de nuestra puerta; cada vez viene acompañado de una chica guapa, siempre distinta, y

nos la presenta a todos con toda sinceridad como su prometida.

Leo el tercer nombre: el joven Janvier, como siempre le hemos llamado. Aún está en el «Quai». ¿Todavía seguirán llamándole «el joven»?

En su última carta me anuncia, no sin cierta melancolía, que su hija va a casarse con un politécnico.

Y luego viene el nombre de Lucas, que siendo la hora que es, debe hallarse sentado como de costumbre en mi despacho, ocupando mi puesto y fumando una de mis pipas que, con lágrimas en los ojos, me pidió que se la dejara como recuerdo.

Una última palabra queda al final de la lista.

Acabo de ir a la cocina, donde me he encontrado con la sorpresa de ver que hace un sol radiante. Tengo la costumbre de cerrar las persianas para trabajar en una penumbra que me parece más favorable a mi labor.

—¿Has acabado ya con todo lo de la lista?

—No. Hay en ella una palabra que no puedo descifrar.

Luisa casi se ha enfadado.

—No importa.

—¿Qué es?

—Nada. No vale la pena.

Naturalmente, yo he insistido.

—¡La «prunelle»! —me ha dicho ella finalmente, casi avergonzada.

Sabía que yo me iba a echar a reír, y en efecto, así ha sido.

Cuando se trataba de mi famoso sombrero hongo, de mi abrigo con cuello de terciopelo, de mi estufa de carbón y de mi atizador, yo me daba perfecta cuenta de que ella consideraba completamente infantil mi afán de rectificar.

Pero ella tampoco ha podido resistir la tentación, y ha hecho cuatro garabatos ilegibles expresamente, estoy seguro, por una especie de vergüenza de escribir esta palabra, «prunelle», al final de la lista; un poco como cuando en la lista de las compras que tengo que hacer en la ciudad añade un artículo específicamente femenino que sólo con cierto reparo me pide que le traiga.

Simenon ha hablado de cierta botella que siempre teníamos dentro del aparador de nuestro piso del bulevar Richard-Lenoir (y que ahora tenemos aquí). Es un licor que mi cuñada, siguiendo una tradición casi sagrada, nos trae en buena cantidad de Alsacia aprovechando su viaje anual.

Sin fijarse, Simenon ha escrito que era «prunelle».

Y no es tal cosa, es aguardiente de frambuesa. Para un alsaciano éste es un detalle de terrible importancia, que marca una señalada diferencia.

—Voy a corregirlo, Luisa. Tu hermana estará contenta.

Esta vez he dejado la puerta de la cocina abierta.

—¿Nada más?

—Dile a Simenon que estoy haciendo unos calcetines de punto para...

—¡Pero no se trata de ninguna carta, mujer!

—Es verdad. Pero acuérdate de decírselo cuando le escribas. Y que no se olviden de mandarnos la foto que nos han prometido.

Ha añadido:

—¿Puedo poner la mesa?

Esto es todo.

FIN